

PETE RICE

from AUSTIN GRIDLEY

EL ORO
DESAPARECIDO



Collection
Grandes
AUDACES
1.50
P.T.L.

El oro desaparecido

Austin Gridley
Pete Rice/10

CAPÍTULO I

SOMBRA DE MUERTE

La diligencia de la tarde de la Standard Lines dejó Wilcey Center para dirigirse a Rangeville, según el itinerario oficial.

Viajaban en el vehículo cuatro viajeros, de los cuales tres eran visibles. Eran el cochero o conductor, el guarda particular y un anciano viajero de rostro afable. El cuarto pasajero no era visible.

¡El cuarto era la Muerte!

Era un día claro. El sol estaba muy alto en el abovedado azul celeste. Sin embargo, aquella sombra parecía moverse con la diligencia cuando ésta traqueteaba sobre la carretera.

Tuffy McShane, el guarda particular, parecía sentirlo más que su compañero de pescante “Gawky” ¹ Henderson. Este último empujaba las riendas flojamente. Estaba, sin duda, más interesado por su propia pipa que por cualquier otra cosa.

Henderson era alto y flaco, y la longitud de su cuello le había valido el sobrenombre de “Gawky”. Casi se dormía guiando aunque ocasionalmente miraba de soslayo hacia la salvia que bordeaba las revueltas del camino, que iba a perderse en los montes distantes.

—¿Examinó usted sus herramientas antes de partir, compañero?

Era la voz de Tuffy McShane la que acababa de sonar. El guarda particular miraba significativamente a Henderson.

—Siempre lo hago, Tuffy —contestó Henderson—. ¿Por qué?

—¡Oh... por nada! —dijo Tuffy McShane, cayendo de nuevo en su mutismo.

Pero su actitud era la de un halcón en viva y nerviosa tensión. Sus ojos se posaban de cuando en cuando en las fundas de sus 45. Sus manos grandes y huesudas colocaron la escopeta de dos cañones algo más arriba de sus rodillas. Sus ojos, pequeños y negros —como gemelos de azabache—, giraban escrutadores a uno y otro lado.

Miraban las escarpadas paredes del estrecho cañón a través del cual se deslizaba la diligencia.

—Este es un Infierno admirable para una emboscada —observó Tuffy McShane.

Henderson le miró, como censurándole. Hizo luego una mueca que puso al descubierto la doble hilera de dientes, demasiado admirable para un hombre de cincuenta años. Sus treinta y dos dientes naturales, excepto uno, estaban firmemente asentados en las encías. Y aquel único diente que le faltaba fue extraído por un potro mesteño.

—Parece esa una extraña observación, viniendo de usted —dijo Henderson.

Y, realmente, parecía extraña. Tuffy McShane era un hombre curtido, vigoroso. Quizá tenía a veces un poco de whisky en su cuerpo, pero nunca dejó transparentar un asomo de miedo. Habría peleado con una manada de pumas en una cueva de serpientes de cascabel. Compartía con Pistol Pete Rice, el sheriff de la Quebrada del Buitre, la distinción de ser el mejor tirador del distrito de Trinchera, en Arizona.

Tuffy asintió a la observación de su compañero, y añadió:

—Lo sé. Pero a veces el más templado experimenta ciertos temores.

Y al hablar así miró singularmente hacia arriba, a la vegetación achaparrada que moteaba las paredes del cañón.

—No habría aquí mucho lugar para esconderse —fue la opinión de Henderson—. Demasiadas rocas. De cualquier modo, ¿quién querría detenernos ahí arriba? —y al hablar así bajó la voz instintivamente—. Ni un alma sabe una palabra de ello.

—¡Escuche! —dijo, como un exabrupto, Tuffy McShane—. Cosas como éstas rezuman por sí solas a veces. Y cuando hay oro en una diligencia todas las precauciones son pocas.

Tuffy inclinó su cuerpo a un lado y a otro, para terminar encorvándolo a fin de lanzar una ojeada al viajero solitario del interior del vehículo. Aquel individuo estaba materialmente hundido en su asiento y sus ropas aparecían en desorden.

Una botella de whisky medio vacía caía junto a él podía explicar su posición y el desarreglo de sus vestidos. Su cuerpo se zarandeaba a compás de la diligencia, según los tumbos que ésta

daba por lo desigual del terreno.

—Está dormido como un ceporro —observó Tuffy—. Parece un ser completamente inocuo el viejo chiflado, pero creo que si vuelve a abrir los ojos se dejará los dientes en la botella. No me vendría mal a mí un latigazo de esos...

—Antes le ofreció a usted uno —le recordó Henderson.

—Ya. Pero yo siempre lo tomo con agua. Por ejemplo —y secundó la frase con un gesto—, si tomase tres cuartos de whisky al día, tomaría tres cuartos de agua con él. Tomaré un trago, cuando lleguemos allá arriba, al depósito del agua.

El camino salía entonces fuera del cañón y pasaba rápidamente junto a un trozo de terreno sembrado de algodoneros. Hacia adelante, a unas dos millas, estaba la alta cúspide de granito que guardaba el Depósito de agua de las Diez Millas.

El rostro de Tuffy McShane aparecía serio otra vez.

—Gawky —preguntó—, ¿no ha sentido usted nunca un extraño presentimiento de algún peligro cercano como si le fuese a ocurrir algo?

Henderson miró sospechosamente al guardián.

—No recuerdo que me haya ocurrido jamás —contestó—, excepto antes de las comidas. Entonces experimento la sensación de que voy a comer... si hay algún cloqueo alrededor.

Una ráfaga de viento agitó el chaparral. Aquello llamó un momento la atención del guardia, antes de hablar otra vez.

—No me refiero a eso. Ya me ha sucedido antes lo que ahora siento. Fue en Texas. Estaba llevando a cabo un trabajo para la Cattle Association. Un ladrón de ganado trataba de cazarme. Me volví en el momento crítico.

—¿Le alcanzó usted?

—En mitad del corazón... Eso fue todo —contestó Tuffy, ceñudo.

Tras una pausa continuó:

—No sé lo que es, Gawky, pero ahora experimento lo mismo. A la primera señal de peligro, dispararé primero y preguntaré después. No me gusta jugar a las probabilidades.

—Acaso tenga usted razón —concedió Henderson—. Pero éste es sólo el segundo cargamento de oro que llevamos. Seguramente que en casa de Rattingan nadie sabe una palabra de esto.

—El piensa que está seguro —corrigió Tuffy—. Un hombre

jamás puede estar seguro de nada. Hay siempre gentes en este trayecto que acechan el oro que pueda pasar por él.

Dejó vagar la vista a través de la selva. Una neblina azulada empezaba a elevarse a distancia. Hacía el sol, una cortina llameante de oro se esparcía en el cielo conforme se hundía aquél lentamente hacia el borde del horizonte.

—Bien, el Depósito está allí mismo, delante —dijo Henderson—. Pronto habremos llegado a la aguada y de allí a Rangerville sólo hay un paso. Le invito a un trago cuando lleguemos al Rangerville Bar.

—Mister —Tuffy se volvió hacia el viajero con burlona formalidad—, la oferta está en pie, y esta vez es aceptada.

El largo y negro látigo de Henderson serpenteó en el aire como una culebra. Los dos ruanos de pecho robusto redoblaron su paso. Como la cola de un cometa en descenso, la diligencia se deslizó por la curva. Pasó rápidamente por la última media milla de llanura salpicada de salvia y comenzó el ascenso a la cumbre con un chirrido de ejes y frenos en la base del armatoste. Cuando los frenos empezaron a apretar las ruedas para hacer alto, McShane saltó limpiamente a tierra, pero sin abandonar su escopeta. Sus penetrantes ojillos escudriñaron a uno y otro lado. McShane seguía experimentando un presentimiento y no descuidaba ninguna precaución.

El arrugado rostro del pasajero apareció casi al mismo tiempo en la portezuela de la diligencia. Tenía la cabellera revuelta y sus ojos parpadeaban soñolientos.

—Creo que me voy a quedar dormido encima de usted —dijo.

Dio unos pasos vacilantes y, acercándose al manantial, sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta un vaso de metal que llenó de agua hasta el borde. Bebió dos o tres veces del líquido refrescante y murmuró, volviéndose hacia McShane:

—Tal vez haya cambiado de manera de pensar en cuanto a aquello de evitar un trago de whisky, puesto que ahora tiene el agua a mano.

McShane dejó ver una sonrisa burlona y contestó:

—No hay “tal vez” que valga. Con agua la cosa cambia...

Y diciendo así cogió la botella que le alargaba el pasajero y se echó un buen trago de whisky entre pecho y espalda, devolviendo

después la botella, a tiempo que decía:

—Gracias, viejo Presidente. Es usted quizá tan agradable como las flores de mayo. ¿Quiere ahora matar el gusano? Pues aquí tiene el vaso, compañero. Y no se crea que porque bebe detrás de mí y en el mismo vaso va a contagiarse de hidrofobia...

Tuffy cogió el vaso que le alargaba, lo enjuagó en el manantial y, llenándolo hasta los bordes, estuvo bebiendo un buen rato agua fresca confortante.

Gawky Henderson, entretanto, aflojaba un poco las cinchas de sus caballos... Luego desenganchó dos pozales del fondo del carruaje y procedió a dar de beber a los sedientos animales.

—¡Eh, cochero! ¿No bebe? —preguntó el pasajero, tendiéndole la botella.

Henderson movió la cabeza negativamente.

—No, gracias. Esperaré a que encontremos la próxima ciudad.

—¿Ni siquiera un trago de agua? —insistió jocosamente el viejo.

—No. El agua no significa para mí tanto como para algunas gentes.

El pasajero desapareció en el interior del coche. Su cabeza cayó hacia atrás, se cerraron sus ojos y su cuerpo volvió a hundirse derrengado en el asiento.

—Es gracioso el pajarraco ese —le dijo Henderson a McShane, en voz baja.

McShane asintió con un movimiento de cabeza.

—En efecto. ¿Estamos listos, Gawky?

—Listos en dos segundos, Tuffy.

Henderson terminó sus preparativos rápidamente. Volvió a colocar los cubos en su sitio, debajo del coche, y de un salto se colocó en el pescante. El pesado armatoste reanudó el traqueteo sobre el pedregoso camino. Silbó en el aire el látigo y los dos caballos partieron al trote largo.

La carretera seguía una rápida pendiente hacia la fantástica ciudad de Last Hope (“La Última Esperanza”). Las chozas y los desvencijados edificios que aún quedaban en pie estaban sólo ocupadas en parte.

Alguien, desde una pequeña cabaña, hizo un saludo en el aire. Tuffy McShane contestó en la misma forma al desconocido. La ciudad de los espíritus quedó atrás. El camino se deslizaba otra vez

en campo abierto.

—Creo que ese presentimiento que tenía usted fue sólo imaginario —aventuró Henderson, al cabo de un rato.

—Tal vez —concedió Tuffy McShane—. Sin embargo, cada vez qué uno de esos presentimientos me asalta....

Tuffy cortó la frase bruscamente y exclamó:

—¡Mire ese caballo!

Henderson, el cochero, ya estaba mirándolo. Era el caballo mayor del tronco. El animal marchaba fuera de su paso natural.

McShane miró a Gawky, el especialista en carne de caballo.

—¿Qué es lo que le molesta a ese animal? —preguntó.

Henderson se rascó una oreja, pensativo.

—Me parece que mucho —contestó—. Escuche cómo resuellan los dos. ¡Su alentar es dificultoso!

El gran caballo dio un traspie y Henderson evitó que cayese de bruces merced a un fuerte tirón de las riendas. Luego, como en un abrir y cerrar de ojos, sucedió lo siguiente: El mayor de los caballos flaqueó sobre sus remos con un peso mortal en los arreos. El vehículo fue hacia adelante espasmódicamente uno o dos pies. El otro caballo resollaba también trabajosamente. Luego flaqueó también y su cabeza cayó pesadamente.

Henderson saltó enseguida del pescante. Sus manos rodearon con cariño las cabezas de los dos pobres animales, que temblaban ahora compulsivamente. Sus patas estaban trémulas. Menudos arroyuelos de sudor corrían por sus flancos y su respiración se hizo cada vez más fatigosa.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Henderson—. ¡Cualquiera diría que estos animales han sido...!

Su diagnóstico fue cortado en seco por un lamento lanzado desde el pescante. Los ojos de Henderson se alzaron por encima del lomo de los caballos en el preciso instante en que Tuffy McShane se retorció de dolor.

El guardia particular se deslizó desde el asiento y fue a caer en la carretera antes de que Henderson pudiese acudir en su auxilio. El rifle de Tuffy rodó debajo del carruaje. Uno de sus 45 había saltado de la pistolera.

Henderson fue a arrodillarse junto al cuerpo inerte de su compañero.

—¡Tuffy! ¿Qué le ocurre, viejo compañero? ¿Dónde le duele?

Sus palabras eran entrecortadas, angustiosas, suplicantes.

—¡Vamos a ver, amigo mío! ¡Hábleme!

Tuffy continuó mudo, inconsciente.

—¿Puedo ayudarle en algo?

Henderson miró hacia arriba. El viejo bebedor estaba asomado a la portezuela del vehículo.

—Quizá un buen trago de whisky lo reanimase —sugirió—. Tal vez sea el calor. Vea si funciona el corazón...

Henderson aplicó la cabeza sobre el cuerpo inerte de Tuffy y escuchó unos segundos por si oía latir el corazón del guarda. El apergaminado pasajero estaba ya cerca del grupo formado por los dos amigos y sus ojos miraban con una mirada fría de muerte. Cogió la botella de whisky por el cuello y la alzó en alto como una maza.

¡Crash!

El pesado recipiente fue a aplastarse contra el cráneo de Henderson. La fuerza del golpe fue terrible y la botella se partió en mil pedazos. Henderson cayó sin sentido. De su cabeza brotó un chorro de sangre, que fue a formar un charco en el polvo de la carretera.

El apergaminado pasajero cogió el revólver que cayera de las pistoleras de Tuffy y, agarrándolo por el cañón, golpeó con el arma a manera de maza sobre la cabeza de Henderson. Luego apareció en su rostro una maligna sonrisa, que demostraba la satisfacción de haber ejecutado perfectamente lo que se había propuesto.

Dio unos pasos hacia uno de los lados de la carretera y sus ojos otearon el terreno. El punto donde fueron a detenerse al fin fue un bosquecillo no muy lejano de algodoneros. Silbó dos veces seguidas, con un silbido tenue, pero el sonido debió llegar perfectamente al destino fijado.

Hubo un silencio. A poco un grupo de jinetes salió del bosquecillo de árboles. Conforme se acercaba al lugar de la acción, pudo verse que todos ellos iban enmascarados. Al llegar a la diligencia, aquellos hombres hicieron alto y se apearon de sus monturas.

Uno de ellos, que parecía el jefe, habló al apergaminado pasajero.

—Todo según lo convenido. ¿No hubo dificultad, eh?

El pasajero hizo una mueca y asintió.

—Ya dije que podía hacerlo.

Había en su voz cierto tono jactancioso.

El enmascarado jefe se volvió hacia sus compañeros:

—Quitad a esos dos de en medio del camino —dijo, señalando a los dos hombres insensibles e inconscientes—. ¿Muertos los dos?

—Este parece que aún respira —dijo otro de los enmascarados, que se había arrodillado junto al cuerpo de Henderson.

—Bien, ya sabes cuál es el remedio. Lleváoslos fuera de aquí y convenceos de que no queda huella alguna.

Los hombres se apresuraron a ejecutar las órdenes del jefe, que se volvió hacia el pasajero.

—¿Nadie sospechó nada? ¿No ha hablado usted con nadie?

—No. ¡Nadie hablará!

—Eso está muy bien dicho —aprobó el jefe.

Su voz era algo ronca al hablar así, y continuó:

—Nadie hablará. ¡Sólo uno podría hablar! ¡Y me parece que dentro de poco podrá hablar muy poco!

Su mano fue rápidamente al cinturón. Una hoja reluciente centelleó como una culebra al sol poniente, alzóse como un rayo y fue a hundirse en el pecho del viejo, que cayó de bruces.

Luego el enmascarado jefe se montó a horcajadas sobre su cuerpo y con la mano izquierda rodeó en un apretón brutal la garganta del viejo, que emitió sonidos entrecortados y jadeó durante unos segundos, y por última vez.

La mano derecha del asesino alzóse en alto y hubo otro centelleo siniestro al sol... Y luego otro... Y otro. Cada vez, la hoja del cuchillo se hundía hasta el pomo en la espalda del moribundo. Los secuaces del jefe le veían hacer tranquilamente.

El Jefe se puso al fin en pie; sacó una bufanda y limpió en ella cuidadosamente la ensangrentada hoja del cuchillo.

—Tenía razón —dijo—. Nadie hablará. Era un poco charlatán el vejete cuando tenía un trago de más en el cuerpo.

Se oyó en lo alto un batir de alas. El jefe miró hacia arriba. Un buitre planeaba sobre el grupo, y miraba hacia abajo con fijeza, presagiando el festín. De pronto viró hacia un lado de la carretera con un graznido estridente.

Aquel sonido podía haber sido el agitarse de las alas de la Muerte.

CAPÍTULO II

EL HOMBRE LLAMADO BRAINSTED

Las luces de la Quebrada del Buitre estaban encendidas. Las de “Descanso del Vaquero”, el bar más concurrido de la población, brillaban, acogedoras.

El más inteligente de los dueños de bar comprobó que el whisky en cantidad no era bueno, y sí muy perjudicial.

Sin embargo, dentro de aquellas puertas giratorias todo era compañerismo. Se oían conversaciones. Resonaban las risas. Había un calor moderado en las noches frías y, en medio de todo, el calor no parecía ser perjudicial allí en las tardes y las noches calurosas.

También el Arizona Hotel era un lugar resplandeciente en aquellos parajes. Por su parte, el almacén de comestibles de la Quebrada del Buitre, del que era propietario Sam Hollis, estaba preparándose a cerrar aquella noche.

Lo mismo se disponía a hacer la barbería de Lawrence Michael Hicks, “Miserias”, como le llamaban en toda la Quebrada, en gran parte de la región de Trinchera y aun en los más remotos parajes del Estado de Arizona.

Sam Hollis era un bebedor moderado, por lo que no entraba en el “Descanso del Vaquero” después de cerrar su almacén de comestibles. Había cenado ya y parecían atraerle las luces que podían verse a través de las ventanas de la barbería de “Miserias”. Seguido de su podenco, bajó por la acera.

Era una de esas noches en que un hombre iría de mejor gana a cualquier sitio que a su casa, por lo menos hasta que diese la hora de acostarse.

Sam comprobó que Hicks “Miserias” estaba muy atareado. No en su oficio barberil, ya que la silla estaba cubierta y las tijeras y navajas hallábanse encerradas en la vitrina correspondiente. Pero

Hicks “Miserias” tenía otras obligaciones. Era uno de los comisarios del sheriff Pete Rice.

Era también una especie de médico rural. Parecía saber al detalle las enfermedades de los vecinos de la Quebrada del Buitre. En aquellos momentos estaba ocupado en pegar etiquetas en botellas y frascos de diferentes tamaños y matices.

—¿Cómo estás, “Miserias”? —preguntó amablemente Sam Hollis—. Seguramente que tienes ahí abundancia de remedios para todos los males. Debe de haber alguna epidemia en la Quebrada.

Hicks se volvió hacia su interlocutor. Sam Hollis era persona de su agrado. Le hubiera prestado hasta el último céntimo. Le habría cortado el pelo a cualquier hora del día o de la noche, de haberse éste encontrado enfermo, pero desde el momento en que Sam era su amigo, podía permitirse el gusto de mostrarse un poco irritable con él.

—¡Por los cuernos de Satanás! ¡No tienes la menor idea de cómo está la salud! —contestó, con brusquedad—. A vosotros os parece que para curar a un hombre hay que esperar a que se muera. ¡No entendéis una palabra de medicina!

Los azules ojillos del diminuto barbero-comisario brillaban con un entusiasmo incontenible al hablar de sus potingues. Y al hablar agitó una botella hasta conseguir que el líquido que contenía se cubriese de espuma.

—Pues fíjate en esta mezcla que tengo en la mano. La he obtenido de uno de los curanderos más sabios de las tribus indias. Si encuentras a uno de tus amigos que tirita de frío, no esperes, que se tenga que meter en la cama. Dale dos o tres cucharadas de esto, y en un día estará en condiciones de zurrarte en una pelea.

Volvióse hacia una vitrina, frente a su silla de barbero, y continuó:

—Ahora coge una de esas botellas color de rosa. Una mujer de las que viven en Mesa Ridge viene aquí con una miseria en la espalda. Me compra dos botellas y jamás se volverá a acordar de la “miseria”... Mira, Sam, esta es una edad de medicina preventiva. Esta es...

—¡Miserias!

Una llamada surgida del fondo del establecimiento vino a interrumpir el discurso del barbero profesional.

—¡Voy, Pete! —contestó “Miserias”—. ¡Llego en dos zancadas!

Sam vio que “Miserias” y su patrón tenían algún trabajo entre manos, y se volvió hacia la puerta.

—Soy un bebedor muy moderado —dijo—, mas para mí no hay remedio mejor que las botellas del “Descanso del Vaquero”. Sobre todo para el mal de la soledad. Voy a ver si tomo una dosis de ese remedio.

Salió a la calle y dirigióse hacia la taberna. “Miserias”, por su parte, apresuróse a entrar en la trastienda de su barbería.

Allí era donde “Pistol” Pete Rice tenía establecido su despacho oficial. Era la oficina del sheriff de la Quebrada del Buitre, el centro de justicia del distrito de Trinchera.

Un joven de rostro firme estaba sentado ante una destartalada mesa que le servía de escritorio. Varios periódicos y cartelones con retratos de hombres buscados por la ley estaban esparcidos por encima de ella. Pero el joven estaba muy entretenido con una magnífica lente que mantenía fija sobre una sección de cuero de un pie cuadrado de superficie aproximadamente.

Aquel hombre era “Pistol” Pete Rice, el sheriff de la Quebrada del Buitre y del distrito de Trinchera.

Su rostro era demasiado severo para que pudiese ser considerado como un hombre guapo, pero, en cambio, su franca mirada y sus facciones transparentaban valor e intrepidez. Tenía el cutis bronceado, curtido por larga exposición al ardoroso sol de Arizona.

Sus ojos, sombreados de un gris humoso, no daban idea a simple vista de la dureza que podían llegar a adquirir cuando se hallaba cara a cara con los criminales. Tenía la cabellera lacia y espesa. Un mechón rebelde había escapado del ancho sombrero Stetson y le caía sobre la frente. Sus angulosas mandíbulas se movían con rítmica precisión mascando chicle. Pete Rice mascaba goma siempre que pensaba en algo importante, que requería la atención de todos sus sentidos.

—Me parece que este es un problema que ha de resolverse mejor por cálculo —dijo—. Indudablemente, entre los bandidos hay un experto marcador en seco. Dando una batida en el monte tal vez hallásemos más pronto la solución. Teeny Butler mató uno de los animales enfermos, de todas maneras se hubiese muerto el pobre

animal, y luego cortó este trozo de cuero en donde estaba la marca.

Pete Rice mantuvo en alto la lente de aumento.

—Esto lo conseguí de Doc Buckley. Es una lente especial, empleada en algunos lugares de Tucson por los doctores, según me dijo. Realmente es interesante lo que se ve. Mira por esta lente.

Hicks “Miserias” enfocó sus azules ojos sobre la lente.

—¡Esta marca ha sido falsificada! —observó.

Pete mascaba nerviosamente la goma.

—Desde luego. Ahora hay un nuevo sujeto por estos lugares, Brainsted, que ha comprado la parte del Rancho de Circle Cross. ¿Lo hizo él?

“Miserias” hizo un gesto significativo.

—Nunca me gustó la manera de mirar de ese tipo —contestó—. Tiene una mirada más perversa que la de un buitre.

—Mira —dijo Pete a su comisario—, hay mucha diferencia entre uno y otro. Toma ese viejo perro casero de Sam Hollis. Y toma un crótalo. Precisamente el crótalo, en pura belleza, con su colorido y su gracia, y tal vez una figura adiamantada delicada en el lomo, tiene mejor ver. Pero yo, particularmente, tomaría el perro. Y creo que tú también. Pero lo que yo estaba diciendo es que Brainsted es un bandido, eso es. Mira esta marca más de cerca, “Miserias”

“Miserias” volvió a mirar a través de la lente y dejó transparentar su agitación y su sorpresa.

—¿Lo has comprendido, muchacho? —le preguntó Pete—. Los animales perdidos del Bar C. corren directamente hacia la propiedad Circle Cross, de Brainsted, ¿no es eso? Mira ahora lo que nos descubre esta lente de aumento. Colócala aquí sobre este ángulo.

“Miserias” dejó escapar un verdadero alarido de sorpresa. El arreglador de la marca había convertido la “C” en un círculo entero. Había añadido también una barra vertical a la horizontal. Alguien había estado cambiando el ganado del Bar C. como perteneciente al Circle Cross, falsificando la marca tan esmeradamente, que sólo podía descubrirse la trampa con una potente lente de aumento.

—¡Ahora lo comprendo, patrón! —exclamó “Miserias”—. Ese Brainsted tiene que darnos explicación de todo esto. ¡Digo! Hay que hacerle hablar, sea como sea. Me apuesto diez contra uno a que está empinando el codo ahí, en el “Descanso del Vaquero”.

—Podemos llegarnos dando un paseo hasta allí y ver qué se le ocurre decir por sí mismo, “Miserias”.

—En un periquete estoy a tus órdenes, patrón —dijo el diminuto comisario.

Fue hasta la parte delantera de la barbería, cambió su chaqueta blanca de barbero por una más oscura, y se ciñó el cinto de los cartuchos. Pero Rice se había levantado de la mesa y después de apagar la luz se acercó a mirar por la ventana.

—Me parece que alguien ronda por ahí fuera —dijo en voz baja a “Miserias”, cuando éste se le reunió.

Esperó un buen rato sin moverse. El barbero permanecía a su lado. No vino ruido alguno de la parte posterior. Pete echó a andar hacia la parte delantera de la tienda. Con estrépito “Miserias” cerró la puerta tras sí y miró en torno suyo en la obscuridad de la noche.

Los dos hombres se detuvieron un momento a la entrada de la calle que lleva hacia la cárcel. Los ojos de Pete escudriñaron fijamente en la obscuridad. Por último echó a andar con “Miserias” hacia el “Descanso del Vaquero”.

—¿Habrás que meter en la cárcel a Brainsted? —inquirió “Miserias”.

—Me parece que sí. No sé gran cosa de ese Brainsted. Si resulta que es más decente de lo que me figuro, y desea indemnizar por los animales del Bar C. que haya robado, podría interceder en su favor cerca del juez Grange.

—No se trataría entonces de un caso interesante —fue la opinión de “Miserias”, expresada con un suspiro—. Hace ya mucho tiempo que no tropezamos con un asunto grande, de verdadero interés, patrón.

—No siempre podemos estar metidos en asuntos grandes —dijo Pete a su comisario—. Aunque no deja de ser fastidioso el haber de intervenir en tantos asuntos pequeños, que le roban a uno el tiempo inútilmente.

Al acabar de decir estas palabras, arrojó al arroyo la goma que había estado mascando. Buscó y halló un trozo nuevo en uno de sus bolsillos, y reemplazó en su boca el pedazo que acababa de desear por inútil.

—Cuando despliegas tus mantas sobre el terreno, “Miserias” —dijo—, no es siempre el lobo maligno quien te impide dormir, ¿no

es eso? ¡No, pardiez! Es el aullar de los coyotes. Eso es lo que ocurre casi siempre en la vida. Son las cosas pequeñas las que mantienen a un hombre atareado principalmente, y le mantienen más irritado también.

Precisamente delante de él, vio Pete Rice el podenco de Sam Hollis tendido a la puerta del “Descanso del Vaquero”. Parecía la encarnación perfecta de la relajación total.

Pero súbitamente se levantó de un salto. Sus orejas revelaron interés por algo. Su cola se puso tiesa como un palo. Todo en él indicaba vigilancia extrema... Se hallaba frente a Pete y su comisario, pero a simple vista se conocía que lo que le llamaba la atención estaba detrás de ellos.

Pete giró sobre sí. No pudo advertir nada irregular. Unos cuantos hombres estaban agrupados a lo largo de la acera de madera de pino, en la parte posterior de la barbería de “Miserias”. Un vehículo de cuatro ruedas traqueteaba a lo largo de la calle. Nada extraordinario. Sin embargo, la actitud del perro sí tenía algo de extraordinario.

—Este podenco oye algo —observó Pete.

El sheriff se detuvo y escuchó atentamente. Pocos segundos después él también oía algo. Su oído era tan fino que el más leve rumor era como telegrafiado, retransmitido inmediatamente a su cerebro.

Un caballo se acercaba desde el otro extremo de la calle principal, algo lejos aún a su espalda. Probablemente no habría hecho más que llegar a los límites de la ciudad, viniendo de la dirección de Rangerville. Se acercaba a toda velocidad. El sonido de sus cascos al chocar contra el suelo iba haciéndose más distinto cada vez.

—¡Pardiez! ¡Alguien tiene mucha prisa por llegar, patrón! —gritó “Miserias”.

El sheriff no dijo nada. Continuó en la misma postura, con los nervios en tensión.

—Tal vez, patrón —aventuró “Miserias”—, este insignificante caso de falsificación de marcas de ganado no nos haga perder mucho tiempo ¿eh? No opino que eso suene igual que el aullido del coyote ¡Podía tratarse también del aullido del verdadero lobo!

Pensativamente, Pete Rice continuó mascando goma. El ruido de

los cascos iba siendo cada vez más intenso. En aquel galope desenfrenado parecía haber también desesperación.

Al fin habló Pete.

—En medio de todo, “Miserias” —dijo—, me parece que ese viene empujando...

Las sospechas de Pete adquirieron más fuerza cuando vio al jinete detenerse en seco frente la barbería de “Miserias”.

—Es precisamente a ti a quien busca ese individuo, Pete-dijo “Miserias” —. Nadie galopa a esa velocidad por la población sólo para afeitarse o cortarse el pelo.

Los dos hombres se dirigían ya aceleradamente hacia la barbería. Frente a la tienda, un hombre había desmontado de un caballo completamente agotado por el esfuerzo que acababa de realizar. Aquel individuo se dirigió con paso rápido hacia Pete y “Miserias”. Sus miradas se posaron particularmente en el sheriff.

—Usted es Pete Rice —dijo—, y...

—Y usted es Wade Farberson —le interrumpió Pete, que parecía tener una cámara fotográfica en cada ojo y rara vez olvidaba un rostro después de haberlo visto antes.

—Eso es, **sheriff**. Y soy de Rangerville.

Pete asintió con un movimiento de cabeza.

—Lo sé. Es usted propietario de un Hotel.

—Así es. El Rangerville House. Ocurre allí algo importante referente a...

El sheriff le interrumpió con un ademán.

—Espere un minuto, mister Farberson. Iremos a mi oficina. Este es mi comisario, mister Hiks. Puede usted hablar delante de él con entera libertad.

Pete había notado que a lo largo de la calle y procedente del “Descanso del Vaquero” se acercaba Brainsted. Se llevó a Farberson a la oficina, antes de que Brainsted llegase a la vista de la barbería.

Una vez dentro ofreció un silla a su visitante, pues Farberson estaba algo lejos de ser un muchacho. Se le notaba cansado por la caminata que acababa de hacer y su respiración era algo fatigosa. Antes de que se repusiera un tanto y empezase a contar el asunto que allí le llevaba, Pete le examinó detenidamente.

Era un hombre de unos cincuenta años. Sus cabellos, negros, tenían ya algunas hebras de plata. Su rostro mostraba varias

arrugas, y en sus ojos se leía la honradez. Tenía el blanco de los ojos algo sanguinolento tal vez a causa de algún desorden físico.

Por fin, Farberson empezó a respirar algo más tranquilo. Acercó su silla cuanto pudo a la mesa de Pete.

—Yo esperaba a un viejo amigo en la diligencia de Wilcey Center, esta noche temprano —dijo—. Esperaba pasar muy buenos ratos con él, aun cuando le sabía poco dispuesto a complacerme. Yo le había dicho que podía permanecer en el hotel todo el tiempo que quisiera, incluso el resto de su vida, si lo deseaba.

Pareció como si se le secase la garganta. Pete le llenó un gran vaso de agua y se lo dio. El viejo loapuró de un trago.

—Cuando vi que la diligencia se retrasaba una hora, comencé a inquietarme. Finalmente, y aunque aun no sospechaba nada, envié un telegrama a Wilcey Center, enterándome de que la diligencia había pasado por allí a la hora fijada. Aun no me inquietó mucho, hasta que poco después comprobé que Rattigan —ya sabrá usted que Tom Rattigan es el propietario de las diligencias de la Standard Stage Lines...

Pete asintió con un gesto..

—...había recibido una nota amenazándole de muerte. Me pareció mucha coincidencia. Parecía algo extraño que Rattigan pudiese ser amenazado y su diligencia volviese hacia atrás casi al mismo tiempo. Un asunto chocante, lo reconozco. Por eso reuní algunos muchachos de la ciudad y salimos al camino para ir al encuentro de la diligencia.

—¿Comprobó usted que había ocurrido algo? ¿Estaba atascada?

—¡Pardiez! ¡Peor que eso! ¡Es un verdadero misterio aun para usted tan acostumbrado a desentrañarlos! ¡La diligencia había desaparecido como si se la hubiese tragado la tierra!

—¿Registró usted bien a lo largo de la ruta que...?

—Lo hicimos —le interrumpió Farberson—. He aquí los hechos: La diligencia llevaba tres hombres: Tuffy McShane, que iba como una especie de guardián. Usted sabe la fama que tiene de luchador...

Pete volvió a asentir con un nuevo gesto. Le constaba la reputación de McShane. Más de una vez había cabalgado a las órdenes del sheriff.

—Bien, viajaban, pues, McShane y el cochero y ese viejo amigo

mío, que venía como pasajero.

—Wilcey Center tiene algunos yacimientos de oro, que es enviado fuera. Ese día ¿iba algo de valor en la diligencia?

—No podría decírselo, sheriff, pero vieron pasar la diligencia por Last Hope (“La Última Esperanza”), esa pequeña villa misteriosa, que usted conoce. Un viejo buscador que aun vive allí en una cabaña junto —a una mina denunciada, la vio pasar.

Farberson se pasó una mano por su fino y plateado cabello.

—Y lo más raro del caso es que en el pequeño establecimiento de Placer, sólo dos o tres millas más adelante, ¡nadie vio pasar la diligencia!

Pete Rice se irguió como movido por un resorte.

—¿Quiere usted decir con eso que la diligencia, en pleno día, desapareció entre los dos establecimientos estando tan cerca el uno del otro?

—En efecto, sheriff. ¡Se desvaneció, se esfumó en el aire!

—¿Sin dejar ninguna huella?

—Ni una sola apreciable, sheriff. Seguimos las huellas en la carretera hasta aproximadamente una milla más allá de Last Hope. Allí se detuvieron. Hay algunas huellas de cascos de caballo, y los surcos dejados por las ruedas, como se encuentran en casi toda la carretera. Pero ni una sola huella particular de la diligencia. ¡Esa diligencia se detuvo en un punto determinado... y luego se evaporó!

—Pero, “Shorty” Dunna, el comisario de Rangerville... ¿no conoce el caso?

Farberson mostró alguna agitación.

—Fui precisamente a enterarle de lo ocurrido. “Shorty” estaba tumbado en su oficina cuando yo fui a ponerle en antecedentes de lo ocurrido. Lo habían dejado fuera de combate con un balazo en el hombro. ¡Por eso me decidí a cabalgar hacia aquí... en busca suya!

—Tal vez haya en todo esto algo más que estas cosas, pero estoy intranquilo por la desaparición de la diligencia —fue la opinión de Pete Rice.

—Tal vez. Yo no sé mucho más acerca de la suerte que haya podido correr ese viejo amigo mío que iba como pasajero. Claro que también estoy intranquilo por lo que haya podido ocurrirles a McShane y al pobre cochero. Los dos eran excelentes personas. Sin embargo, y como es lógico, es la suerte de mi amigo, se llama Ed

Seymour, lo que me preocupa ante todo.

Farberson se puso en pie y se dirigió hacia un mapa del distrito de Trinchera que estaba clavado en la pared de la oficina, y señaló con un dedo el punto que indicaba Wilcey Center.

—Fíjese usted bien en esto, sheriff —dijo—. La diligencia deja el Center a su hora y se la ve pasar por aquí, y por aquí.

Y al hablar indicaba pequeñas ciudades en el mapa.

—Se la ve pasar por aquí —y mostraba un puntito que indicaba la ciudad misteriosa de Last Hope—. ¡Pardiez, y por aquí! —y su dedo mostraba el Placer, situado unas dos millas más lejos—. ¡Y ya no se la vuelve a ver! Desde luego, si se tratase sólo de un caballejo, no parecería tan misterioso, pero...

¡Boom!

Se oyó el ruido de quebrarse un cristal. Una bala pasó rozando la cara de Pete Rice e hizo añicos el espejo de la parte delantera de la barbería.

¡Boom!

Una segunda bala trazó un surco plomizo de muerte a través de la habitación y fue a aplastarse a un lado de la silla del barbero.

Hubo aún un tercer disparo de rifle, y “Pistol” Pete Rice cayó de bruces al suelo.

CAPÍTULO III

DOBLE MISTERIO

Pete no había sido alcanzado por las balas. Pero era demasiado veterano en aquellos trotes para continuar estacionado junto a la ventana, ofreciendo un blanco magnífico. Trató también de proteger a Hicks “Miserias” y a Farberson. Se tendió cómodamente en el suelo y su mano empuñó uno de sus 45.

El arma no tardó en tronar. Una bala certera hizo saltar en mil pedazos la lámpara que alumbraba la habitación. Así, él y los otros dos hombres que le acompañaban no ofrecerían un blanco tan admirable como hasta entonces...

El sheriff púsose en pie, rápidamente y apagó a pisotones las llamas que habían comenzado a prenderse en el pavimento de madera en torno a la rota lámpara. La habitación quedó sumida en tinieblas, sin más iluminación que los débiles rayos de luna que se filtraban por la ventana.

Otro fogonazo rasgó las tinieblas en la parte exterior de la oficina de Pete, allá en la calle, pero ya el tirador no tenía blancos tan admirables como antes. Pete Rice caminaba sobre las manos y las rodillas hacia la parte delantera de la barbería.

—“Miserias”, ¡quédate aquí con mister Farberson! —ordenó a su comisario por encima del hombro—. ¡Yo me encargo de ese charlatán de ahí afuera!

No se entretuvo en discutir con “Miserias”, sino que continuó arrastrándose hacia la fachada de la barbería y a poco trasponía la puerta. Anduvo unos pasos por la calleja y unos segundos después estaba en el espacio oscuro adjunto a la trasera de su oficina. Llevaba sus dos 45 en las manos.

Un rifle volvió a rugir otra vez desde el tejado de un viejo edificio de adobe, y una bala silbó a muy poca distancia de Pete.

El sheriff levantó su 45 y disparó algunos tiros en dirección al tejado de adobe. Luego dio la vuelta en torno al tejadillo por suponer que el tirador había tenido tiempo de saltar al suelo. Estuvo seguro de ello cuando pocos segundos después otra rociada de plomo partió de la obscuridad. Se oyó el ruido de alguien que corría y divisó un bulto moviéndose precisamente hacia adelante, en las tinieblas.

—¡Alto! —gritó Pete—. ¡Te tengo cubierto!

El bulto continuó su avance sin hacer caso. Pete disparó. Apuntó a escasa altura, a las piernas del fugitivo. Vio a la sombra aquella caer hacia adelante como un caballo cazado con lazo; luego oyó otros dos disparos de rifle desde cerca de unas cien yardas detrás, pero esta vez las balas no pasaron próximas a él.

Pete corrió hacia el lugar de donde habían partido los dos últimos tiros. Se jugaba una probabilidad, como si quisiese coger al peligro por la garganta. Sabía que había alcanzado a un hombre, hiriéndole al menos, puesto que le vio caer, y se dispuso a tirar a los fogonazos cuando el compañero del hombre que había resultado herido disparase de nuevo.

Pero no se oyeron más tiros. El compañero, si existía, debía de tener los pies fríos, y desapareció como una flecha, hacia las tinieblas, entre dos edificios inhabitados.

Había un camino despejado entre el amontonamiento de cabañas que formaba la Ciudad de Mex. El fugitivo podía tomar allí una cualquiera de la media docena de callejas. Era punto menos que imposible seguirle ya por aquellos vericuetos; en cambio el herido era más fácil de capturar, y podía obligársele a declarar quién era su compañero.

Pete corrió hacia el hombre a quien viera caer. Este trató de mantenerse en pie, pero se derrumbó de nuevo medio sin sentido.

—¡Yo no lo hice! —murmuró con voz angustiada—. ¡Yo no lo hice!

Pete abrió los ojos, asombrado. Estaba demasiado oscuro para que pudiese verle la cara a aquel hombre, pero aquella voz, con un acento especialísimo, era inconfundible. Pertenecía a Serge Brainsted. Las gentes decían que Brainsted era ruso.

El misterio de los tiros comenzaba a aclararse algo en el cerebro de Pete. Indudablemente, Brainsted se había enterado de que

sospechaba de él como ladrón y falsificador de marcas de ganado. Debía de haber espiado aquella noche a Pete Rice, y al verle examinar las marcas falsas con la lupa, determinó matarle antes de que sus sospechas trascendiesen a la calle.

—¿Usted no lo hizo, eh? —le vituperó Pete—. ¿No? ¿Entonces qué hacía usted rondando por estos alrededores? ¿Y qué hacía usted con eso?

Y al hablar así mostraba el rifle que Brainsted dejara caer al derrumbarse herido. Olió el cañón y pudo convencerse de que aquella arma había sido disparada hacía poco.

—¡Yo no lo hice! —insistió Brainsted—. ¡Disparé una vez, sí! Pero luego sonaron más tiros y uno de ellos me alcanzó a mí. ¡Me estoy muriendo!

Pete hizo una mueca. Él había apuntado a las piernas del hombre que corría. Cuando Pete afinaba la puntería daba infaliblemente en el blanco elegido. Brainsted podía pensar que estaba agonizando, pero una semana o dos de cuidados médicos lo pondrían en condiciones de ser encerrado en el calabozo hasta que lo juzgasen.

—Voy a llevarlo a la tienda, Brainsted —dijo—. No creo que esté a punto de morir. Me parece que en último caso morirá en la cárcel. Es usted un hombre maduro y tendrá que responder a estas dos acusaciones: falsificación de marcas de ganado e intento de asesinato.

Y se inclinó para cargar con el cuerpo del herido, que se quejaba de una manera lastimosa. Cuando enderezó al herido para echárselo al hombro pudo ver que salía un chorro de sangre del lado izquierdo del pecho, a pocas pulgadas del corazón. ¡Y él, Pete Rice, había tirado a las piernas del hombre!

He aquí por qué Pete no oyera silbar las balas que fueron disparadas después de haber visto caer a Brainsted, a unas cien yardas a su espalda. ¡El segundo tirador había disparado contra Brainsted! Pero, ¿por qué?

Brainsted se desmayó y quedó sumido en la inconsciencia cuando Pete lo llevó a través de la calle hasta la barbería. Un grupo de curiosos se había apelotonado ya a la puerta del establecimiento de Hicks “Miserias”.

“Miserias” dejó que entrase el sheriff y se acercó al herido, cuyas

heridas examinó detenidamente. Había una por debajo de la rodilla derecha. Era el tiro de Pete. Había bastado para derribar a Brainsted, pero nada más.

Sin embargo, Brainsted, como había dicho, se moría. La sangre seguía fluyendo de su costado izquierdo. Pete podía hacer poco o nada para contener la acción de aquella herida mortal.

La experiencia de casos parecidos le dijo que sería inútil llamar un médico. Brainsted habría muerto pocos minutos después. Posiblemente dos minutos. Tal vez tres o cuatro. Farberson parecía afectado por la vista de la sangre, pero el pequeño Hicks “Miserias” lavó la frente del moribundo, con algunas de sus más eficaces lociones.

Brainsted abrió los ojos.

—¿Por qué disparó usted contra mí, Brainsted? —preguntó Pete—. Es usted un hombre maduro. Yo hubiese intentado darle una probabilidad de salvarse, ¿pero podía usted demostrar que las marcas falsificadas no eran obra suya?

Brainsted asintió débilmente.

—Sí. No puedo negar eso. Ni tampoco, que disparé contra usted... una vez. Luego cambié de pensamiento. Vi que la bala no le hirió. Comprobé que después de todo, no podía matarle. Y corrí para escapar, pero soy viejo y no puedo correr deprisa.

—¿Sabe usted quién es el hombre que le hirió en el costado? ¿Tiene un asociado en sus negocios?

Durante unos segundos Brainsted no pudo hablar. Se limitó a mover la cabeza a un lado y a otro en sentido negativo.

—¿Está usted seguro? —insistió Pete.

—No tengo lo que usted llama... un asociado, sheriff. Me lancé solo a este negocio —fueron las palabras claras y firmes del herido—. Me muero... Digo la verdad, declaro bajo juramento que yo...

La voz de Brainsted parecía venir de larga distancia.

—Declaro bajo juramento que yo...

Un último estertor, como un sollozo, salió de la garganta de aquel hombre.

Pete Rice tenía ya entre sus brazos un cadáver. Suavemente, dejó descansar el cuerpo en el suelo. ¿Había mentido Brainsted en el momento de morir? ¿Trataba de defender a algún asociado? ¿O había dicho la verdad como afirmaba?

¿Quién sería aquel individuo que disparara su rifle a través de la ventana de la oficina del sheriff y que estuvo a punto de cortar para siempre la carrera de Pete Rice? ¿Podía estar relacionado el intento de asesinato con el fantástico mensaje de que había sido portador Farberson?

Fuese como fuese había allí un extraño misterio. Posiblemente uno, el del tirador de la Quebrada del Buitre, en relación con la diligencia desaparecida cerca de Rangerville. Posiblemente dos misterios separados.

Pete se inclinaba más a pensar que ambos misterios estaban eslabonados el uno al otro. ¡Hicks “Miserias” iba al fin a salirse con la suya, al encontrar el verdadero aullido del lobo salvaje, el gran asunto que hacía tanto tiempo no se presentaba!

CAPÍTULO IV

EMPIEZA LA PISTA

Otro de los comisarios de Pete Rice llegó a la barbería en el preciso instante en que Brainsted exhalaba el último suspiro. Era Teeny Butler, que regresaba de investigar en el campo el caso de la falsificación de marcas de ganado.

Teeny, un tejano llamado en realidad William Alamo Butler, era un soberbio ejemplar de masculinidad. Un tipo admirable de seis pies de estatura. Debía de pesar muy cerca de las trescientas libras. Sin embargo, no podía decirse que hubiese exceso alguno de gordura en su forma perfectamente modelada. Se había endurecido en el duro galopar por valles y caminos y en la vida a la intemperie.

En cuanto se enteró de lo ocurrido, corrió fuera de la tienda y se aventuró por calles adyacentes. Se movía con la agilidad un peso ligero.

Pete se reunió poco después a su gigantesco comisario. Teeny era un experto buceador de pistas, pero pareció andar a tropezones, en aquel caso particular.

—Creo que era bastante listo —observó con su manera especial de hablar, arrastrando las palabras—. Lo que hizo, me parece a mí, fue subirse a otro adobe, y luego saltar a través de la avenida hacia el tejado de un tercero. Pudo saltar luego sobre la acera. Creo que nos costará trabajo seguir sus huellas.

Pete hizo un gesto significativo. Tarde o temprano Pete acabaría por apoderarse de aquel individuo, o éste se descubriría a sí mismo, como les ocurría a muchos criminales, que se alababan de sus proezas al hablar por los codos después de colmarse de whisky.

—Aun nos queda por delante mucho que hacer —dijo Pete—. Este asunto de los tiros de esta noche, es sólo una parte mínima del caso en que nos hemos metido. Yo creo que aun sucederán cosas

más grandes en el camino de Rangerville. Tendremos que ojear detenidamente el lugar donde desapareció la diligencia, y hallar algunas huellas, sin perder minuto. Ya estamos en marcha hacia Rangerville, Teeny.

—Estoy a tus órdenes —contestó Teeny—. Voy a preparar los caballos.

Y mientras se dirigía afanosamente a ensillar los caballos, Pete Rice regresó a la barbería. Había llegado ya el doctor Buckley, médico forense del distrito de Trinchera, y examinaba el cadáver de Brainsted. El encargado de las pompas fúnebres hacía los preparativos para dar sepultura al cuerpo de Brainsted.

—Nunca pensé que tendría que enterrar a Brainsted tan pronto, porque aun no hace mucho rato que bebimos juntos en el “Descanso del Vaquero”. No era mal muchacho.

—No, creo que no —asintió Pete, que nunca hablaba mal de los muertos—. Tenía algunas cosas buenas, pero la avaricia hace desaparecer del corazón las demás cualidades buenas.

Wade Farberson, más viejo, más cansado y muy abatido estaba sentado en la parte posterior de la tienda.

—¿Irá usted a Rangerville, sheriff? —preguntó casi suplicante.

—Con toda seguridad —contestó Pete—. Mis comisarios y yo nos pondremos en camino dentro de media hora todo lo más.

Farberson lanzó un suspiro de alivio.

—¡Admirable! Entonces tendré compañía a mi regreso. Me alegro de ello, porque nadie me quita de la cabeza que los últimos tiros de esta noche iban destinados a mí. Servir de blanco para los tiradores, puede ser parte de sus negocios, sheriff, pero no me gusta que lo sea de los míos. Después de presenciar lo ocurrido, malditas las ganas que tengo de regresar solo a Rangerville.

El dueño del Hotel de Rangerville aun dejaba ver en sus ojos el espanto que le dominaba, cuando veinte minutos después cabalgaba hacía su ciudad natal en compañía de Pete Rice, Teeny Butler e Hicks “Miserias”.

Pete Rice marchaba con toda la cautela de que era capaz mientras dirigía la pequeña caravana a lo largo del camino iluminado por la luna. Montaba a Sonny, su magnífico alazán.

El ruano de Farberson estaba cansado y no podía esperarse de él que mantuviese la marcha vigorosa de los caballos de Pete, Teeny y

“Miserias”.

Teeny cabalgaba en su enorme pura sangre bayo. Era mayor en tamaño que el tipo medio de los caballos, del mismo modo que su amo era mayor también que el tipo medio de los hombres. Estaban proporcionados el uno al otro. En cuanto a Hicks “Miserias”, montaba como siempre su pequeño y flaco ruano de calor de fresa, al que llamaba “Caballero”.

Pete, contra su costumbre, parecía muy tranquilo. Sus mandíbulas trabajaban concienzudamente sobre su ración de goma. Su cerebro era un torbellino de pensamientos. ¿Quién había intentado tenderle una emboscada? ¿Por qué aquel otro tirador habría disparado contra Brainsted? ¿O habría sido herido Brainsted accidentalmente por aquella bala?

El sheriff se hacía estas preguntas una y otra vez. Entretanto, sus perspicaces ojos no dejaban de mirar atentamente a uno y otro lado, en cuanto oía rugir una pantera o aullar un coyote.

Los cuatro jinetes doblaron un recodo de la carretera. Allá a lo lejos podía verse la ciudad, fantástica de Last Hope. El caserío parecía como una gran sombra dispersa. Todas las chozas medio derruidas estaban en tinieblas, excepto una. Un silencio imponente parecía pesar como espeso manto sobre el paraje entero.

—En aquella cabaña, hacia el final del poblado, hay una luz —dijo “Miserias”.

—Sí. Ya lo veo. Nos dirigiremos allí y veremos de qué se trata.

Farberson y los tres representantes de la ley dirigieron sus caballos en aquella dirección. Los animales respondieron admirablemente al acicate de la espuela y emprendieron ligero galope hacia la cabaña iluminada.

Llegados a ella, Pete desmontó y dio unos golpes en la puerta. Hubo un momento de silencio, giró la puerta sobre sus goznes y en el hueco apareció un viejo explorador.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy el sheriff Pete Rice —dijo éste—. Deseo hacerle algunas preguntas.

—Empiece cuando quiera.

—Ayer tarde, ¿vio pasar por aquí la diligencia de la Standard Lines?

—Estoy seguro de ello —contestó aquel hombre—. Fue poco

antes de ponerse el sol.

—¿Está seguro de que se trataba de la diligencia del servicio regular de la Standard?

—Positivamente, sheriff. Reconocí a su conductor, Gawky Henderson. Es inconfundible por su cuello.

—¿Se dirigía la diligencia hacia Rangerville?

—Sí. No tenía más remedio que pasar por allí, dada la dirección que llevaba.

El sheriff miró hacia abajo, a la oscura carretera. Era una cortina de tinieblas, algo como el velo del misterio envolviendo de manera impenetrable aquel enigma.

—¿No podría prestarnos una linterna, camarada?

—¡Desde luego!

El viejo retrocedió hasta un rincón de su desordenada cabaña y volvió a poco con una linterna. Estaba maravillosamente limpia y la mecha estaba muy bien despabilada. Encendió una cerilla en la suela de su bota, prendió la linterna y se la entregó a Pete.

—Gracias, amigo. Se la devolveré dentro de pocos minutos.

Los tres oficiales y su compañero volvieron a montar a caballo y retrocedieron por la carretera.

Los vacilantes rayos de la linterna mostraron diversas huellas de paso de carros. Estaban aún frescas. El día había sido casi encalmado y la arena no había cegado las huellas de las ruedas.

Pete señaló a unos surcos abiertos recientemente en el camino y dijo:

—Estas huellas son de la diligencia. Veremos a ver dónde terminan.

Farberson y los tres representantes de la ley siguieron aquellas huellas, que finalmente desaparecían en una confusión de pateaduras de cascos de caballos.

Era extraño, fantástico, casi increíble. Pete miró a ambos lados de la carretera. En uno de los lados había una extensión de terreno cubierto de salvia. En el otro ascendía un talud rocoso. Y no había ningún lugar cubierto, ningún paraje desde el que los bandidos a caballo pudiesen descender sobre la diligencia.

Las mandíbulas de Pete trabajaban rudamente sobre la goma. No dijo una palabra al examinar la carretera en varios pies de extensión.

Si el sheriff de la Quebrada del Buitre tenía interiormente alguna teoría relativa al misterio de la desaparición de la diligencia, no se la comunicó a nadie.

Farberson, el propietario del Hotel, estaba agotado completamente cuando el grupo llegó a Rangerville, y se retiró casi apenas llegados, pero Pete Rice y sus comisarios eran más jóvenes y estaban endurecidos en el trabajo.

Establecieron su cuartel general en el Hotel de Rangerville, y ante todo se preocuparon de sus caballos. Luego devoraron materialmente la comida que Farberson insistió en que les preparasen.

El primer cuidado de Pete Rice fue ir a visitar a “Shorty” Dunne, el comisario local.

“Shorty” tenía poco que informarle. Estaba en la cama, en casa, con un balazo que le había atravesado el hombro. Era obvio que fue tiroteado para impedir que saliera al camino y entorpeciese la labor de los bandidos. La herida no era de gravedad y, transcurridos muy pocos días, estaría sin duda en condiciones de facilitar a Pete detalles interesantes. Luego el sheriff fue a visitar a Tom Rattigan propietario de la diligencia que había desaparecido. Rattigan estaba lleno de ardor combativo... para no combatir.

Desde luego, se mostró totalmente opuesto a la idea de que Horace Peters, propietario de la línea rival de diligencias, la Peters Stage Line, hubiese tenido nada que ver en la desaparición de su diligencia, y en realidad puso a Peters por las nubes alabándolo.

La diligencia de la Peters Line partía de Wilcey Center —también el término de la Standard Lines, propiedad de Rattigan—, pero en vez de tomar la ruta directa a Rangerville, daba la vuelta por la ciudad de Sosa Springs, para llevar pasajeros y servicio adicional a varias poblaciones pequeñas.

Las dos líneas de diligencias iban a unirse un poco más arriba del Ten Mile Water Hole (El Depósito de las Diez Millas), y ambas continuaban luego por la misma carretera hasta Rangerville.

—¿Usted ha enviado sus diligencias como de costumbre? —le preguntó Pete.

—Como de costumbre —fue la contestación de Rattigan—. La diligencia de la Standard Línea deja Wilcey Center mañana, según el itinerario corriente.

Pete movió la cabeza, pensativo. Se preguntaba cómo podría tener bajo estrecha vigilancia aquella diligencia durante varias millas de su recorrido.

Había ya amanecido hacía rato cuando Pete regresó al Hotel de Rangerville para dar a su cuerpo un bien ganado descanso. Fue a primeras horas de la noche cuando Pete y sus comisarios hicieron otra visita a los alrededores de Rangerville. El sheriff había estado en la cabaña de Swen Lindstrom, uno de los cocheros de la Standard.

Lindstrom, según dijera Rattigan, había recibido también una carta amenazadora. Los representantes de la ley hallaron a Lindstrom solo en su cabaña. Era un hombretón fornido; de mandíbulas cuadradas y ojos azules. Su carácter parecía escrito en su rostro.

Contestó sonriendo al apretón de manos de Pete.

—Sí, sheriff, recibí una de esas cartas por correo —dijo, contestando a una pregunta de Pete—. Me advertían en ella que si continuaba prestando mis servicios como cochero de la Standard Lines no viviría mucho tiempo.

—¿Y renunció usted a su trabajo? —preguntó Pete.

—¡No, como sabrá muy bien! —contestó Lindstrom, con una sonrisa que partió materialmente su cara en dos—. Precisamente trabajo ahora con más entusiasmo que nunca. Y mi recadero especial, mi primo Bran Larse, se ha equipado con un rifle de repetición. Si alguien intenta jugarnos alguna mala pasada le haremos una recepción adecuada.

—Es una buena idea —dijo Pete, que tenía gran confianza en la valentía de Lindstrom—. Si ve usted algo fuera de lo normal alguna vez haga el favor de comunicármelo. A veces detalles que parecen carecer de importancia son muy interesantes en casos como el que nos ocupa.

Más tarde los tres comisarios regresaron a la ciudad. Pete se había enterado por Lindstrom de varios datos interesantes, la localización de los manantiales de agua, posibles lugares para emboscadas a lo largo de la carretera, el tiempo fijado en el itinerario para llegar y salir de varias ciudades.

La calle principal estaba bastante oscura y desierta cuando el trío llegó a ella. Las tiendas, excepto un par de tabernas,

permanecían cerradas.

Dos tiros claramente destacados hendieron el silencio de la noche. Pete se irguió nervioso en su silla.

—¡Por todos los diablos! —exclamó “Miserias”—. Me gustaría saber si algún vaquero tiene ganas de retozar a estas horas.

—¡Esos tiros han venido del hotel! —le interrumpió Pete, a tiempo que lanzaba a “Sonny” hacia adelante.

El alazán salió como un rayo calle abajo. Los caballos de Teeny y “Miserias” procuraron seguirle.

Algunos hombres salían corriendo de una taberna situada frente al hotel. Este y sus comisarios pasaron por delante de ellos y dirigieron sus cabalgaduras en línea recta hacia el establecimiento. Alguien galopaba alejándose por el lado opuesto del edificio. Se oyó un rápido chocar de cascos contra el camino.

—¡Muchachos, seguid a esos fugitivos! —gritó Pete—. ¡No abandonéis la caza hasta alcanzarlos! ¡Entretanto averiguaré lo que ha ocurrido en el interior del hotel! ¡En marcha!

Los dos comisarios espolearon sus monturas y lanzáronlas a un galope desenfrenado.

Pete desmontó en un segundo y se arrastró rápidamente hacia el lado opuesto del hotel. Una de las habitaciones posteriores estaba iluminada. Era la habitación particular de Farberson, una especie de salón de descanso y oficina en la planta baja del edificio. El cristal de la ventana había sido roto en pedazos.

Pete penetró en el interior de la habitación. En el pavimento hallábase tendido el cuerpo de un hombre, y medio caído en el suelo y apoyado en una silla se veía a otro individuo.

Súbitamente Pete pensó en aquel tirador misterioso de la Quebrada del Buitre. ¿Había seguido a Farberson hasta Rangeville? ¿Tendría interés en quitar de su camino a Farberson por algún motivo?

Porque el hombre que yacía tendido en tierra era Wade Farberson.

CAPÍTULO V

LA MARCA INDICADORA

Pete Rice se encontró en el interior de la habitación en una fracción de segundo. Farberson, según pudo ver en el acto, no estaba muerto, pero se retorció y se quejaba con verdadero dolor. Abrió los ojos y los dirigió débilmente hacia el otro hombre que yacía en el suelo.

—No se ocupe de mí ahora, sheriff. Puedo aguantar. Ayúdelo a él —dijo.

Pero Pete había visto de cerca la muerte demasiadas veces para comprender desde el primer momento que nada podía hacerse por el hombre de cabellera de plata que yacía cara al cielo, con los brazos en cruz, inerte cerca de la ventana.

El sheriff llevó a Farberson hasta un viejo canapé de cuero que había en uno de los rincones de la estancia.

—Me duele aún bastante —murmuró Farberson—, pero creo que no tardaré en estar bien...

Pete examinó determinadamente su herida. Era un rasguño en la parte superior de la pierna. El sheriff rasgó su pañuelo en tiras e improvisó rápidamente un vendaje.

En el pasillo se oyó ruido de pasos que se acercaban y también algunas voces. Pete cruzó la habitación. Quitó los cerrojos de la puerta y la abrió de par en par. Un grupo de hombres se precipitó en la habitación y empezaron a hacer preguntas todos a un tiempo.

—Soy el sheriff Pete Rice. Pero supongo que algunos de vosotros me conocerá —dijo Pete—. Hay que ir a buscar al doctor ahora mismo. Farberson no tiene nada importante y el doctor puede calmar sus dolores fácilmente. Uno de ustedes que avise al de la funeraria, pues ese otro hombre está muerto.

Uno de los visitantes dio unos pasos adelante y se inclinó sobre

el hombre de la cabellera de plata que yacía cerca de la ventana.

—¡Dios Santo! ¡Si es Horace Peters! —exclamó.

Pete no había tenido ocasión de conocer personalmente a Horace Peters, pero no ignoraba que había sido el propietario de la línea de diligencias Peters Stage Line. Los pensamientos se agolparon tumultuosamente en el activo cerebro del sheriff. La diligencia de Rattigan desaparecida... Rattigan, el propietario de la diligencia amenazado por carta. Y ahora Peters, el propietario de la línea rival, ¡muerto! ¿Habría alguna relación entre ambos hechos?

Pete consiguió al fin que Farberson estuviese lo más confortablemente posible. El propietario del hotel parecía sentir aún un gran dolor, y más interesado por lo ocurrido a Peters que a él mismo.

—¡Peters muerto! —murmuraba—. ¡Todas estas cosas acabarán por parecerme una pesadilla!

Tragó a duras penas la saliva y se pasó la lengua por los resecos labios repetidas veces.

—Peters y yo hemos sido amigos durante muchos años. Le dije que viniera aquí esta noche, pues deseaba que hablase con usted. Últimamente él parecía preocupado por algo, pero no traté de interrogarle. Creí que usted lo haría mejor que yo.

Miró de una manera extraña hacia el cristal roto de la ventana.

—Horace y yo nos visitábamos bastante últimamente. Yo procuraba convencerle de que se quedara en el hotel por la noche. Acababa apenas de apartarme de la ventana, e iba a indicarle que este canapé podía convertirse en un lecho bastante cómodo para dormir plácidamente en él. Entonces oí el estrépito de la ventana. Me sentí arrojado contra el suelo. Al principio pensé que estaba más grave de lo que estoy.

—¿Vio usted el fogonazo al otro lado de la ventana? ¿Pudo ver a alguien?

—Sólo una forma. No pude ver ninguna cara. Me volví en el preciso instante en que Horace caía al suelo violentamente. Intenté llegar a la ventana. No llevaba ningún revólver, pero pensé que podía reconocer al asesino. No lo conseguí. Caí desvanecido. Lo primero que recuerdo fue su entrada en la habitación.

Uno de los visitantes se dirigió a la puerta.

—Oiga, tal vez nosotros podríamos intentar la captura de ese

asesino —dijo.

Pete se volvió rápidamente hacia él.

—Quédese aquí. Mis comisarios persiguen ya a ese asesino. ¡Si ellos no lo agarran no podrá hacerlo nadie! Tengo que hablar con ustedes dentro de pocos minutos.

El visitante, cuyo aspecto no había impresionado muy favorablemente a Pete, le miró ceñudo.

—¿Pero no podemos prestar alguna ayuda? ¿No podemos examinar las huellas que pueda haber fuera de la ventana?

—¡No! —contestó Pete, con brusca entonación—. Mis comisarios y yo lo haremos más tarde. Ustedes pueden ayudar... sí. Pueden estacionarse cerca de la ventana y evitar por todos los medios que nadie intente borrar las huellas que pueda haber ahí fuera.

Aquel hombre movió la cabeza con algo de hosquedad y dio unos pasos hacia la ventana. Pete continuó el interrogatorio de Farberson.

—¿Sabe usted si Peters tenía enemigos, Mr. Farberson?

—Pues.. —Farberson pareció vacilar un momento—. Me parece que no. Horace Peters era uno de los más finos tiradores de estos contornos.

Los ojos verdosos de Pete buscaron con insistencia los sanguíneos de su interlocutor.

—¿Está usted absolutamente seguro de que no tenía enemigos? —insistió.

—¡Oh! No me gusta traer a colación recuerdos penosos sin razón alguna —contestó Farberson—. En los viejos tiempos, cuando Tom Rattigan puso en marcha su línea de diligencias rival, podía haberse pensado en algo de eso. Podía, digo. Pero pasó todo eso hace tiempo.

—¿Tom Rattigan y Horace Peters eran amigos?

—Así es, sheriff. Cuando la diligencia de Tom Rattigan desapareció tan misteriosamente, Horace Peters fue a ver a Rattigan y le preguntó si podía ayudarle en algo. Tom le dio las gracias, pero le dijo que podía salir adelante sin ayuda alguna. Tom es también un buen muchacho.

Farberson cogió la gran mano de Pete febrilmente. Sus ojos estaban húmedos y su rostro contraído de una manera extraña. Parecía haber llegado al colmo del abatimiento.

—No estoy acostumbrado a esta clase de excitaciones, sheriff. Ya no soy joven y mi salud deja bastante que desear. Ha venido usted precisamente a Rangerville para ayudarnos. Este asesinato necesita ser puesto en claro, y usted es el hombre indicado para ello.

Las mandíbulas de Pete estaban oprimidas una contra otra y sus humosos ojos grises parecían cada vez más sombríos.

—No se preocupe. Haré lo que pueda. Estos asesinos siempre dejan algún cabo suelto. Cuando sucede esto, ya estoy preparado.

Acababan de entrar en la habitación otros ciudadanos de la villa. Entre ellos había un hombre de barba gris que llevaba un estuche de medicina, y que miró profesionalmente al hombre de cabellera de plata que yacía junto a la ventana.

—No puedo hacer nada por ese hombre —dijo, tras rápido examen.

Abrió el estuche, sacó de él una jeringa de inyecciones hipodérmicas y preparó vendas y antisépticos. Luego empezó a curar a Farberson.

Pete Rice cruzó la habitación y saltó al exterior de la vivienda por la ventana destrozada. Pero antes se quitó las botas. No quería mezclar las suyas a las huellas que estaba seguro de hallar al pie de la ventana.

Desgraciadamente, como pudo ver enseguida, las huellas estaban demasiado mezcladas con otras recientes. La luz que llegaba de la habitación mostró huellas de botas entrecruzadas entre sí. Aquel trozo de terreno llevaba del hotel al establo y era indudable que varios hombres habían pasado por allí a primeras horas de la noche. Resultaba difícil distinguir unas huellas de otras. La única probabilidad de descubrir algo era que Teeny y “Miserias” hubiesen logrado alcanzar al hombre que había huido a caballo.

Pete volvió a la habitación y vio que Swen Lindstrom se había reunido al grupo de vecinos que ya estaban allí. El sheriff se dirigió a todos aquellos hombres, poniendo una atención particular en Lindstrom. Este parecía honrado y valeroso.

—Muchachos —les dijo—, como advertiréis, unos asesinos andan sueltos por Rangerville. Algunas cosas verdaderamente extraordinarias vienen sucediendo aquí de poco tiempo a esta parte. Algo grande está oculto tras todo esto, algo que no se muestra a la

superficie. Yo espero de vosotros que nos prestaréis, a mí y a mis comisarios, toda la ayuda que necesitamos. Es preciso hacer lo imposible para descubrir todo este tinglado antes de que tengan tiempo de hacer otra de las suyas.

—Estamos a sus órdenes, sheriff —dijo Lindstrom—. Todos los hombres que están en esta habitación conocían a Horace Peters. No tenemos por qué ocultar que todos le queríamos, y yo mismo me incluyo en ese número, aun cuando sea cochero de las diligencias de su rival Tom Rattigan. El hombre capaz de matar a Horace Peters tiene que ser un malvado o un loco. Me parece que debe ser un poco duro de pelar y que no es de los que andan mezclados entre las gentes honradas de la ciudad.

—Tal vez —concedió Pete—, pero he visto abejas que producen la miel y luego aguijonean ellas mismas la muerte. Los humanos suelen hacer lo mismo, sólo que su veneno actúa con algo más de lentitud.

El pensamiento del sheriff estaba ahora trabajando aceleradamente. Las pistas en este caso, o mejor dicho, los hechos, porque había apenas alguna pista que seguir, parecían tan enredados como las huellas de botas entremezcladas al pie de la ventana.

Pero una cosa aparecía visible: los hombres que estaban en relación con las dos líneas de diligencias, todos, excepto Farberson, habían sido los únicos atacados o amenazados. ¿Podía significar esto algo?

Tom Ratigan había sido amenazado, Swen Lindstrom, el cochero, había sido amenazado. Había desaparecido una diligencia de la Standard Lines. El propietario de la otra línea rival había sido asesinado hacía poco.

Hasta Farberson, que no tenía interés alguno en la propiedad de las dos líneas, pero que era propietario del hotel que servía de término de viaje a las diligencias de ambas líneas, había sido atacado.

Los nervios de Pete estaban en tensión. El ruido de unos cascos galopando sobre la carretera llegó hasta él, envuelto en la brisa nocturna. El ruido iba acercándose por momentos Pete escuchó cuidadosamente. ¡Tres caballos! ¡Probablemente eran Teeny y “Miserias”, que regresaban después de haber capturado al asesino!

Si esto era así, aquel misterio no resultaría tan intrincado como le había parecido en un principio. El asesino de Peters no sería el único autor de todos aquellos acontecimientos. Podría hablar y descubrir a sus cómplices, como hacían la mayor parte de los asesinos en cuanto se veían enredados en las mallas de la ley.

El ruido de los cascos iba haciéndose más distinto. Pete sacó la cabeza fuera de la ventana y pudo ver unas sombras que se acercaban por la parte trasera del hotel.

—¿Sois vosotros, muchachos? —gritó a los que llevaban.

La voz de “Miserias” contestó:

—Somos nosotros, patrón. Pero...

—Galopad dando un rodeo hacia las cocheras —ordenó Pete. Varios de los hombres que estaban en la habitación le siguieron.

Teeny Butler e Hicks “Miserias” desmontaban ya de sus fatigados corceles. “Miseria” tenía de la brida un magnífico bayo. ¡Pero el bayo no tenía jinete!

Fue Teeny el que habló:

—No le cogimos, patrón.

En su voz había algo de remordimiento. No era cosa frecuente que el gran tejano y el huesudo potranco que cabalgaba a su lado dejaran escapar un detalle de esta clase.

—Hemos galopado directamente —continuó Teeny—. Creo que nosotros debíamos haber ido primero detrás de él para informarnos bien. El jinete debe de haber escapado deslizándose del caballo y ocultándose luego entre alguno de los bosquecillos de algodonereros o detrás de cualquier peñasco del camino. Si está allí, le agarraremos, patrón.

El gran comisario montaba ya en su gigantesco pura sangre bayo.

—¡Espera un minuto, Teeny! —le gritó Pete.

El sheriff examinaba un costurón que tenía el caballo sin jinete en uno de los flancos. Aquel costurón había sido hecho por la funda de un 45. El aspecto de la rozadura del revólver era inerrable para un hombre que conocía las armas de fuego tan bien como “Pistol” Pete Rice.

El caballo no había llevado jinete desde un principio. El asesino había, indudablemente, cabalgado en aquel bayo hasta la parte posterior del hotel, pero después de disparar a través de la ventana

había golpeado bárbaramente al caballo en el flanco con su revólver, lanzándolo a todo galope en la oscuridad, con la esperanza de que alguien persiguiera al animal, siguiendo una pista falsa que le permitiría a él entretanto escaparse por otro lado.

Era más que probable que el asesino estuviese en la ciudad en aquellos momentos. ¡Hasta quizá entre aquel grupo de hombres!

—¡No es necesario que corráis detrás de ese asesino, muchachos! —dijo Pete a sus comisarios, sin dar ninguna explicación más de su decisión.

Los penetrantes ojos de Pete miraron uno tras otro a todos los hombres que estaban en torno del caballo. En los ojos de Lindstrom, de un color azul pálido, se pintaba el asombro. Luego dio media vuelta para marcharse.

—Espere un minuto, Lindstrom —le gritó Pete—. ¡Mira usted como si “conociere” este caballo!

Lindstrom balbuceó, torpemente:

—Podía... podía estar equivocado...

—Sí. Y podía no estarlo. Acompáñeme, Lindstrom. No sospecho nada de usted. Es un hombre honrado... o yo no he visto ningún hombre honrado en mi vida. ¿De quién es ese caballo?

Lindstrom aún trató de resistir, pero su rostro sereno y severo no pudo ocultar sus sentimientos.

—Pues bien, quizá conozco ese caballo —admitió al fin—. Pero... no sé... me parece imposible, sheriff. Me disgusta causar un trastorno. Puede tratarse de algún error.

—¡Se trata de un asesinato! —insistió Pete—. Su deber es decir todo lo que sepa, suceda lo que suceda. Veamos: ¿de quién es ese caballo?

Lindstrom movió la cabeza, cubierta por abundante cabellera rubia.

—Pues bien... Yo conozco a Tom y no quisiera que estuviese metido en un lío como este. Pero... pero... el bayo que está ahí es un caballo que yo he visto montar por primera vez a Tom Rattigan, el otro día. Recuerdo las señas de ese caballo... que tiene la marca del Circle Cross.

El sheriff cruzó para examinar el otro lado del caballo, el de la marca. La marca del Circle Cross era inconfundible. ¿Pero cómo podía ser que Tom Rattigan montase uno de los caballos robados

del Circle Cross?

—¿Sabe Rattigan que usted le ha visto montando este caballo?

—preguntó Pete a Lindstrom.

—No estoy seguro, sheriff. Cuando le vi fue a lo largo de la carretera. Tom está siempre cambalacheando caballos.

Pete se volvió hacia sus comisarios, y les dijo:

—Ya sabéis dónde vive Tom Rattigan. ¡Id a su casa y traédmelo aquí, pronto!

CAPÍTULO VI

EL “CIEGO” JOHN BLAKE

Mientras esperaba que sus comisarios le trajesen a Tom Rattigan, Pete Rice se dirigió hacia la faja de terreno existente al pie de la ventana a través de la cual el asesino había disparado, y experimentó sorda irritación al ver que otro hombre examinaba ya el terreno: irritación que subió de punto al reconocer en él a quien poco antes se viera obligado a hablar con energía en la habitación del hotel.

—¿No le dije a usted que permaneciera lejos de aquí? —preguntó Pete—. ¿No se lo dije o no me oyó?

El hombretón que examinaba el terreno se irguió cuan alto era al oír al sheriff, poniendo de relieve que llevaba más de media cabeza a “Pistol” Pete Rice.

—Tal vez lo dijo usted —contestó, con brusca entonación.

Era evidente que había estado bebiendo, pero también lo era que se hallaba muy lejos de estar borracho.

—¿Y no sabe usted que cuando doy una orden es para que se cumpla?

El gigantón pareció encolerizarse.

—¡No creo que haya hecho ningún mal! —gruñó, de malos modos.

—¡Estaba usted haciendo aquí nuevas huellas!

—¡También usted las ha hecho! —fue el gruñido de respuesta.

—No. Yo no.

Y, al contestar, Pete señaló sus pies.

Cuando oyó el ruido de los cascos de caballo y corrió hacia la cochera aún no había tenido tiempo de volver a calzarse.

—¡Estaba usted haciendo aquí nuevas huellas! —repitió Pete, cada vez más nervioso—. ¡Largo de aquí! ¡Quítese de donde esté!

El hombretón abrió la boca como para decir algo, pero al parecer debió pensarlo mejor, pues al fin contestó con un exabrupto.

—Usted no puede arrojarme de aquí —exclamó, en tono de reto y haciendo un gesto despectivo con su disforme boca.

Por toda contestación, Pete le agarró de un brazo y lo hizo retroceder varios pasos con un vigoroso directo a la mandíbula. El gigantón pareció envalentonarse por los efectos del golpe y se arrojó contra Pete, pero inmediatamente retrocedió otro cuantos pasos a consecuencia de un rechazazo del sheriff.

Los hombres que estaban en la puertas de la cochera se acercaron al grupo al advertir el cariz que tomaban las cosas.

—¡Para eso, Watson! —le gritó Lindstrom—. ¿No sabes que es el sheriff tu contrincante?

—¡Dejadlo estar! —gritó Pete por encima del hombro.

Jamás se le había presentado mejor ocasión ante las gentes de Rangeville. Era llegado el momento de probar prácticamente a aquellos ciudadanos que era mala cosa enfrentarse con la ley.

Hábilmente esquivó la fiera acometida del mastodonte, que embestía como dogo, con la cabeza baja. Pete le obligó a levantarla de un soberbio uppercut.

Pero las pesadas botazas del gigante descendieron sobre los descalzos pie de Pete, quien se mordió los labios para evitar se le escapara un grito de dolor. Cuando el gigantón le embistió de nuevo Pete recibió un imperfecto pero duro rechazazo en la sien. Sin embargo, permitió que se le acercase el gigante e hizo brotar sangre de la nariz de Watson con una derecha formidable.

Watson lanzó un gruñido y redobló su furia cargando sobre su contrario con golpes precipitados. La luz era mala y uno de sus golpes, lanzados a boleo, alcanzó a Pete en la mandíbula. Aquello sólo podía haber ocurrido una vez de cada ciento cincuenta. Pete cayó al suelo.

Watson pensó en un principio en patalearlo, pero meditando mejor las consecuencias de su acción, decidió permanecer en guardia.

—¡Nadie puede ordenarme lo que debo hacer! —galleó, mirando retador a todos—. ¡Nadie puede medirse conmigo!

Pero Pete Rice se había incorporado de un salto. La expresión de

su rostro era torva y ceñuda.

Sus golpes comenzaron a caer como una granizada y sus puños iniciaron un verdadero repique en la cara de Watson. Este era fuerte y logró cortar a su enemigo la respiración con un violento zurdazo al estómago, pero el siguiente golpe le falló.

Entonces Pete cerró su guardia y empezó aplicar sus golpes con rara precisión.

¡Slap!

Se oyó un ruido desagradable cuando el recio puño cuadrado del sheriff tomó contacto con la nariz de Watson.

¡Crack!

Su izquierda acababa de encontrarse con la mandíbula de Watson.

Watson empezó a tambalearse. Pete cayó sobre él como una pantera. El gigantón golpeaba a la ventura y el sheriff esquivaba fácilmente los golpes. Un estupendo uppercut en el diafragma hizo a Watson encogerse hasta igualar su estatura con la de Pete.

Se oyeron tres duros cracks dados con recios y huesosos puños. Watson se vino a tierra. Se desmoronó como una torre, yendo a dar de cabeza contra el suelo, en donde quedó sin sentido.

Pete se volvió hacia Lindstrom y le preguntó, señalando al caído:

—¿Qué hace este granuja en la ciudad?

—No gran cosa, excepto el haragán y el pendenciero —fue la contestación de Lindstrom.

El gran cochero rubio, añadió sonriente:

—Debe de ser muy loco para enzarzarse con usted, sheriff.

—¡Oh, hay muchas clases de locos, que lo son por una razón cualquiera! —contestó Pete haciendo una mueca—. Los locos de verdad, no son como ese tipo. A veces obran de manera más natural que muchas gentes. Un hombre sabe siempre lo que puede esperar de ellos.

—Está siempre buscando camorra —dijo otro de los espectadores de la pelea, refiriéndose a Watson.

—¡Si busca algo más, lo hallará seguramente y en abundancia —gruñó Pete—. Eso le pasa a él y puede pasarles a algunos habitantes de esta ciudad, desde el gañán para arriba hasta el mayor criador de cerdos. Hay otros trabajos más importantes que hacer que procurar camorras. Yo deseo la ayuda de todos los hombres decentes de aquí.

—¡Puede contar con nosotros, sheriff! —contesto rápidamente Lindstrom—. ¡Estamos a su lado para cuanto nos mande!

—Gracias —contestó Pete reconocido.

Antes de que Watson volviese en sí, Pete dio media vuelta y entró en el hotel para ver cómo se encontraba Farberson.

El propietario del hotel había sido llevado a su habitación particular y estaba acostado. Mientras hablaba con Pete asegurándole que estaría bien muy pronto, miraba amorosamente, de tanto en tanto, un retrato colgado en la pared.

Era un retrato de una mujer, en colores, igual a los muchos que los vendedores ambulantes venden a los rancheros.

—La señora Farberson —explicó el propietario del hotel—. Está ahora de visita en casa de unos parientes, en el Este. Me alegro que así sea, pues la pobre estaría intranquila con este pequeño accidente que me ha sucedido.

Pete echó una rápida ojeada al retrato. El rostro mostraba entereza y los ojos dulzura, bondad. La mujer parecía, al menos, veinte años más joven que Farberson.

—Mujeres como ella —murmuró el dueño del hotel—, son las que hacen ser rectos a los hombres. Es una mujer que vive por la caridad, por el bien que puede prestar a los demás...

Se interrumpió y dijo tras escuchar un momento:

—Fuera se oye ruido como de caballos.

Pete se puso en pie.

—Sí. Deben ser mis comisarios que regresan. Le veré más tarde, mister Farberson.

El sheriff se dirigió hacia la cochera. Teeny y “Miserias” traían a Tom Rattigan.

El propietario de la línea de diligencias miraba malhumorado. Le habían hablado del asesinato del viejo Horace Peters. Tenía rostro cuadrado, nariz pequeña y belicosa y mandíbula potente. Representaba tener unos cincuenta años. Su pelo era abundante, pero deslustrado en los lados de la cabeza. Los ojos, azul oscuro, mostraban relámpagos de indignación.

—¡Diga sheriff! ¿Qué demonios es todo esto? —preguntó—. Bastante malo es oír hablar de la muerte del viejo Horace, pero ignoro por qué me han traído aquí. ¡Por Dios vivo! ¿Cree usted que tengo algo que ver en todo esto?

—Soy yo quien hará las preguntas, Rattigan —le dijo Pete con seca entonación.

Tranquilamente, Pete fue al sitio donde habían dejado al magnífico bayo y cogiéndolo de la brida lo puso frente al detenido.

—¿Es de usted este caballo, Rattigan? —preguntó Pete.

Rattigan dio un paso hacia adelante.

—Claro que sí. Suponía que estaría en la cuadra en este momento. ¿Qué hace aquí?

—Eso espero que me explique —contestó tranquilamente Pete.

Y a continuación explicó lo ocurrido con el fugitivo caballo.

—¿Dónde ha estado usted en las últimas dos horas? —preguntó al terminar la explicación.

—Estaba en la cama.

—¿Puede probarlo?

—¡Si pudiese probar todo lo que digo como esto! —contestó Rattigan—. Sí; puedo dar una prueba concluyente, pues supongo que mi esposa confirmará mis palabras. Duerme en la habitación contigua a la mía y quizá me oyese cuando entré en mi alcoba.

Pete miró astutamente a los demás hombres. Rattigan miraba como un hombre honrado. Ciertamente, parecía tan disgustado por la muerte de Horace Peters, como por el trastorno que se le había ocasionado, pero todo podía ser una comedia.

—¿Quiere decirme qué demonios es todo esto? —volvió a preguntar Rattigan—. ¿Cómo podría saber lo que hay detrás de todo este enredo? ¿No he recibido yo mismo una nota amenazadora?

—¿Tiene usted la nota?

—En realidad no la tengo, porque no doy ninguna importancia a esas majaderías. Rompí la nota y la quemé en la chimenea.

Pete se quedó pensativo un momento. Rattigan podía haberse enviado una nota él mismo. ¿Mentiría al decir que había recibido tal nota?

Pero el siguiente alegato de Rattigan fue más convincente aún.

—Oiga sheriff; si hubiese querido hacer un negocio sucio, ¿habría empleado mi propio caballo?

Pete admitió en principio esta afirmación. Sin embargo, ¿no podía darse el caso de que Rattigan hubiese utilizado aquel caballo creyendo que nadie en la ciudad sabía que era suyo? Según su propia confesión, aquel caballo lo había adquirido recientemente y

sólo Lindstrom recordaba habérselo visto montar.

—¿Cómo se da el caso de que tenga usted un caballo con la marca del Circle Cross? —preguntó Pete.

—¿Por qué no? Yo tengo caballos con una docena de marcas distintas. El otro día compré éste a Blind John Blake.

—¿Dónde vive ese Blake?

—En un lugar bastante retirado de la región.

Rattigan chasqueó los dedos con impaciencia.

—¿No cree usted que he tenido bastantes trastornos con esto, sheriff? ¡Cartas amenazadoras! ¡Mi diligencia desaparecida de la faz de la tierra! ¡Un pasajero y dos empleados desaparecidos! ¡El oro que llevaba en la bolsa de la diligencia robado y yo responsable de todo!

—Esta es una investigación y no una acusación, Rattigan —dijo Pete—. Yo no he dicho que sea usted culpable.

—¿Estoy arrestado?

—No. Por ahora no. Mañana compararé sus declaraciones con las de ese tratante de caballos Blake.

Pete permitió a Rattigan que se marchase. Sabía que culpable o no, Rattigan no intentaría abandonar la región. El hacerlo simplificaría las cosas. Aquel caso era mucho más intrincado, mucho más enmarañado que todo eso.

A la mañana siguiente, Pete Rice hizo investigaciones acerca de Blake. El tratante ciego vivía a varias millas fuera de la ciudad, en un rancho de caballos. Pete se hizo acompañar por Teeny y “Miserias”, pues el lugar donde habitaba Blake se hallaba a poca distancia de la ruta de las diligencias.

Shorty Dunne, el comisario de Rangerville, acompañaba a los tres representantes de la ley.

Durante el trayecto, Pete Rice trató de adquirir detalles concretos sobre el “ciego” John Blake. A despecho de todas las apariencias, Blake era un tratante bastante astuto. Aunque no podía ver, sus otras facultades habían sido agudizadas. En pasando sus manos sobre un caballo lo examinaba de la cuartilla a las cernejas. Escuchaba cuidadosamente cualquier señal del jadeo de los animales.

Cuando al fin llegaron los representantes de la ley a la cochera del rancho, vieron al mismo Blake que estaba hablando con su

criado, quien llevaba un balde de la casa a la pesebrera.

—¡Hola, John! —le gritó Shorty Dunne.

Blake se volvió hacia él.

—Esa voz me parece familiar. ¿Es usted, Shorty Dunne?

El comisario se acercó a él y contestó:

—En efecto; soy yo, John.

Pete y sus compañeros se apearon de sus cabalgaduras. El sheriff estaba estudiando al tratante en caballos.

Blake era hombre de treinta y ocho a cuarenta años. Tenía el pelo negro, y un rostro enjuto y tostado por el sol. Una cicatriz, que podía deberse a un balazo, cruzaba desde la sien hasta el caballete de la nariz, más bien robusta. Era blanca como la nieve, con filo acentuado, contra el abellotado de la piel.

Los ojos de Blake miraron sin ver al lugar donde se hallaba el comisario de Rangerville.

—Uno de mis muchachos me dijo que le habían pegado a usted un tiro la otra noche, Shorty —dijo.

—¡Oh, son gajes del oficio! —contestó Shorty—. A pesar de eso, viviré, John, este es el sheriff “Pistol” Pete Rice. Está en Rangerville para hacerse cargo de algunas cosas. Estos hombres son sus comisarios, Teeny Butler y Hicks “Miserias”.

Los originales ojos del tratante miraron fijamente a los hombres que tenía ante él.

—¡Hace tiempo que deseaba conocerles a ustedes! Espero que detendrán a los asesinos.

—¡Cuernos de Satanás! —exclamó “Miserias”—. ¡Seguramente lo haremos!

Pete explicó el motivo de su visita. Conforme hablaba, el sol, que brillaba en todo su esplendor, caía a plomo sobre el grupo, y centelleaba sobre la insignia de plata bruñida de la chaqueta de Pete. Los rayos de luz que despedía iban a reflejarse con brillo resplandeciente.

Pete seguía estudiando el tostado rostro que tenía ante él. El sheriff varió su posición ligeramente y un rayo de luz pasó a través del rostro de Blake. El diminuto espacio de radiación revoloteó arriba y abajo y permaneció con extraña rectitud sobre los escrutadores ojos del tratante.

Súbitamente, Blake, dio media vuelta y se dirigió hacia la casa.

—Permítanme que vaya a dar unas órdenes, muchachos —explicó.

Una extraña expresión dibujóse en el rostro del sheriff. Pete se reunió con Blake y siguió andando, a su lado. Otra vez sus penetrantes miradas escudriñaron el semblante de Blake, y sobre todo aquellos extraños ojos sin luz.

—De modo que éste es el “ciego” John Blake —se dijo mentalmente.

CAPÍTULO VII

¡ORO! ¡ABUNDANCIA DE ORO!

La historia que contó Blake fue bastante sencilla. Siempre había sido tratante en caballos, y compró uno a Brainsted, propietario entonces del Circle Cross. Luego se lo llevó a Tom Rattigan, que también se había interesado siempre en cuestiones caballares. Precisamente él le había vendido el magnífico bayo de Rattigan, ganándose veinte dólares en la operación.

El sheriff y los comisarios comieron al mediodía en la casa del tratante y después de la una se dirigieron en busca de sus caballos para emprender el regreso a Rangerville.

—Si algo puedo hacer en favor de ustedes, espero que me lo digan, muchachos —dijo Blake volublemente, cuando los representantes de la ley estaban a punto de montar a caballo—. No puedo acompañarles, pero tengo bastantes relaciones por mi negocio de caballos, y acaso no sea tan inútil como piensan, si me necesitan.

—Gracias, Mr. Blake —dijo Pete.

Y otra vez escudriñó atentamente el rostro del tratante.

—Tal vez requiramos sus servicios.

Se oyó ruido de aporrear y martillazos en el patio de la granja, situado en la parte posterior del pesebre. Pete pudo ver que el cuerpo de Blake se ponía tenso. El tostado rostro del tratante dejó traslucir una expresión de disgusto. Luego Blake sonrió y alzó una de sus manos.

—Adiós, muchachos, espero verles pronto —dijo amablemente—. Recuerden que si puedo serles de alguna utilidad...

Oyó otra vez ruido de golpes y por último un ruido como de madera hecha astillas.

Pete fue hasta el lindero del corral y miró en dirección adonde

provenía el ruido. Se quedó admirado al ver a un hombre viejo y menudito tratando de salir a través de la puerta corrediza de un gallinero. El cuerpo encogido estaba como acuñado entre ambos lados de la abertura.

Pete avanzó hacia él y trató de sacar al hombre de aquella gazapera.

—¿Qué le ocurre, amigo? —preguntó.

El hombre se irguió cuanto pudo. El extremo de su cabeza llegaba a la altura de la insignia de Pete. Su cuerpo era encorvado y muy delgado.

—¿Qué está usted haciendo aquí, amigo mío? —volvió a preguntar Pete.

Y al hablar miraba a los ojos azules marchitos del viejo. No había en ellos luz de razón. El viejo no contestó a la pregunta, que Pete repitió.

—Yo sé dónde hay oro —babeó el vejete—. ¡Oro! ¡Abundancia de oro!

Los ojos de Pete se abrieron de par en par. ¡Oro! ¿Habría tropezado con algo realmente importante? Hubo oro en la bolsa de la diligencia desaparecida. ¿Podía aquel vejete haber oído algo, en cierto modo, del misterio que estaba desarrollándose en Rangerville y en sus alrededores? ¿O se trataba sólo de frases sin sentido alguno pronunciadas por un demente?

El sheriff se volvió junto a Blake. Este parecía un poco burlón.

—¿Quién es este vejete? —preguntó Pete al tratante.

Blake se echó a reír.

—No recuerdo haber visto nada cuando miré en esta dirección —dijo—. No creo haber oído esa voz antes de ahora. ¿Cómo es ese tipo?

Pete describió al viejecillo.

—Salía de su gallinero, Blake —dijo.

Blake volvió a reír.

—No sería el primer ladrón de polluelos que he visto por aquí. Creo que renunciaré a tener gallinas, si han de ir a parar al tragadero de otras gentes.

Otra vez interrogó Pete al viejecillo.

—¿Estaba usted tratando de robar polluelos en pleno día, amigo? —preguntó—. Venga acá. ¿Cómo se llama?

El viejo continuó mirando sin objeto determinado.

—¿Dónde está Hoyle? —babeó—. ¡Hoyle y yo sabemos la pista de tanto oro como jamás lo ha visto usted junto, señorito!

Pete notaba que se apoderaba de él un sentimiento de desilusión. ¡Más oro que el que había visto jamás! Luego el viejo no podía referirse al oro que había en la bolea de la diligencia desaparecida. Aquella expedición de oro podía ser a lo más de unos dos mil dólares.

—¿Dónde está todo ese oro? —preguntó Pete.

El vejete soltó una risita sardónica.

—¡Oro! —dijo—. ¡Yo y Hoyle!

Como un chiquillo tocó la insignia de sheriff que Pete llevaba en el pecho.

—Esto es plata —dijo.

Se agarró la cintura con ambas manos tiempo que todo su cuerpo se contorsionaba. Había algo de demoníaco en su manera de reír.

—¡Plata! ¡Bah! ¡No vale nada! ¡Yo sé dónde hay oro!

—Debe de ser algún buscador de oro, que se ha vuelto loco de vivir sólo —aventuró Blake—. Me parece difícil probar que intentaba robarme mis gallinas. Creo que no lleva ninguna consigo, ¿verdad?

—No —contestó Pete.

Había una expresión extraña en los ojos de Pete. Esta última era una pregunta ociosa, viniendo de un hombre cuyas facultades eran tan despiertas como las de Blake. Si aquel hombre hubiese estado robando gallinas, éstas habrían cloqueado o graznado.

—Entonces, no quiero perseguir al pobre viejo —dijo Blake, volviéndose hacia el vejete—. Váyase de mi propiedad. Vuélvase por donde ha venido y no vuelva más a acercarse adonde están mis gallinas.

—¿Gallinas? —contestó como un eco el viejo—. ¿Las gallinas que ponen huevos de oro?

Y una vez más rió de manera desacompasada. Pete estaba examinando los golpes que podían verse en la cabeza del vejete.

—Este pobre viejo ha sido bárbaramente golpeado por alguien —dijo—. Debe tener alguna contusión en el cerebro. Tal vez alguna fractura. Eso ha sido lo que le ha vuelto loco. Creo que lo mejor es

que lo llevemos a la ciudad para que lo vea un médico.

Y trató de averiguar el efecto que producían sus palabras en Blake. El rostro de éste no dejó traslucir sus impresiones.

—Muy bien, sheriff —dijo al fin—. No tengo inconveniente en prestarle uno de mis caballos.

Teeny fue hasta el corral y escogió uno de los que allí había. Blake le indicó dónde podía encontrar la silla y los demás arreos.

—Creo que es una caminata demasiado pesada para el pobre viejo el ir la ciudad —dijo Blake—. Yo podría tenerlo aquí, si le parece; le sentaría mejor.

—Necesita un doctor —decidió Pete—. Hasta la vista, Blake. Gracias por el caballo. Veré el modo de devolvérselo.

—¡Oh, cuando quiera, no corre prisa! —contestó Blake.

Su voz era amable, pero había un algo extraño en aquellos ojos oscuros y misteriosos.

Cuando cerca de las dos de la tarde cabalgaban los representantes de la ley hacia Rangerville, el vejete loco iba con ellos. Montaba a caballo desmañadamente, y era evidente que no había sido vaquero o ganadero.

“Miserias” dirigió su caballejo hasta colocarlo junto a “Sonny”. El diminuto barbero y comisario no podía contener la curiosidad.

—¿Tienes algunas ideas, patrón? —preguntó a Pete.

El sheriff no contestó a la pregunta directamente.

—“Miserias”, el hombre que dice lo menos, tiene lo menos que negar después —contestó—. Mejor es llevar de la mano el caballo del pobre viejo chiflado. Está expuesto a dar un tropezón y caerse, con lo que se le pondría peor la cabeza.

Varias veces durante el trayecto trató Pete de entablar conversación con el viejo, pero sus preguntas no hallaban eco en aquel cerebro desequilibrado. Insistía en hablar de oro y de un hombre llamado Hoyle.

Pete no cesaba de estudiarlo. Sus manos eran bastante fuertes para un hombre tan pequeño y las palmas estaban almohadilladas con un grueso callo. Un minero, decidió Pete; posiblemente un viejo explorador que había estado buscando oro durante años y más años y que parlotaba de la fortuna que podía haber hallado.

Los vestidos que llevaba el viejo también le interesaban. La chaqueta estaba bastante sucia y ajada. Se hallaba cubierta de

sangre y fango. Tenía una gran rasgadura en el lado izquierdo. Los pantalones estaban desgastados por los extremos. Y; sin embargo, Pete pudo ver que no se trataba de un traje ordinario de bazar el que llevaba el viejo. Aquel traje había sido hecho a medida.

Una idea cruzó el cerebro de Pete. Los sastres de la Quebrada del Buitre y de los alrededores solían poner su marca en las prendas que se les mandaba hacer de encargo. Pete detuvo a sus compañeros un momento, se acercó al vejete y le desabrochó la chaqueta.

Como había supuesto, en el bolsillo interior estaba fija la marca de fábrica del sastre, pero inmediatamente debajo había cosido un trozo de tela con otro nombre inscrito. Pete leyó:

“im Weaver”

—Este debe ser su nombre —hizo observar el sheriff a sus compañeros—. La primera parte está borrada. Lo que sigue es su apellido. Su nombre tal vez es Jim, o Sim o Tim. Podríamos averiguar algo preguntando a las sastrerías de toda la región.

Dio unas palmaditas cariñosas al viejo en la espalda.

—¿Cómo le va Weaver? —le preguntó cariñosamente—. Su nombre es Weaver, ¿verdad amigo?

Durante unos segundos brilló en los ojos del viejo un destello de inteligencia.

—¿Me conoce usted? —preguntó.

Luego la luz de la razón murió como una chispa que se desvanece en un hogar.

—No me conoce usted —balbuceó con torpeza—. Usted no es Walt Hoyle. Usted no sabe dónde está el oro.

Y rió otra vez, más fuerte que las anteriores. Pero Pete no se descorazonó por este resultado.

—En la ciudad se lo entregaremos al doctor —dijo a sus comisarios—. Tengo la convicción de que en cuanto sea sometido a tratamiento, ha de comunicarnos algo de interés.

—¡Cuernos del diablo! —exclamó “Miserias”—. Tengo la misma idea. Cuando oí los golpes y el martilleo, noté que...

Pete hizo callar a “Miserias” con una mirada.

—A ver si podemos marchar un más deprisa, muchachos —le interrumpió el sheriff.

Pete sabía que Short Dunne, el comisario de Rangerville era tan de fiar como él podía desear, pero sabía también que Shorty era

bastante locuaz y el sheriff no deseaba que “Miserias” vocease sus teorías.

El mismo Pete había advertido la extraña actitud de Blake cuando empezaron aquellos golpes, pero con frecuencia el sheriff de la Quebrada del Buitre guardaba su teorías estrictamente para sí, desde el principio de un caso hasta su conclusión. Con frecuencia, también, ni aun hacía confidentes de sus pensamientos a “Miserias” o a Teeny, aun cuando él confiase en ellos implícitamente. A pesar del deseo manifestado por Pete de avivar la marcha, siguieron con bastante lentitud. “Miserias” llevaba de la brida el caballo que montaba el viejo demente. Shorty experimentaba también los efectos de la cabalgadura, pues aun no estaba repuesto del todo de su última herida.

Ya empezaban a esparcirse las sombras del crepúsculo cuando apareció en lo alto de una loma la piedra que parecía actuar de guardián del Depósito de Agua de las Diez Millas.

—Blake parece un hombre muy amable —hizo observar el sheriff a Shorty Dunne.

El interpelado asintió con un gesto.

—Seguramente lo es, Pete. Un perfecto tirador —dijo, haciendo una mueca—. Excepto tal vez en el negocio de caballos. Un individuo que ha necesitado seis pares de especulaciones para ir tirando nada más.

—¿Cómo se quedó ciego? —deseó saber Pete.

—No puedo decírselo. Tengo idea de que fue a consecuencia de un fognazo. Lo único que sé es que ya estaba así cuando tomó en propiedad esas tierras, hace unos cuantos años.

—¿No sabe usted de dónde es natural?

—No. Yo no pregunto esas cosas a los ciudadanos sí no me lo dicen ellos mismos.

—Es una regla bastante buena —admitió Pete.

Estaban llegando al depósito de agua. Los caballos estaban sedientos. Todos los viajeros excepto Teeny Butler y el viejo chiflado, bebieron agua haciendo vaso de sus manos. Teeny prefirió echar un buen trago de su té con sasafrás. El viejo sumergió sus manos en el agua y las agitó de un lado a otro, exclamando:

—¡Oro! ¡Oro líquido!

Se apretaron las cinchas a los caballos. El vejete fue puesto otra

vez sobre la silla y los viajeros reanudaron su viaje, que debía terminar a poco en Rangerville.

Los penetrantes ojos de Pete examinaban detenidamente todos los accidentes del camino. No había allí huellas frescas de ruedas. Era evidente que la diligencia de Peters Line no había pasado por allí, siendo como era su camino obligado para ir a Rangerville.

—La diligencia de la Peters Line debía haber pasado ya por aquí, ¿verdad, Shorty? —preguntó al comisario de Rangerville. Shorty miró al sol poniente antes de contestar.

—Sí, debía estar aquí. Comprendo que a partir de hoy no vuelvan a rodar por estas carreteras las diligencias de Peters,... esto es hasta que el viejo Horace sea enterrado.

Movió pesaroso la cabeza y añadió:

—No puedo formarme una idea de quién puede haber agujereado al pobre Horace Peters. El viejo Horace no tenía un enemigo en el mundo.

—Tal vez no, es decir, que se sepa al menos —concedió Pete—. Pero mi experiencia me dice que un hombre que vive tanto tiempo como Peters, especialmente un hombre de negocios, es raro que no tenga al menos un par de enemigos, entre tantos amigos. Tal vez...

Súbitamente, todos tiraron con fuerza de las riendas de sus caballos al oír varios disparos por la parte de atrás del camino. Parecían venir del cruce de caminos de la izquierda, casi junto al depósito de agua, es decir, de la bifurcación que llevaba a Sosa Springs.

—¡Pronto, muchachos! —gritó Pete—. ¡Tal vez tenga eso algo que ver con la diligencia!

Pete espoleó a Sonny. Al hermoso alazán parecieron brotarle alas y elevarse sobre el suelo sin tocarlo con los cascos apenas, marcando tan sólo un ligero repiqueteo sobre el camino. Ponía todo su ardor en la carrera.

Teeny se mantuvo a escasa distancia del alazán. El más rezagado fue Shorty Dunne. Sonny llegó a la bifurcación de las dos carreteras con cincuenta yardas de ventaja. Pete siguió avanzando por la carretera que llevaba a Sosa Springs. Se oyeron otros tres disparos, que sonaron más cerca.

Pete volvió a clavar las espuelas a Sonny. Sabía el sheriff que aquel era el camino que seguían las diligencias. ¿Perseguían

también los bandidos a la Peters Stage Line?

Era aquella una carrera insensata y peligrosa, pues los disparos se oían cada vez más cercanos. Luego cesaron súbitamente; tan súbitamente como empezaran. Pero se dejó oír perfectamente un nuevo ruido. Era un lento y pesado estruendo y el golpear de cascos de caballo sobre el camino.

Pete refrenó a Sonny. El camino se estrechaba por momentos y se desarrollaba cuesta abajo, cortado violentamente a ambos lados en forma de precipicio.

Cuando contuvo con las riendas a Sonny, los ojos de Pete se dilataron. Una mirada dura, fría, hizo que su rostro pareciese esculpido en piedra. Su mano derecha fue a posarse sobre la culata de plata de su 45 del mismo lado.

Viniendo cerca del recodo, perfectamente recortada en el cielo azul de Arizona, se veía la masa de la diligencia salida de Sosa Springs, la diligencia de la Peters Stage Line. Avanzaba balanceándose en zig-zag por la carretera. Sobre la pendiente rocosa las ruedas daban terribles patinazos amenazando con un despeñe violento.

En el pescante podía verse al cochero empuñando con una mano un revólver aun humeante, mientras con la otra sujetaba fuertemente las riendas.

Junto a él en el asiento podía verse una forma medio derrengada. La cabeza de este segundo individuo estrambóticamente relajada, se cimbreaba al menor movimiento del carruaje.

CAPÍTULO VIII

EL FIN DE BLINK WATSON

Por espacio de unos segundos, “Pistol” Pete Rice permaneció como fascinado sobre el lomo de Sonny. El espectáculo que se ofrecía a su vista había paralizado casi por completo todos sus sentidos. Luego hizo girar rápidamente a Sonny y lo dirigió a lo largo de la carretera, hasta la bifurcación.

El coche se había detenido unos metros antes de llegar al cruce de los dos caminos, donde la carretera formaba un recodo brusco con un verdadero precipicio a ambos lados.

Shorty Dunne y Teeny Butler habían imitado los movimientos de Pete. Hicieron también girar a sus caballos y avanzaron hasta colocarse delante de la diligencia, que amenazaba despeñarse en el abismo.

Pete dirigió una rápida mirada hacia atrás. Los caballos de la diligencia parecían frenéticos. Sus bocas estaban abiertas de par en par y de los ollares les fluía un hilillo de sangre.

El cochero estaba poniendo en práctica un mísero criterio. Había dejado caer su 45 y azotaba furioso con el látigo los flancos de los caballos, tratando de evitar así que se inclinasen más a un lado que a otro. El tronco cabriteaba hacia adelante, como si un ramalazo de terror azotase con furia sus cuerpos sudorosos. El cochero debía conocer el peligro que le esperaba allí adelante, pero sin duda podía más en él el terror al peligro que le acuciaba por detrás.

Pete se puso rápidamente a horcajadas sobre Sonny, y guió al alazán hasta hallarse flanco a flanco con el tronco que arrastraba la diligencia.

Teeny Butler comprendió la idea de su jefe, y dirigió hábilmente su pura sangre bayo hacia el otro lado de la carretera, lo sujetó al llegar allí y le obligó a entrar en acción cuando el tronco casi se

puso junto a su caballo. La mano del gigantesco comisario aferró la brida de uno de los caballos, al mismo tiempo que Pete hacía idéntica operación con el cuadrúpedo del lado opuesto. Ambos jinetes detuvieron en seco sus monturas al mismo tiempo que tiraban con fuerza de las bridas de los caballos de la diligencia.

El cochero, con aquella ayuda inesperada pareció reponerse de sus pasados terrores y secundó la operación tirando con todas sus fuerzas de las riendas. Hubo un chirriar de frenos y los caballos de la diligencia detuvieron súbitamente su loca carrera doblándose casi sobre las ancas. El gran armatoste con ruedas se detuvo al fin tras una ruda patinada. La curva peligrosa estaba sólo a unos dieciocho pies.

—¿A qué distancia estarán de aquí los bandidos? —preguntó Pete al conductor.

Había reconocido a aquel hombre como un vecino de Sosa Springs que estuvo días atrás en la Quebrada del Buitre capital del distrito.

—¡Oh, aproximadamente a media milla! Eran lo menos seis, pero conseguimos mantenerlos a distancia. Creo que hemos logrado escapar de sus garras.

—¡Muy bien, pero tal vez ellos no escaparán de nosotros! —le interrumpió, enfurecido, Pete.

Un momento volvióse a mirar a sus espaldas. El pequeño Hicks, siempre pronto a encontrarse en lo más encarnizado de una pelea, se acercaba lentamente llevando del diestro el caballo del loco y avanzando hacia la diligencia. Pete había ordenado al diminuto barbero y comisario que no abandonase un momento la custodia que le estaba confiada. Aquel loco, Weaver, si tal era su nombre, podía ser un gran elemento de prueba en la solución definitiva del enrevesado asunto que llevaban entre manos.

Pete avanzó unos pasos junto a la diligencia y escudriñó por la portezuela el interior del vehículo. Un solo pasajero ocupaba el asiento. Estaba tranquilamente limpiando y cargando de nuevo su 45. Su enjuto rostro moreno se hendió en una blanca al mostrar la doble hilera de dientes en una sonrisa.

—Parece ser usted el sheriff —dijo a tiempo que sus ojos grises contemplaban la insignia de Pete—. Mucho gusto en conocerle. La presencia de usted y de sus gentes aquí es algo muy interesante para

un extranjero, en cualquier circunstancia —terminó con una mueca sonriente.

Pete contuvo a duras penas una sonrisa. El tipo aquel aparentaba ser un coleccionador de costumbres completamente indiferente.

Sus gestos eran mordaces, pero Pete habría apostado cualquier cosa a que aquel hombre era honrado aunque posiblemente muy astuto en cuestiones de negocios. Se le notaba en la cara que era hombre curtido al aire libre, pero Pete, cuando estrechó la mano que le tendía el pasajero, notó que la palma era de piel fina y delicada. Aquel hombre no estaba acostumbrado a trabajos manuales.

—¿Dice usted que es extranjero en esta región? —preguntó Pete.

—De Chicago... y de paso para el Este. Mi nombre es Hoyle. Sí, señor: Walter G. Hoyle.

Los ojos de Pete crecieron de tamaño. ¡Walter G. Hoyle! ¡Y el pobre demente de cuya custodia estaba encargado Hicks “Miserias” hablaba sin cesar de un hombre llamado Walt Hoyle! ¡Allí podía hallarse la clave de algo, después de todo!

Mientras tanto, no obstante, los bandidos huían a lo lejos y hasta podían haber completado su fuga durante aquel espacio de tiempo. Pete hizo señas a Hicks “Miserias” de que se acercase.

—¿Va algún oro en la bolsa del coche? —preguntó Pete al cochero.

—¡Mucho! —fue la contestación—. Esos granujas debían saberlo. Por eso nos perseguían.

Pete Rice no tenía intención de dejar a la diligencia indefensa contra un posible ataque, por eso en cuanto “Miserias” se acercó con el vejete, el sheriff organizó la situación rápidamente.

—Usted guardará la diligencia —le ordenó a Shorty Dunne—. Usted, el cochero y este viajero pueden cuidarse de la defensa en caso de ataque. Si nosotros oyésemos disparos por aquí volveríamos enseguida. Entretanto vamos a ver si encontramos rastros de los bandidos.

Hizo una seña a Teeny Butler e Hicks “Miserias” y los tres partieron a galope carretera adelante.

Pete era prudente. Había un bosque de algodonereros a un lado y un amontonamiento de peñascos en el otro, pero los bandidos habían desaparecido. Las huellas mostraban que habían cabalgado a

campo traviesa, hacia el Norte.

Aproximadamente a unas cien yardas hacia el Norte había una espesa vegetación de alto chaparral y a su espalda una gran arboleda de pinos.

Pete Rice era hombre valeroso, pero en manera alguna temerario. Había podido percibir entre los últimos disparos el sonido inconfundible de un rifle de largo alcance. Los bandidos podían estar ocultos en aquel chaparral o en los linderos del bosque de pinos y desde allí asesinar a mansalva y sin riesgo alguno al sheriff y a sus compañeros.

Creyó también que la muerte o captura de unos pocos bandidos significaría poco para la solución final de aquel caso, el cual, en muchos aspectos, era el más excepcional de los que recordaba su experiencia.

Estaba considerando mentalmente si sería práctico dar un rodeo para penetrar por la parte posterior del bosque con sus hombres e intentar un ataque, cuando Teeny Butler, que se hallaba algo apartado hacia la derecha del camino, desmontó de su pura sangre bayo y empujó algo fuera de la maleza.

—¡Mira, Pete, los ocupantes de la diligencia parece que han dado cuenta de uno de esos bandidos! —gritó el comisario—. Sin duda alguna deben haber sido ellos. ¡Ven aquí!

Pete hizo dirigirse a Sonny hacia el lugar en donde se encontraba su comisario.

Era un cadáver lo que Teeny había sacado de entre la maleza.

Pete miró el rostro del muerto, y sus ojos se abrieron con asombro, al contemplar su rostro.

¡El cadáver era el de “Blink”! Watson, el gigantón de mirada hosca, a quien Pete moliera a golpes en la parte posterior del Hotel de Rangerville!

Pete vio que tenía una herida de bala en la sien izquierda. La bala que había herido a Watson había sido disparada desde bastante cerca; más de lo que hubiese sido capaz de hacerlo ninguno de los ocupantes de la diligencia.

Los ojos del sheriff tenían una expresión particular cuando al examinar más detenidamente el cadáver pudo comprobar que la bala había atravesado el cerebro, y estaba a punto de agujerear la piel por el extremo opuesto.

Era una tarea espantosa, pero Pete se resolvió a extraer aquella bala, y la examinó luego cuidadosamente. Era una bala del 44.

El guardián de la diligencia llevaba una escopeta. El cochero manejaba un 45. De este calibre era también el revólver que empuñaba el pasajero que decía llamarse Walter G. Hoyle. El sheriff examinó aún más detenidamente la bala. No podía dudarse de que Watson había sido muerto por una bala del 44.

¡Nuevo misterio!

Los tres comisarios de la Quebrada del Buitre emprendieron el camino de regreso hacia la diligencia llevando el cuerpo de Blink Watson. Había pocas probabilidades, si es que existía alguna, de dar con el rastro de los bandidos.

Habían intentado apoderarse de la diligencia de Peters, pero se vieron ahuyentados por la súbita aparición de Pete y sus comisarios, perdiendo definitivamente aquella batalla. Habían huido y debían llevarles ya una buena delantera.

Pete Rice estaba indeciso entre si perseguirles o no. El sheriff era uno de los mejores rastreadores de Arizona, pero primero deseaba interrogar a Hoyle, el pasajero de la diligencia.

El vejete demente había nombrado varias veces a un tal “Walt Hoyle” y el viajero podía ser aquel hombre. Probablemente, podría explicar muchas cosas; y quizá dejar en claro una clave que resolviese el misterio de los hechos de terror acaecidos en la vecindad de Rangerville.

Llegados a la diligencia, Pete interrogó otra vez al cochero. Había algo en torno a aquel hombre que había despertado las sospechas de Pete. Los ojos del conductor eran de mirada algo fija.

—¿Dónde se encontró usted primero con esos hombres, conductor? —preguntó el sheriff.

—Un par de millas más atrás. Nosotros íbamos rodando carretera adelante, bastante deprisa. Yo iba hablando con el viejo Bronson... —dijo, mirando al viejo que estaba muerto a su lado en el pescante—. Un segundo después Bronson era ya cadáver. No sé cómo me las arreglé para escapar, pero seguramente hice que los caballos anduviesen con más velocidad.

—¿Continuó usted disparando contra ellos?

—Entonces, y luego. Vi derrumbarse a ese tipo —y señaló el cuerpo inerte de Blink Watson.

—¿Está usted seguro de que le acertó?

—Completamente seguro.

Los labios de Pete se plegaron en una sonrisa de incredulidad.

—Ese revólver que usted lleva es de calibre 45. ¿Verdad?

—Eso es.

Pete no dijo nada acerca del proyectil del 44 que había encontrado en la herida de Watson, pero el cochero sospechó algo.

—¿Qué es lo que se figura, usted sheriff? ¿Por qué me ha preguntado si mi revólver es un 45?

—Olvédelo... por ahora al menos —contestó Pete bruscamente.

Estaba seguro ya de que sus sospechas sobre el cochero tenían fundamento. Interrogaría a Hoyle de regreso hacia la ciudad con la diligencia y luego acosaría a preguntas al cochero hasta hacerle “cantar la verdad”.

Se alzó sobre los estribos para examinar el cadáver del pescante. El guardia parecía tener unos cuarenta años aproximadamente. Sus cabellos, medio grises y negros, estaban teñidos de sangre de una herida de bala que tenía en la frente. El muerto aún empuñaba un Colt.

El tiro que diera fin de su vida le había hecho retorcerse en una postura grotesca. Su escopeta yacía oprimida por el peso de su cuerpo inerte.

—¿Sus muchachos siguen cabalgando con nosotros, sheriff? —preguntó el cochero.

Pete hizo un gesto afirmativo.

—Sí. No creo que eso pueda ser ningún inconveniente. Cuando llegue usted al Placer, la ruta puede estar también amenazada de un posible ataque por parte de los bandidos, para intentar algún otro golpe de mano. Pero no tema, porque nosotros seguiremos acompañando la diligencia.

—Muy bien.

El cochero alzó en alto un brazo y su látigo silbó en el aire como una culebra.

¡Boom!

Allá lejos, a uno de los lados del cañón, se vio un penacho de humo. Una bala de rifle fue a aplastarse contra una roca, a pocas pulgadas de donde estaba el vejete demente.

El pobre hombre parecía completamente ajeno al peligro que

acababa de correr. Ni siquiera movió un músculo de su rostro, limitándose a mirar estúpidamente al sol poniente. Vióse surgir otra nubecilla de humo, oyóse otra detonación y otra bala fue a estrellarse a espaldas del viejo.

Pete se dirigió hacia donde se encontraba el loco. Por alguna razón desconocida, los bandidos, apostados en las infractuosidades del cañón, intentaban a toda costa deshacerse del pobre loco. Pete empujó al vejete como si se tratase de una pelota, le hizo caer de bruces y le obligó a refugiarse detrás de un peñasco.

Otra vez gruñó el rifle a un lado del cañón. El cochero de la diligencia levantó ambos brazos y de una de sus manos se le escapó el látigo. Se oyó juego un golpe pesado, como de una piedra al caer en un charco de fango.

El cuerpo del cochero se había deslizado del pescante, yendo a caer en la carretera. ¡Y allí quedó, extrañamente retorcido, inmóvil!

CAPÍTULO IX

LA PERSECUCIÓN

Teeny, "Miserias", y Shorty Dunne habían espoleado sus caballos hasta resguardarse detrás de la maleza, al lado izquierdo de la carretera.

Pete, oculto tras la mole de una gran peña, mantenía oculto al viejo loco, que se resistía y chillaba como un chiquillo indómito. El pasajero continuó en el interior de la diligencia.

Pete silbó al alazán y Sonny acudió dócil a situarse en el escondite. Luego el sheriff descolgó su lazo de la silla del caballo y lo arrojó con poca fuerza. El lazo fue a caer sobre la cabeza del caballo más cercano de los que tiraban de la diligencia.

Luego lanzó un grito estridente. Los dos caballos echaron a andar y Pete guió al tronco fuera de la carretera, hasta lograr que se ocultaran tras su mismo escondite. Otro tiro de rifle llegó del lado del cañón y la bala fue a chocar contra una de las ruedas traseras del vehículo.

A cubierto tras el chaparrado, Pete miró atentamente hacia adelante, a uno y otro lado.

—¡Manteneos a cubierto, muchachos! —gritó a sus hombres.

Él sabía que los efectos del rifle automático podían ser fatales si alguna cabeza se mostraba al descubierto. Sus 45 no llegaban ni a una fracción de distancia de la que podía alcanzar aquella arma mortífera.

Muchas preguntas bullían en el cerebro del sheriff. ¿Por qué los bandidos habían intentado matar repetidas veces al viejo loco? La contestación era que indudablemente aquel viejo podía decir algo importante y los bandidos deseaban condenarle silencio eterno. Pensando de la misma manera, habían matado al cochero, que sin duda estaba en connivencia con ellos y en quien no debían tener

plena confianza.

¿Podía creerse que el “ciego” John Blake tuviese que ver algo con todo aquello? Porque Pete había sospechado desde el primer momento que Blake “no era ciego”. Blake había vuelto la cabeza cuando la luz del sol, reflejándose en la insignia del sheriff, fue a herirle directamente en los ojos.

¿Era Blake un ladrón, un asesino? ¿O se hacía pasar por un hombre ciego por razones más mezquinas, tal vez para lograr mayores beneficios en su oficio de tratante?

Pete había pensado con evidente perspicacia que el vejete demente no había sido un mero ladrón de gallinas. Lo más probable es que el viejo hubiese estado hasta entonces prisionero en el rancho de Blake. Blake había intentado que permaneciese allí, asegurando que él se cuidaría de sus heridas. Pero al hacer ver Pete que aquel hombre necesitaba asistencia médica, Blake asintió, revelándose un actor excelente.

Habíase mostrado muy amable, llegando incluso a ofrecer un caballo para que lo montase el loco hasta Rangerville. ¿Fue entonces cuando planeó el asesinato de aquel infeliz antes de que llegase a la ciudad?

Si aquel hombre apostado a uno de los lados del cañón pudiese ser capturado, acaso se le hiciera decir qué cosas estaban convirtiendo aquel misterio en el más enrevesado de los que Pete desenredara hasta entonces.

—¡Shorty!

La voz penetrante de Pete salió con toda claridad a través de la fronda.

—¿Qué hay, sheriff?

—Creo que mis comisarios y yo vamos a ir a buscar a ese coyote que se esconde a un lado del cañón. ¿Podría usted llevar la diligencia hasta Rangerville?

—Seguramente que sí. Puedo guiar muy bien con un solo brazo.

—Pues emprenda la marcha ahora mismo.

El rostro de Pete era como de granito. Sus ojos grises miraban con extraña fijeza. Sus mandíbulas mascaban activamente su inseparable pedazo de goma.

—Me llevo a Teeny y “Miserias”, y puede que tengamos más tarea de la que me figuro, pero el solo medio de dar con un tirador

es acosándole a tiros.

Los ojos de halcón del sheriff examinaron detenidamente otra vez la recia pared del cañón. Se notaba allí algún movimiento. El tirador se disponía, sin duda, a abandonar su escondite.

—Creo que ese granuja no tardará en ofrecérsenos como blanco —anunció Pete—. Venga aquí, Shorty.

Rápidamente instaló a Shorty Dunne en el pescante de la diligencia. Los cuerpos de Blink Watson y del cochero fueron cargados junto al del pobre guardián y el pasajero se prestó voluntariamente a cuidar del loco.

La diligencia, con su fúnebre carga, inició el viaje con rumbo a Rangerville. Entonces Pete y sus comisarios empezaron a galopar en dirección al cañón.

Pete echó a andar con Sonny. El alazán se lanzó hacia adelante, como si saliese disparado de un cañón. Allá arriba no había nada más que la infecunda superficie desfiladero. El tirador se había marchado, pero Pete creía poder seguir sus huellas y alcanzarle. Cuando el trío llegó a cumbre del cañón no vieron a nadie. La tierra se extendía a lo lejos, hacia el Este, y estaba casi cubierta por completo árboles y otra vegetación en aquella dirección, pero hacia el Norte la maleza estaba desperdigada aquí y allá. Pete espoleó a Sonny, siguiendo cautelosamente la marcha hacia el Norte.

Los tres representantes de la ley galoparon a través de un bosquecillo de aldoneros. Los senderos mostraban huellas frescas de cascos de caballo. Y sobre el otro lado del bosquecillo, casi fuera de la vista, pero reapareciendo ocasionalmente cuando cabalgaban a través de un espacio sembrado aquí y allá de árboles, se veían las siluetas de tres jinetes.

Pete volvió a espolear a Sonny. Los cascos del hermoso alazán relumbraban a los rayos del sol poniente. Teeny y “Miserias” le seguían a poca distancia.

El trío cruzó la casi desnuda meseta y no tardaron en llegar a los árboles, que muy pronto quedaron atrás. Los tres jinetes fugitivos se mostraron otra vez a su vista. Sus caballos eran aparentemente de poco resuello e iban bastante cansados. Volvieron la cabeza y parecieron medir la distancia que les separaba de sus tres perseguidores. Luego espolearon con furia a sus monturas.

El camino descendía unos cuantos metros y luego volvía a

ascender en pronunciada pendiente, pero Sonny salvó el desnivel a paso largo. El pura sangre de Teeny seguía manteniéndose en segundo lugar y el caballejo de Hicks “Miserias” respiraba con dificultad, si bien conservaba regularmente la distancia que le separaba de sus compañeros.

Pete y sus comisarios iban ganando terreno poco a poco y la distancia que les separaba de los perseguidores se acortaba por momentos.

El camino volvía a estar en descenso. Pete envió a Sonny hacia delante con un simple tirón de las riendas y su mano derecha empuñó el 45 cuando se aproximó a una revuelta del camino, muy a propósito para una emboscada. No tenía intención de disparar sobre los fugitivos por la espalda, pero unos cuantos tiros que les pasasen cerca podrían obligarles a rendirse o a entablar combate. Pasado el recodo volvió su 45 a la pistolera.

Había un bosque de algodonereros a unas doscientas yardas más allá y hacia la derecha, y al parecer los fugitivos debían haberse refugiado en él, ya que no había otro escondite. Pete miró hacia atrás por encima de hombro, y gritó a sus comisarios cuando éstos llegaron al recodo, indicándoles el bosque de algodonereros:

—¡Vamos a cercarlos!

Teeny Butler hizo un gesto de asentimiento y espoleó su pura sangre. Los cascos de los tres caballos iniciaron un rápido repicar contra la grava del camino.

Pete inició la ascensión cuando llegó a los algodonereros, pero no había huellas de cascos en el suelo reblandecido. Los fugitivos no podían haber tomado aquella dirección, mas, ¿qué camino habrían tomado? ¡Porque habían desaparecido de su vista misteriosamente!

Teeny y “Miserias” pararon en seco sus caballos.

—¿Qué es lo que ocurre, patrón? —preguntó, a gritos, “Miserias”.

—Algo muy extraño —contestó Pete—. Esos hombres estaban bien a la vista antes de tomar el último recodo. Creí que el alcanzarles era cuestión de minutos. Espoleé a Sonny y doblé el recodo; no había otro escondite y, naturalmente, creí que se habían ocultado entre los árboles, pero bien podéis ver que aquí no hay huellas de caballos.

—Han desaparecido tan completamente como la diligencia —

observó “Miserias”.

Los ojos de Pete centellearon al oír estas palabras. ¡Cómo la diligencia! Era verdad. ¡Si podían encontrar a aquellos fugitivos, acaso hallasen también la diligencia!

Los tres comisarios volvieron grupas a lo largo del camino. No había por allí muestra alguna de ser viviente. Nada más que las paredes desnudas a ambos lados. A lo lejos, hacia el final, una de las paredes hacía un declive hasta encontrar la carretera.

Mirando sobre el casi completo precipicio, Pete pudo ver la tortuosa carretera por donde ellos habían venido. Se retorció como una serpiente entre montes y cañones. Allá a lo lejos, casi oculta por verdaderas cortinas de azulada neblina, estaba la ciudad de Wilcey Center, que servía de estación terminal a las diligencias.

Pete se apeó del caballo y fue andando hasta donde el talud era más gradual y donde la tierra se adhería a piedras gigantes. Estas se hallaban diseminadas, como si alguna mano de gigante las hubiese sacudido con furia. Pero en los alrededores no había huellas de pasos ni de cascos de caballo.

Los tres comisarios continuaron sus investigaciones hasta que casi se hizo de noche. Luego, bastante mohínos, retrocedieron hasta encontrar la carretera que seguían las diligencias.

Cuando se hallaban en un recodo del camino desde el cual podían ver la gran piedra Indicadora del Depósito de Agua de las Diez Millas, “Miserias” señaló hacia arriba.

—¡Mira, patrón! —dijo—. ¡Me gustaría saber si ese hombre es uno de ellos!

Pete miró hacia donde le indicaba su comisario, una elevación de terreno sobre la carretera de la diligencia en dirección a la ciudad de Red Mesa.

—No lo creo así —contestó—, pero ese hombre seguramente se encuentra en un apuro, ¿no os parece?

Y el hombre estaba en un apuro. Cabalgaba precipitadamente hacia un despeñadero.

—¡Vamos, muchachos! —gritó Pete—. Seguramente necesita algo. Creo que podemos alcanzarle cerca del depósito de agua, casi antes de que él pueda llegar allí.

El sheriff impulsó a Sonny hacia adelante. Teeny y “Miserias” recurrieron a sus espuelas y los tres hombres se reunieron por

encima del depósito de agua, a unas cien yardas del hombre que galopaba incesantemente desde la carretera de la ciudad de Red Mesa.

Pete alzó una de sus manos al reconocer en aquel hombre a un tal Mason, un guarda almacén de Red Mesa.

—¿Qué lo ocurre, Mason? —le gritó el sheriff.

—¡El infierno me trague! ¡El Banco de Red Mesa!

—¿Que le ha ocurrido? ¿Ha sido robado?

—Todavía no —contestó Mason, volviendo su caballo hacia Red Mesa—. Iba a Rangerville a buscar más hombres. ¡Los bandidos quieren asaltarlo esta noche! Están obrando desvergonzadamente. Han enviado a Lasso Davis, el presidente del Banco, una carta amenazadora. Cree que se proponen dar algún golpe de mano.

Pete colocó a Sonny junto el caballo del guarda almacén. Estaba pensando si aquella amenaza de robar el Banco estaría relacionada con el misterio de la desaparición de la diligencia. Fuera como fuese, su deber era ayudar a la custodia del Banco.

Su caballo tomó la delantera cuando, seguido de Mason y de sus comisarios, galoparon en dirección a la pequeña ciudad ganadera.

CAPÍTULO X

EN RED MESA

La ciudad de Red Mesa estaba como sumergida en un hondo declive entre una doble hilera de montañas. Tiempo atrás había sido en realidad una mesa o meseta pero las erupciones volcánicas habían dividido en dos la altiplanicie, de tal modo, que en realidad la ciudad ya no podía continuar existiendo con el nombre que le dieran sus fundadores.

Hacia el Este y Oeste se extendían varios caminos en espiral. Hacia el Norte había una línea elevada de farallones de granito, mientras que una larga y ondulada hilera de senderos en pendiente completaba el circuito por el Sur.

La más próxima ciudad, Silver Creek, se hallaba situada precisamente al otro lado de la hilera de montañas del Norte, a una distancia aproximada de cinco millas en línea recta. Sin embargo, para trasladarse desde ella a Red Mesa había que seguir un circuito o carretera en zig-zag, que aumentaba la distancia en media hora de camino.

La calle principal seguía la dirección natural del cañón en que se anidaba la ciudad. A ambos lados de la calle, en una extensión de doscientas yardas, podían verse varios almacenes y comercios, dando paso a reducidas viviendas que se unían íntimamente a las paredes del cañón. El Banco de Red Mesa tenía su sede en un pequeño edificio, pero era la institución más importante de la ciudad.

La calle principal estaba semidesierta cuando Pete y sus compañeros llegaron a ella. Era ya casi de noche. Los jinetes desmontaron ante el cuadrado edificio que ostentaba un rótulo azotado por la intemperie y del que casi habían desaparecido las siguientes palabras pintadas en él:

Banco de Almacenistas de las Tres Ciudades

Un grupo de ganaderos y comerciantes estaban reunidos en su interior. Pete guió a sus comisarios dentro del edificio y saludó con un movimiento de cabeza a un individuo alto, de cabellos canos, el viejo “Lasso” Davis, ganadero retirado y a la sazón presidente del Banco.

—¿Ocurre algo sospechoso, Lasso?

—¡Hola, sheriff! Sí, bastante sospechoso. Creo que voy a volverme loco. Pues verá, hoy, por la tarde, he recibido una carta en la cual me anuncian que mi Banco será robado esta noche.

—¿Y alguien se lo notifica a usted por anticipado?

—Exactamente. Parece una cosa absurda, pero es tal como lo digo. Como puede ver, se trata como un caso como el de Gila Gounty, sheriff. Los ladrones de Bancos son tan desvergonzados que avisan al Banco con anticipación. Es una especie de amenaza. Si el Banco no se presta voluntariamente al saqueo, se apoderarán de lo que haya violentamente, asesinando a cuantos se les pongan por delante.

Pete movió la cabeza, pensativo. Ya había oído hablar de aquel caso de Gila Gounty, pero había sido un caso extraordinario, uno entre mil. No parecía probable que los ladrones de Bancos quisieran repetirlo en el Distrito de Trinchera.

—Yo me inclino a tomarlo en serio —continuó diciendo el viejo “Lasso” Davis—, porque el remitente de la nota necesita estar familiarizado con mis hábitos. Supongo sabrá usted que el Banco de las Tres Ciudades tiene una sucursal en Silver Creek y otra en Wilcey Center. Yo divido mis tareas entre los tres Bancos, a razón de dos días por semana en cada uno, y el remitente de esta nota es indudable que posee informes detallados que le permiten saber que yo estaba aquí esta noche. La nota me ha sido dirigida precisamente aquí.

—Déjeme ver esa nota.

“Lasso” Davis fue hasta su escritorio y sacó de él una hoja de papel arrugada de debajo de un pesado pisapapeles.

—Fue deslizada en mi escritorio en un momento en que salí a hablar con el cobrador —dijo.

Pete leyó la nota, que decía así:

“Laso Davis: Esta noche su Banco será robado, a las siete. No intente

detenernos. Pudiera ser peor para usted el así lo hiciera. Piense con la cabeza y salve la vida"

El escrito era una colección de datos rudimentarios, que podía no significar nada y significarlo todo. Las mal deletreadas palabras podían también haber escritas por un ciego.

"Lasso" Davis miró a Pete, sonriendo.

—Después de todo, sheriff —dijo—, me encuentro un poco más seguro teniéndole a usted aquí y a sus comisarios. Aquí, en Red Mesa, todos somos gente pacífica, y no tenemos gran experiencia para habernoslas con los salteadores de Bancos. ¿Esperará usted algún tiempo aquí para ayudarnos si ocurre algo?

Pete mascó su goma, pensativo, duran unos segundos.

—Seguramente estaremos, aunque si he de serle franco, no veo la cosa muy clara que digamos. De todos modos estaremos preparados, por si se presenta el caso.

Volvióse hacia sus comisarios y empezó a dar órdenes.

—Teeny, escoge a media docena de ciudadanos y colócate con ellos de vigilancia allí.

Y señalaba hacia una de las puertas de entrada del edificio.

—Yo me reuniré con vosotros dentro de un minuto o dos.

Se volvió ahora hacia "Miserias".

—Tú, con el resto de los hombres, ve estacionarte en la parte posterior, hacia los sótanos, "Miserias". Esos sótanos no me parecen muy resistentes y creo que la dinamita daría pronto buena cuenta de ellos. Si esos hombres vienen y tratan de atacarnos o de agujerearnos la piel, tú y tus hombres matad sin compasión. Tenemos que hacer fracasar su intento, y esto servirá en lo sucesivo de lección a los salteadores de Bancos.

Pete tenía aún la nota de los bandidos en la mano. Sus ojos se posaron sobre ella otra vez.

—Me resisto a interpretar esta nota como usted lo ha hecho, "Lasso" —dijo al anciano presidente del Banco—. Fíjese en la redacción de este escrito.

Y mostraba con el dedo los garrapatos trazados en el papel.

—Aquí hay algo de doble sentido. No dice que sea precisamente éste el Banco que va a ser robado, ¿no es así?

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó "Lasso".

—Quiero decir que lo que aquí dice es que "su" Banco será

robado. Lo mismo puede referirse a su Banco de Wilcey Center o al de Silver Creek. Si me pregunta usted mi opinión, “Lasso”, le diré que debe referirse al Banco de Silver Creek.

Pete sacudió nuevamente la nota mientras mascaba goma concienzudamente.

—Mire; usted ha enviado jinetes a todos los caseríos cercanos para que manden gente a todo galope a defender el Banco de Red Mesa.

“Lasso” Davis asintió. Empezaba a ver claro el razonamiento.

—Yo no creo —continuó Pete—, que el Banco de Wilcey Center sea atacado, porque hay precisamente hoy en Center gente para defenderlo. Hay allí un verdadero hormiguero de rancheros y cowboys en la ciudad, todo lo contrario de lo que ocurre en Silver Creek, que por circunstancias especiales está casi desierto. De ahí el que yo suponga que el ataque irá dirigido contra el Banco de Silver Creek, en caso...

Cortó en seco la frase que estaba pronunciando, porque a sus oídos llegó un violento chocar de cascos de caballos contra el empedrado de la calle principal, ruido que venía precisamente de la dirección de Silver Creek.

Varios hombres salieron corriendo del Banco.

—¿Cree usted que son esos los bandidos, sheriff? —preguntó alguien—. Díganos dónde debemos colocarnos y...

Con un simple gesto, Pete mandó que se callase el que estaba hablando, y durante unos segundos, permaneció inmóvil como una estatua.

—Es sólo un caballo —dijo al fin—. No se oye galopar detrás de él. No, esos no son los ladrones.

Aquel galope sobre la mal empedrada calle se fue acercando rápidamente. El jinete estaba agotando las últimas energías de su montura. Su silueta, adelantando con rapidez, iba precisándose más distintamente a la luz de la noche. Llegó como una saeta ante la puerta del Banco y se dejó caer materialmente del caballo. Su brazo derecho caía inerte a lo largo del cuerpo. La manga estaba empapada de sangre.

Empezó a andar hacia “Lasso” Davis, pero viendo luego la recia silueta de “Pistol” Pete Rige, volvióse hacia el sheriff.

—¡Vaya a ayudar a Silver Creek! —dijo—. La situación es grave.

Yo conseguí escapar. Me persiguieron por espacio de media milla... y me hirieron en el ala.

—¿Ladrones de Bancos? —preguntó Pete.

El hombre asintió con la cabeza.

—Los ciudadanos están en el interior del Banco. Cuando conseguí escapar mantenían a distancia a los salteadores, pero no creo que puedan resistir mucho...

Su voz se ahogó en un gemido. Se tambaleó y cayó bruscamente hacia delante. Pete Rice logró agarrarlo antes de que llegase al suelo.

—¡Pronto, un médico! —gritó—. ¡Teeny! ¡Toma ese grupo de hombres —y señalaba a los individuos que seleccionara antes para defender la parte exterior del Banco de Red Mesa—, y sal con ellos inmediatamente para Silver Creek! Tendréis que emplear las espuelas. Mira antes si lleváis bastantes municiones. Yo os seguiré dentro de un instante.

—Muy bien, patrón —contestó Teeny, dirigiéndose ya hacia su pura sangre bayo.

Hicks “Miserias” hizo ademán de seguirle, pero Pete le gritó:

—¡Espera un minuto, “Miserias”!

Atrajo a un lado al diminuto comisario.

—“Miserias” —le dijo—, yo no puedo ocuparme ahora de esto. El Banco de Silver Creek está casi sin protección alguna, y a los ladrones les será muy fácil saquearlo. Nosotros, sin embargo, no podemos dejar sin protección alguna este Banco. ¿Comprendes?

Los ojos de Hicks centellearon, comprensivos.

—Comprendo, patrón. ¿Quieres que me quede aquí?

—Eso es precisamente lo que espero de ti —contestó Pete—. Organiza un pelotón de defensa con todos esos hombres. Muchos de ellos no tienen caballos y no pueden acudir en auxilio de Silver Creek, pero poseen pistolas y revólveres, y puedes sacar de ellos buen partido en caso necesario. Sin embargo, ten cuidado y no te dejes llevar por la suerte, que a veces se vuelve de espaldas. Yo no tardaré en volver... si logramos hacer fracasar a esos granujas en Silver Creek.

Cuando acabó de hablar estaba ya cerca de Sonny. Saltó de un brinco a la silla, azuzó a su soberbio alazán y, segundos después, partía a todo galope, carretera adelante, para reunirse con los

hombres que salieran antes hacía Silver Creek.

Ruido indistinto de tiros se había oído en dirección a Silver Creek cuando los jinetes se hallaban cerca de la ciudad, pero cuando penetraron al fin en la calle principal todo estaba extrañamente silencioso.

“Lasso” Davis, que montaba un poderoso gris rodado, trató de acercarse a Pete Rice.

—Creo que llegamos demasiado tarde —dijo—. ¡Han cesado los tiros!

Pete asintió, en silencio. La calle principal estaba casi en completa oscuridad. Varios de los faroles principales habían sido hechos añicos a tiros. La luna del mayor escaparate del comercio más importante yacía en menudos fragmentos sobre la acera.

Un hombre salió corriendo del almacén. Su 45 apuntó un momento a los que llegaban, pero inmediatamente alzó al cielo la boca del arma. Había adivinado en el acto que los recién llegados eran gentes a las órdenes del sheriff y no ladrones de Bancos.

El bando de jinetes, con Pete a la cabeza, continuaron a lo largo de la calle principal, hasta detenerse frente a un edificio sombrío y silencioso. Un hombre yacía postrado delante del edificio. Pete pudo ver que era el cadáver de un ciudadano de Silver Creek, uno de los pocos que habían quedado en la ciudad para defender el Banco.

Nada podía hacerse en su favor. Por eso Pete, apenas se apeó del caballo, saltó sobre el cuerpo del infeliz y se dirigió apresuradamente a la puerta del Banco. La puerta estaba abierta de par en par y Pete penetró en el edificio. Varios ciudadanos que se habían escondido, aterrorizados, no tardaron en reunírsele.

El Banco estaba en la más completa oscuridad. Alguien trajo una linterna, y Pete encendió un fósforo en la suela de su bota y prendió fuego a la mecha, que esparció viva claridad.

Se notaba allí poco desorden. Se veía un escritorio despanzurrado y una ventana rota. Por el suelo hallábanse esparcidos unos pocos papeles. Todo estaba silencioso, excepto un ruido de golpes que venía de uno de los subterráneos.

Al dirigirse Pete al subterráneo, se volvió a medias hacia Lasso Davis, que le seguía:

—Deben haber encerrado a alguien en el subterráneo. ¿Sabe

usted la combinación?

Por toda contestación, Davis avanzó hasta la puerta del subterráneo y Pete alzó la linterna de modo que sus rayos iluminasen las ruedecillas de la combinación. Con dedos ágiles, Davis hizo girar las ruedecillas a un lado y a otro. Luego dio vuelta al picaporte; los rodetes cayeron y puerta quedó abierta.

De un salto Pete pasó al otro lado de la puerta y la linterna alumbró el cuerpo de un hombre que andaba a saltos y con gran dificultad. Estaba fuertemente atado con cuerdas por los tobillos y las muñecas. Una mugrienta bufanda había sido empleada como mordaza.

Pete cortó las ligaduras y le quitó la mordaza. Hecho esto ordenó a algunos de los hombres que le rodeaban que fuesen en busca de agua. Cuando se la trajeron salpicó con ella el rostro de aquel hombre y bañó la frente y las muñecas del infeliz, moviendo sus brazos adelante y atrás para restablecer la circulación de la sangre.

La posición violenta que se viera obligado a soportar en el reducido subterráneo habían hecho perder casi el sentido al prisionero.

Cuando se produjo el ataque al Banco aquel hombre vio que él y los pocos ciudadanos que le rodeaban no podrían resistir el empuje de los bandidos, y trató de ganar la partida con astucia. Desde el primer momento fingió defender encarnizadamente el subterráneo, donde sabía que había apenas dinero: unos mil dólares y algunas acciones no negociables.

Los bandidos le encañonaron con sus armas desde el primer instante y le obligaron a que les dijera la combinación para abrir la puerta del subterráneo. Así lo hizo, pero sin intentar acercarse al punto que sabía peligroso, mas no logró engañar a los bandidos, quienes le obligaron a que les guiara al segundo subterráneo, donde se guardaban los verdaderos valores del Banco.

Por último, tras algunas dilaciones, le exigieron la combinación de aquel segundo subterráneo. Barden, así se llamaba aquel individuo, que era el cajero del Banco, pretendió ignorar dicha combinación. Entonces el bandido que parecía jefe penetró resueltamente en el interior del Banco y reunió a todos sus hombres.

—Parecían hallarse en un tremendo apuro —dijo Barden—, pero me aporrearon con furia, me arrojaron de un empujón dentro del subterráneo, cerraron de golpe la puerta e hicieron girar el picaporte. Yo pateé a puerta todo el tiempo que fui capaz. Deseaba que me oyeran si alguien venía en nuestra ayuda. Luego creo que perdí el conocimiento.

Pete se irguió cuan alto era.

—¡Davis! —gritó—. ¡Nuestra obligación es regresar inmediatamente a Red Mesa! Barden dice que esos hombres parecían estar en un tremendo apuro. ¿Sabe usted por qué?

No esperó a que Davis le contestase, sino que añadió:

—Sabían que había escapado un jinete y que llevaba noticias a Red Mesa. Tal vez ellos mismos enviaron a ese jinete para tendernos un lazo. Sabían que en cuanto supiéramos lo que estaba pasando aquí vendríamos en auxilio del Banco, y pensaron que nosotros habríamos dejado Red Mesa sin protección.

—¡Pero no les hemos encontrado en la carretera! —protestó Davis—. Nosotros...

—No. Nosotros teníamos que tomar el camino indirecto, porque no podíamos mantener nuestros caballos sobre el farallón siguiendo el atajo. En cambio, ellos habrán tomado seguramente el atajo, y ese es precisamente el camino que debemos seguir a nuestro regreso.

Pete salió corriendo del Banco.

—A caballo, muchachos. Regresamos a Red Mesa. Vamos a tomar el atajo por la parte baja del farallón. Si alguno de vosotros no tiene buen caballo, o no es buen jinete, que vaya por el camino largo. Los demás, ¡adelante!

Encargó a un par de individuos que tuviesen cuidado de Barden, haciendo que le visitase un médico. Luego montó de un salto en Sonny y emprendió la marcha a toda velocidad hacia el atajo de la parte baja del farallón.

El pura sangre de Teeny Butler siguió a poquísima distancia al alazán. Muchos de los hombres que formaban el pelotón se vieron apurados para seguirles, por lo que se formó una larga hilera de jinetes que semejava el ensortijamiento de un látigo.

Y aquel látigo azotaría con furia cuando llegasen a Red Mesa... ¡si los jinetes llegaban tiempo!

CAPÍTULO XI

“MISERIAS” CONTIENE LA ACOMETIDA

Los ojos azules irisados del pequeño comisario Hicks “Miserias” taladraron materialmente la oscuridad. El barbero comisario de la Quebrada del Buitre estaba estacionado precisamente en la parte interior de la ventana enrejada del Banco de Red Mesa. Había organizado un grupo con los hombres más aguerridos que habían quedado en la ciudad, y precisamente hombres decididos eran los que deseaba tener a su lado “Miserias”.

Estaba orgulloso de que su jefe, “Pistol” Pete Rice, le hubiese elegido a él para aquella honrosa misión. Y, disimulando en la oscuridad, se veía asaltado en aquel momento por dos principales pensamientos.

Por una parte no deseaba que tuviese lugar el ataque al Banco, porque eso significaría derramamiento de sangre. Algunos de aquellos hombres que estaban a su lado en el interior del Banco carecían de experiencia en aquella clase de negocios. Podían tener corazones generosos, pero poseían muy poca experiencia en la lucha.

Por otra parte, “Miserias” casi deseaba que se produjese el ataque, porque el pequeño barbero comisario sólo se sentía feliz en medio de las peleas.

Podía haber tenido un valor a todo prueba, pero también podía resultar egoísta. De todos modos, Hicks “Miserias” no podía pensar en serio que le matasen. Por eso, especialmente cuando Pete Rice se hallaba ausente, se aventuraba con frecuencia a empresas arriesgadas, que llegaban a lindar con la temeridad.

De pronto oyó galopar de caballos, y sus azules ojos brillaron como carbones encendidos.

—¡Alerta, muchachos! —dijo a los hombres que se hallaban en

el interior del Banco—. ¡Pueden ser ellos!

Y en realidad resultó que eran ellos. Como un chorretón rojo anaranjado ardió una llamarada procedente de las sombras que proyectaba el Almacén General de Red Mesa, frente por frente al Banco. Era indudable que los ladrones pensaban que el Banco estaba indefenso.

Uno de ellos había disparado un tiro a través de la ventana del almacén para producir pánico. Disparó otro tiro... y soltó una carcajada, pero no tardó en refugiarse en la acera cuando rasgó la oscuridad el fogonazo del 45 de Hicks “Miserias”.

La batalla había empezado. Del grupo de bandidos llovía una rociada de balas. El plomo rugía endemoniadamente detrás de la armadura de madera de la ventana, tras la cual estaba parapetado “Miserias”. Se oyó otra rápida sucesión de tiros y una nube de cristales rotos fue a caer sobre Hicks. Un movimiento que notó a su espalda le hizo volver la cabeza y advirtió que uno de los hombres que estaban dentro del Banco se había arrastrado hasta colocarse a su lado.

—¿Cuánto tiempo cree que podremos resistir, comisario? —preguntó—. ¿Cree usted que llegará Pete Rice a tiempo de salvar el Banco?

“Miserias” se volvió hacia la borrosa silueta del que le hablaba y le miró con ceño, porque había captado un acento de nerviosismo muy parecido al miedo en aquel individuo y contestó:

—No se preocupe usted ahora, hombre. Vuelva adonde le he colocado. No debemos preocuparnos hasta que echen abajo la puerta, y lo pueden conseguir a culatazos... pues creo llevan escopetas.

“Miserias” podía ver perfectamente desde donde se hallaba que había numerosos bandidos. Las tiradores se movían de un lado a otro en la calleja contigua al Almacén General, que estaba sumida en densas tinieblas. Solamente los fogonazos permitían comprobar que estaba ocupada.

Alguien hurgó con el cañón de un revólver a través de los cristales de una de las ventanas laterales del Banco, y a poco las balas cruzaban la habitación. Uno de los guardianes del Banco contestó a la agresión y se oyó en la parte de fuera un aullido de dolor.

“Miserias” hizo un mueca burlona. ¡Si la mayor parte de los individuos de Red Mesa tenían los nervios en su sitio! ¡Aquello iba bien!

Más tiros penetraron por la ventana posterior. Las balas alcanzaron a varios escritorios y algunas se aplastaron contra la puerta de uno de los subterráneos.

—¡Manteneos a cubierto muchacho! —dijo “Miserias” a los que se hallaban detrás de él pues acababa de advertir que los bandidos trataban de completar el cerco del Banco—. No pueden molestarnos mucho por ese lado —añadió—. Es la puerta lo que debe de preocuparnos ahora. Ahorrad municiones hasta entonces, a menos de que se os ofrezca un blanco seguro.

Un tiro penetró en el edificio desde la parte más lejana de éste y se oyó estrépito de cristales rotos, pero uno de los hombres se había encaramado en la ventana y contestó oportunamente al disparo, oyéndose el grito ahogado de dolor de un hombre.

—¡Creo que le has dado a ese granuja! —gritó “Miserias”—. ¡Buen trabajo, compañero!

—Sí. ¡Le he dado! Le he atravesado el brazo derecho también —fue la contestación.

“Miserias” vio que una extra forma se movía en la obscuridad, en el lindero de la calleja contigua al almacén. A su modo de ver, era un movimiento bastante extraño. Por fin pudo adivinar “Miserias” de qué se trataba.

Era un pesado barril de madera, probablemente un barril de harina o de azúcar que habrían sacado del Almacén general. Lo empujaban, sin duda, para hacerlo servir de parapeto y atacar la puerta del Banco.

El diminuto comisario comprendió enseguida cuál era la maniobra que iban a realizar aquellos bandidos. Alguien escondido en él acribillaría a balazos de escopeta la puerta del Banco. “Miserias” disparó rápidamente tres veces sobre el barril, pero este brindaba una excelente protección a su ocupante.

Un segundo después se oyó un gran estampido y una rociada de tiros fue a estrellarse contra la puerta. De la misma manera y a pocos pies de distancia a la izquierda, empezó a tronar otra escopeta. Los bandidos parecían resueltos a derribar la puerta.

La granizada de plomo siguió lloviendo sobre la vetusta puerta

de entrada del Banco. “Miserias” corrió hacia el lado izquierdo del Banco, y a través de una ventana destartalada, divisó escasamente parte de la forma de un hombre parapetado detrás de uno de los pesados barriles. El comisario levantó su 45 y disparó.

El bandido lanzó un grito de terror porque había recibido una bala en un costado, y aunque no resultó muerto, quedó fuera de combate. Uno de los tiradores, por lo menos, había sido reducido al silencio.

Pero otros dos continuaron su obra destructora desde el tejado del almacén general próximo a la calleja. El fuego estaba siendo concentrado en la puerta, que súbitamente se vino abajo con estrépito.

Entonces los bandidos se dirigieron hacia ella resueltamente. Avanzaban parapetados tras barriles y cajas de embalaje. Uno de los asaltantes logró colocarse en una posición estratégica, a muy pocas yardas de la puerta abierta del Banco, y disparaba sin cesar con una escopeta de cañón corto a través de la abertura. Sobre las mesas de escritorio del Banco se estrellaron sin cesar las balas.

—¡Cubríos bien, muchachos! —gritó “Miserias” a sus hombres—. ¡Cada hombre detrás de algo sólido!

Sabía de sobra que la batalla entablada por aquel lado no podía durar mucho. Aquel hombre de la escopeta de cañón corto estaba haciendo verdaderos estragos en el interior del edificio. Uno de los defensores del edificio lanzó un gemido al ser alcanzado en pleno cuerpo por una de las descargas. Aquello más que matar, más que asesinar, era una verdadera carnicería.

“Miserias”, que había llevado su lazo al interior del Banco, se inclinó en las sombras junto a la puerta, mientras tres de sus hombres devolvían enérgicamente las descargas que les hacía el hombre de la escopeta. Luego, exponiéndose él mismo por un instante, el pequeño comisario lanzó diestramente su lazo hacia adelante.

El lazo fue a caer en la parte superior del barril. “Miserias” tiró con fuerza y comprobó que el barril había quedado aprisionado por la cuerda. Tres 45 rugieron en el interior del Banco y el hombre que se ocultaba detrás del barril cayó de bruces al suelo.

Casi en el mismo instante “Miserias” oyó distintamente los golpes de los cascos de caballos en la carretera y su corazón latió

con violencia. El repiqueteo de los cascots venía de la parte baja del farallón, del atajo que llevaba a Silver Creek y, “Miserias” consideró casi cierto que Pete Rice con sus hombres regresaban de su excursión.

—¡Manteneos firmes, muchachos! —gritó a sus hombres—. ¡Pete Rice estará aquí muy pronto! ¿Oís los caballos?

Era evidente que los bandidos los habían oído también, puesto que casi en el acto suspendieron el tiroteo y corrieron apresuradamente a buscar sus caballos.

“Miserias” sacó a relucir sus famosas “bolas”. Era un lazo de cuero seco, de cuyo extremo pendían tres brazos también de cuero. Más de una vez había empleado aquella nueva arma para capturar bandidos sin necesidad de disparar sobre ellos.

Hizo silbar las “bolas” en un vuelo rápido por encima de su cabeza y luego las lanzó hacia adelante con fuerza. Las pesadas bolas se enroscaron en las piernas de uno de los fugitivos, que cayó dando una pirueta.

Era aquella una oportunidad, según creía “Miserias”, de hacer un prisionero. Pete Rice siempre prefería prisioneros ilesos a prisioneros muertos, porque los ilesos podían hablar y referir los planes de sus jefes y compañeros.

Fue aquel uno de los momentos de temeridad del pequeño comisario. Olvidó el peligro, lo olvidó todo, excepto que había una probabilidad de hacer un prisionero. Salió corriendo del Banco y no tardó en llegar junto al hombre que había derribado con sus “bolas”.

Un tiro de revólver disparado desde la calleja oscura dejó oír su rugido siniestro y “Miserias” se detuvo a mitad de su camino. Una bala acababa de chocar violentamente contra su sien izquierda y el pequeño comisario cayó hacia adelante, inerte.

En parte aun conservaba el conocimiento. Podía oír tiros y el cercano galopar de los caballos, pero parecía absolutamente paralizado. Era incapaz de mover un músculo. No podía mover un solo dedo en su defensa cuando dos bandidos corrieron hacia él.

—¡Cargad a este tipo en uno de vuestros caballos! —gritó uno de los bandidos a sus compañeros—. Nos conviene tener un prisionero en caso de que nos alcancen. ¡Vamos!

Todavía atontado por el golpe, aunque no del todo inconsciente,

“Miserias” fue alzado en vilo por un gigante bandido cuadrado de hombros y de pecho fornido, que se dirigió con su liviana carga hacia la oscura calleja. “Miserias” fue colocado a la grupa de uno de los caballos. Una de sus manos paralizadas hizo un movimiento para coger el revólver en el momento en que el bandido puso en marcha su cabalgadura. Luego aquel desalmado le asestó en la cabeza un golpe brutal con su 45.

“Miserias” cerró los ojos y sintió que las tinieblas descendían sobre él como espesa cortina. Su estrategia y su valor habían salvado el Banco de Red Mesa, pero su temeridad había dado lugar a su captura y tal vez a su muerte.

CAPÍTULO XII

EL CRIADO DE JOHN BLAKE

“Pistol” Pete Rice se curvó sobre el cuello de Sonny, el hermoso alazán, cuando se puso a la cabeza de los jinetes que se dirigían a todo galope hacia Red Mesa. Durante algún tiempo estuvo oyendo los ecos de los disparos. Pudo comprobar que su corazonada había sido justificada, ya que estaba demostrado que los bandidos habían decidido atacar el Banco de Red Mesa, mientras las fuerzas del sheriff acudían en auxilio de los habitantes de Silver Creek.

—¡Vamos Sonny! —incitaba Pete a su alazán—. ¡Aprieta un poco, amigo mío!

Y Sonny, tan compenetrado siempre con su amo, redoblaba sus esfuerzos por adelantar terreno en un galope fantástico. No tardó en dejar atrás al pura sangre de Teeny Butler y a los caballos de Lasso Davis y al resto de la expedición. Poco después entraba por el extremo de la calle principal de Red Mesa.

Pero el tiroteo había cesado. Todo estaba anormalmente silencioso, excepto el golpear de los cascos de Sonny y el más apagado de la línea de jinetes que avanzaban por la carretera hacia la ciudad.

Pete Rice trató de adivinar lo que ocurría a través de la oscuridad. Ante él podía ver la mole del edificio del Banco. Espoleó a Sonny por última vez y al fin se detuvo ante la puerta principal. Apeóse entonces del caballo y saltó por encima de los cuerpos de dos bandidos muertos junto a un barril de azúcar vacío. Sin detenerse un segundo, penetró en el interior del Banco.

Los hombres que “Miserias” había organizado para la defensa del Banco estaban agrupados en torno a dos de sus compañeros que yacían en tierra. Uno estaba muerto. El otro, gravemente herido. Alguien iluminaba la escena con una linterna.

—¿Dónde está Hicks “Miserias”? —preguntó Pete.

—¡Se lo han llevado, sheriff! No hemos podido hacer nada por salvarle. Salió del Banco para intentar hacer un prisionero.

“Los bandidos lo pusieron fuera de combate y vimos como se lo llevaban hacia la calleja, en donde tenían sus caballos.

Otro de los ciudadanos añadió:

—No pudimos hacer nada, sheriff. Ni siquiera pudimos disparar sobre ellos, porque temíamos herir al comisario Hicks. De cualquier modo hemos salvado el Banco. No se han llevado ni un centavo.

Pero Pete Rice no se acordaba entonces de los centavos ni aun de los dólares. Se le había hecho un nudo en la garganta. Quería a Hicks “Miserias” como podía haber querido a un hermano. Giró sobre sus talones y salió del Banco. Estaba buscando a Sonny cuando llegó Teeny Butler a la cabeza de las fuerzas de auxilio.

—¡Quédate aquí en el Banco, Teeny! —le gritó Pete—. “Miserias” ha desaparecido. Reúne a tus hombres y organiza la defensa por si a los bandidos se les ocurriera volver a dirigir un nuevo ataque contra el Banco. ¡Yo me voy!

Teeny Butler dejó oír un gruñido extraño al enterarse de la desgracia de Hicks “Miserias”, pero estaba acostumbrado a obedecer las órdenes que le daban y saltando de su caballo se dirigió al interior del Banco, mientras Pete, a lomos de Sonny, desaparecía por el extremo de la calle principal. El sheriff podía ver las huellas de los bandidos fugitivos. En aquellos momentos lo había olvidado todo, hasta la superioridad de los bandidos contra él, en caso de que se decidieran a atacarle.

La pista de los bandidos resultaba perfectamente clara a lo largo de la carretera de Red Mesa en dirección a la unión de ambos caminos cerca del depósito de agua y seguía luego la ruta que Pete y sus comisarios tomaran a primera hora de aquella misma noche.

Los bandidos llevaban una buena marcha. El repiqueteo apagado de los cascos de sus caballos sonaba hacia la cumbre del farallón.

Pete espoleó a Sonny. Llegó a la cima del farallón, miró hacia el Este, donde el terreno apenas presentaba accidentes, y luego hacia el Norte, donde abundaba la maleza. Guió hacia abajo a Sonny. Podía estar corriendo hacia una emboscada y si así ocurría estaba dispuesto a vender cara su vida.

No encontró ningún escondite de los bandidos, pero sí halló

huellas que mostraban bien a las claras que los bandidos habían galopado a través del bosquecillo de algodonereros que había delante. Las huellas continuaban unos cientos de yardas más a través de la estéril meseta, cruzaban otra región de árboles, descendían un camino rocoso y ascendían luego por otro de igual naturaleza. Pete guió a Sonny hacia el recodo en donde había otro grupo de algodonereros, y las huellas se perdieron de nuevo.

Una vez más los bandidos habían desaparecido misteriosamente.

Había una cosa cierta: Los bandidos tenían algún escondite en aquella región, y mediante alguna estratagema llegaban a él. Sólo una pared desnuda se ofrecía a las miradas de Pete a uno y otro lado.

Pero Pete tuvo una idea. Sería tiempo perdido hallar la abertura del escondite en aquella noche de boca de lobo. Volvería a Red Mesa y enviaría un telegrama a la Quebrada del Buitre, dirigido a "Hopi Joe".

Hopi Joe era un indio maestro en el arte de seguir pistas. Si había algún hombre en todo el Distrito de Trinchera capaz de rastrear mejor que "Pistol" Pete Rice, era Hopi Joe. Joe y el sheriff juntos iniciarían la rebusca y acabarían por localizar la entrada del escondite de los bandidos.

Pete hizo girar a Sonny y emprendió el regreso hacia Red Mesa. Llegó a la cumbre. Desde allí en adelante todo el camino era en descenso.

Súbitamente, Pete detuvo en seco su caballo y escuchó atentamente. Desde algún lugar, por la parte de la montaña, galopaba hacia él un caballo. Podía ser Teeny, no contento con dejar que su patrón galopase solo al encuentro de los bandidos; o también uno de los mismos bandidos, que se hubiera separado de sus compañeros y tratase de hallar la entrada del escondite. Pete resolvió poner aquello en claro.

Dirigió a Sonny hacia un lado del camino, donde había una pequeña hondonada, que en una noche tan oscura como aquella permitía que caballo y jinete pasasen inadvertidos. Pete aun podía ser capaz de seguir al solitario bandido, quizá hasta la misma entrada del escondite.

El ruido de los cascos se acercaba sin cesar, pero el paso era cada vez más lento. Se comprendía que un jinete forzaba a galopar

a un caballo agotado por aquel subir continuo de montañas. El jinete misterioso detuvo al caballo para encender un cigarrillo, y a la luz de la cerilla siluteó únicamente parte del rostro bajo las amplias alas del sombrero y tras las orejas del caballo. Aquellas orejas estaban tiesas, como en alarma.

Pete contuvo la respiración. Aquel caballo olía la presencia de uno de su raza. Sonny estaba entrenado para no sobresaltarse en parecidas situaciones, pero el caballo del extraño jinete no parecía estarlo. Su cabeza se volvió hacia donde se hallaba Sonny y dejó oír un ruidoso relincho.

El jinete se irguió nerviosamente en la silla y tiró la cerilla.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó.

—¡No se mueva! —contestó Pete—. No importa quien sea yo. ¡Déjeme ver quién es usted!

¡Bang!

El revólver del extraño jinete gruñó con fiereza y una bala pasó silbando junto a una de las orejas de Pete. Luego el jinete hizo girar a su caballo y se lanzó al galope montaña abajo.

Pete puso a Sonny en movimiento.

—¡Deténgase! —gritó.

No quería disparar sobre aquella forma que se movía borrosamente ante él, pues no podía estar seguro de que fuese un bandido, pero hizo dos disparos al aire, que no produjeron efecto en el perseguido, pues continuó su galope desenfrenado.

El sheriff espoleó a Sonny y cuando llegó a un recodo peligroso disparó nuevamente al aire, mas el fugitivo continuó su marcha. Prosiguió la caza. Perseguido y perseguidor continuaron galopando por aquel camino peligroso. Las precauciones se las había llevado el viento.

Pete acarició la cabeza de Sonny y dio al segurísimo corcel un tirón de las riendas. Sonny ganaba terreno poco a poco y caballo y jinete iban precisando su silueta ante el sheriff, en la oscuridad.

Ambos jinetes doblaron curvas peligrosísimas, se lanzaron por estrechos senderos bordeados de precipicios y descendieron rampas de fantástica pendiente. Sonny seguía ganando terreno rápidamente y llegó a colocarse a setenta... a sesenta... a cincuenta pies de su nivel.

Pete descolgó de la silla su largo lazo, lo enrolló y preparó, para

luego voltearlo sobre su cabeza formando un círculo estrecho y lanzarlo hacia adelante con precisión matemática.

Más por intuición que porque pudiera verlo, Pete comprendió que había acertado en el blanco. La cuerda se puso tensa. Sonny intentó atensar por sí mismo y se escabulló ligeramente, manteniéndose luego firme sobre sus cuatro patas. El lazo se estiró aún más y el fugitivo fue arrancado violentamente de su montura y lanzado contra el rocoso piso del camino.

Pero casi instantáneamente flameó su revólver y una bala silbó a poca distancia de Pete. Se oyó una segunda detonación, y Pete sintió una sensación dolorosa, como si algo hubiese chocado con su sien. Un momento se tambaleó en la silla a punto de caer. Ante sus ojos vio un abismo de obscuridad y apretó los dientes para conservar el conocimiento. Un chorro de sangre casi le cegó el ojo derecho. Se enjugó la sangre o la mayor parte de ella por lo menos, y medio ciego avanzó decidido hacia su enemigo.

Suponía que el extraño jinete había conseguido soltarse del lazo y montaría de nuevo a caballo, y en efecto, a poco se oyó golpear de cascos sobre el camino. Pete Rice, aun sin haber recobrado la vista por completo, espoleó a Sonny hacia adelante, respondiendo el alazán admirablemente a su demanda.

Pero el otro hombre, presa de pánico, clavaba con furia las rodajas de sus espuelas en los flancos de su caballo, que relinchaba de dolor. Durante unos segundos, el martirizado animal consiguió sacar alguna ventaja a Sonny.

Luego, cuando el fugitivo guiaba su montura cerca de un sendero en torquilla, Pete oyó que su caballo tropezaba contra algún obstáculo y daba un traspies.

Otra vez relinchó el animal, pero esta vez más de terror que de dolor. El jinete hacía esfuerzos desesperados para mantener el equilibrio sobre su montura, pero había tomado aquella curva demasiado desatinadamente.

Pete hizo avanzar a su alazán con el tiempo preciso para ver cómo caballo y jinete se precipitaban al abismo por el borde del despeñadero. Se oyó un estruendo cuando la bestia chocó con el fondo a pocos pies de profundidad, luego se oyó un verdadero alarido de angustia y, por último, un silencio absoluto.

Pete desmontó y se asomó a mirar hacia abajo desde el borde

del despeñadero. El caballo había chocado de cabeza al caer, e indudablemente debió morir en el acto. El jinete yacía en la hondonada, parte de su cuerpo oculto bajo el animal que había caído sobre él. Podían verse la cabeza y los hombros medio cubiertos de tierra, con uno de los brazos retorcidos en grotesca postura. Indudablemente tenía el pecho aplastado.

Pete acercó a Sonny al borde del precipicio y ató el extremo de su lazo al borrén delantero de la silla. Luego descendió a pulso hasta el fondo de la hondonada. Una vez allí encendió una cerilla en la suela de la bota. ¡Lo primero que vio en una de las ancas del caballo fue la marca de los caballos de Circle Cross!

Pete acercó la llama de la cerilla al rostro del hombre muerto y las facciones del sheriff se contrajeron. Se acabó la cerilla y Pete encendió otra, que mantuvo unos segundos junto a la cara del muerto.

El sheriff conocía a aquel hombre, pues a primeras horas del día lo había visto llevando agua a la casa del rancho de Blake.

¡Era uno de los criados del “ciego” John Blake!

CAPÍTULO XIII

¡DESAPARECIDOS!

Cuando guiaba a Sonny de regreso a Red Mesa, Pete Rice iba mascando goma vigorosamente, lo que indicaba que su cerebro trabajaba con actividad. ¿Qué estaría haciendo a aquellas horas y en aquellos parajes un criado del “ciego” John Blake? Aquellos lugares, sin duda alguna, encerraban el secreto del escondite de los bandidos.

Aquel jinete había obrado como un hombre en el colmo de la desesperación. Había disparado, disparado para matar, a la primera invitación que se le hiciera de rendirse y también realizado un esfuerzo desesperado para escapar. Pete decidió realizar una investigación acerca del “ciego” John Blake, para obligarle a confesar la verdad, porque comprobó desde el primer instante que Blake no era ciego.

Los ojos del tratante tenían la expresión peculiar de los ojos de los ciegos, pero Blake fingía la ceguera. ¿Con qué fin? Y si Blake dirigía todos aquellos atropellos y crímenes que se estaban cometiendo en el Distrito de Trinchera, ¿qué podía moverle a ello?

El robo del oro transportado en las diligencias y del depósito en las cajas subterráneas de los bancos, justificaba aquellas andanzas, desde luego. Pero, ¿qué tenía que ver eso con la misteriosa desaparición de la diligencia de Rattigan? Si Blake dirigía todo aquello, podía haber ordenado a su hombres que robasen la diligencia, pero ¿qué beneficio le reportaría el que aquella diligencia desapareciese de la faz de la tierra?

Además, ¿la diligencia desaparecida estaría oculta en aquel escondrijo misterioso que debía haber en aquella región rocosa, o bien éste era solamente un refugio para los bandidos?

Esta y otra multitud de preguntas se hacía Pete Rice

mentalmente mientras guiaba su alazán hacia Red Mesa, pero con más insistencia que ninguna otra le obsesionaban las dos siguientes: ¿Dónde está Hicks “Miserias”? ¿Habría sido asesinado el pequeño comisario o lo guardarían como rehén para el caso de una posible captura de los bandidos?

Sonny entró al fin en la calle principal de Red Mesa y fue a detenerse ante el edificio acribillado a balazos donde estaba instalado el “Banco de los Comerciantes”. Un grupo de hombres, a cuya cabeza iba Lasso Davis, se adelantó hacia él.

—¿Ha encontrado usted algo, sheriff? —preguntó Davis.

—Nada que valga la pena hablar de ello —contestó Pete—. ¿Dónde está la estación de telégrafos en esta ciudad?

—De poco le servirá que se lo diga —contestó Lasso Davis—. He estado allí hace un momento, precisamente para telegrafiar al Banco de Wilcey Center diciéndoles que habíamos ahuyentado a los bandidos, pero sin duda éstos debieron cortar las líneas como medida de precaución.

El entrecejo de Pete Rice fruncióse contrariado. Llamó aparte a Teeny Butler y le refirió en voz baja lo ocurrido.

—Es mejor que permanezcas aquí, Teeny —le dijo—. Necesito telegrafiar a Hopi Joe y procuraré hacerlo desde Rangerville.

En Rangerville, cuando pasaba ante el Hotel de Farberson, vio a éste sentado en la galería del edificio.

El propietario del hotel le llamó y Pete detuvo su caballo.

—Un jinete procedente de Red Mesa ha dicho que ocurrían cosas extrañas por allí —dijo Farberson.

—Algo por el estilo —admitió Pete.

Farberson se puso en pie y se dirigió cojeando hacia el bordillo de la acera, en donde Pete se mantenía a horcajadas sobre Sonny.

—¿Pero qué se está cerniendo sobre esta comunidad —comenzó furioso Farberson—, que pasaba por ser la ciudad más pacífica de la región, excepto tal vez la Quebrada del Buitre? ¿Tiene ya alguna pista, sheriff?

Pete sonrió con tristeza.

—Las pistas —dijo—, son como cualquier otra sospecha. Se desvanecen, a lo mejor, antes de dar un resultado práctico. Creo que usted oyó decir que la diligencia de Peters también había sido robada.

El severo rostro de Farberson se endureció aún más.

—Sí. Me lo dijo —Shorty Dunne—, y creo que debe hacerse lo imposible para imponer la ley en esta región, sheriff Rice. Estoy dispuesto a ayudarle personalmente.

—No se trata de un trabajo tan fácil como parece —contestó Pete—. Usted ya no es un muchacho, y además debe esperar a que se le arregle la pierna antes de montar a caballo con mis gentes.

Farberson intentó protestar.

—Me trata como si fuera un vejstorio. Tal vez no sea muy joven, pero puedo hacer perfectamente lo que digo y he resuelto una cosa, sheriff.

—¿Cuál es?

—Estoy resuelto, como le decía antes, a que se acabe lo antes posible esta ola de terror, y quiero montar a caballo y ser uno de los primeros en la persecución, sheriff **Rice**. Entonces verá de lo que soy capaz.

En sus ojos se transparentaba fría resolución.

—Cuando desapareció la diligencia de Rattigan, temí por la vida de Tom, que no es un mal muchacho; los hay peores; pero no comprendí todo el mal que nos amenazaba, hasta que fue atacada la diligencia de Peters.

Se apoyó contra el caballo para disimular mejor su cojera.

—Ahora bien, Horace Peters, sheriff, era amigo mío. Sus enemigos son mis enemigos. Teníamos negocios juntos en cierto modo. Su línea de diligencias ayudaba a mi hotel y mi hotel ayudaba a su línea de diligencias. Después de mi esposa, Horace Peters era el mejor amigo que tenía en el mundo.

Su voz se quebró lastimosa. Luego volvió a dibujarse la misma resolución en su rostro.

—El viejo Horace ha muerto, pero su línea de diligencias seguirá funcionando. No soy hombre rico, pero tengo lo bastante para interesarme por esa línea. Si se obtienen beneficios, la mayor parte de ellos irá a parar a unos parientes de Peters que viven en Tucson. La línea seguirá funcionando con el nombre de Peters Line, y le aseguro a usted, le prometo, que esos bandidos se guardarán muy bien de intentar nuevas fechorías contra las diligencias de Peters.

—¿Qué piensa usted hacer? —preguntó Pete.

—Le he dicho antes que no soy rico, pero poseo algún dinero y

procuraré que las diligencias tengan los mejores guardias; en el pescante pondré en cada viaje una pareja perfectamente armada y que esté resuelta a enfrentarse con cualquier peligro. De este modo los pasajeros estarán a salvo y los valores que se transporten también. El cochero sólo deberá cuidarse de conducir, porque mis guardias y jinetes tendrán órdenes severas de tirar a matar a la primera señal de peligro que observen.

Pete hizo un gesto de asentimiento.

—Así se habla —dijo, recogiendo las riendas de Sonny—. Vendré a verle más tarde. Quiero que perfilemos un poco ese plan los dos juntos. Ahora voy a llegarme a la oficina de telégrafos.

Puso en marcha a Sonny y al cabo de un rato se detuvo de nuevo.

—Oiga, Mr. Farberson, ¿están en el hotel los pasajeros que Shorty Dunne trajo en la diligencia?

—¿Qué pasajeros? —contestó como un eco Farberson—. Es la primera noticia que tengo de que hubiese pasajeros, a menos que considere como tales los cadáveres que conducía. Yo no estaba presente cuando llegó la diligencia, pero oí decir que Shorty la guió después del ataque de que fue objeto. Puede usted preguntar en Trinchera House.

Su tono era indiferente al pronunciar estas palabras.

—No creo gasten mucho si han ido a Trinchera House —añadió—. Sólo se albergan allí gentes de poco pelo, porque no se trata de un hotel, sino de una simple taberna con habitaciones para dormir.

—De todos modos veré si están allí —dijo Pete, y una vez más hizo avanzar a Sonny por la calle principal.

Se detuvo al fin ante la pequeña oficina de telégrafos y se disponía a coger el lápiz que estaba atado con una cuerda a un lado de la mesa, para redactar un mensaje a Hopi Joe, cuando el operador de telégrafos abandonó un momento su aparato y se dirigió a su encuentro para entregarle un telegrama.

—Es usted el sheriff Rice, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. Yo soy —contestó Pete.

—Pues ahora mismo acabo de recibir este telegrama para usted, sheriff. Me disponía a enviárselo al hotel.

Los grises ojos de Pete se posaron sobre estas líneas:

“Venga esta misma noche a la Quebrada. Su madre muy grave. Jim

Bates.”

El sheriff Rice salió apresuradamente de la oficina, saltó sobre Sonny y emprendió la marcha. Era aquel el único mensaje que podía hacerle abandonar Rangerville aquella noche.

Pete Rice tenía dos amores: su madre y la Ley. Jamás abandonaba el uno por el otro, pero Teeny Butler podía cuidarse de las cosas de Rangerville y su región si aquella noche ocurría alguna cosa. El sheriff azuzó a Sonny y galopó calle principal adelante.

Se oyeron voces recias delante de Trinchera House. El comisario Shorty Dunne salía en aquel momento a la calle y Pete le llamó.

—Tengo que hablar con usted un momento a solas, sheriff —dijo Shorty.

—Dígame de prisa lo que sea —contestó Pete—, pues voy a toda velocidad hacia la Quebrada del Buitre. Podía usted galopar hasta Red Mesa y decir a Teeny Butler que venga, o enviarle alguna persona segura que se lo diga. ¿Qué es lo que tenía que decirme, Shorty?

El rostro de Shorty Dunne estaba sombrío.

—Pues verá, sheriff. He sido acusado de un gran charlatán... y quizá lo sea un poco, pero algo ha sucedido que no se lo he querido decir a nadie hasta decírselo a usted primero. ¿Se acuerda de los dos pasajeros que venían en la diligencia?

—Sí —afirmó Pete—. ¿Dónde están? Cuídese de ellos durante mi ausencia. ¿Lo hará así?

Shorty bajó la cabeza avergonzado.

—No puedo hacerlo, sheriff —dijo en voz queda—. Por eso corrí a hablar con usted antes. Yo iba conduciendo cuidadosamente la diligencia con una mano, mientras no perdía de vista la pista de los bandidos. Quería que estuviese usted seguro de mi labor.

Hizo una pausa y bajó aún más la voz:

—Pero el hecho es que cuando me detuve frente al hotel aquí en Rangerville, todos los que iban en el coche estaban muertos, y ese individuo que dijo llamarse Hoyle y aquel vejete demente... ¡habían desaparecido de la diligencia!

CAPÍTULO XIV

EL MENSAJE FALSO

El sheriff frunció mis labios ante aquella nueva y grave complicación.

Se había prometido a sí mismo obtener algunos datos interesantes de su conversación con aquel individuo que decía llamarse Hoyle. Había creído que, por lo menos, Hoyle podía haber aclarado algunos de los puntos más oscuros de aquellos acontecimientos misteriosos que tenían a todo el distrito en conmoción, de un extremo a otro.

La suerte le había sido adversa hasta entonces a Pete Rice en todos los terrenos. Habría interrogado detenidamente a Hoyle al regresar del depósito del agua, de no haber surgido aquel jinete fugitivo que acabó despeñándose en el barranco.

Shorty Dunne jamás debía de haber olvidado sus instrucciones, permitiendo que desapareciese de la diligencia, durante la marcha, por falta de vigilancia, el viejo demente, a quien debía haber hecho subir a su lado en el pescante. A Teeny Butler o a Hicks “Miserias” no les hubiese ocurrido aquello. Bien es verdad que comisarios como los suyos no se encontraban a la vuelta de la esquina.

Y, sin embargo, Shorty Dunne, según los informes que de él tenía y lo que podía haber juzgado personalmente, era hombre decidido y leal. Sabía Pete que el comisario de Rangerville se hubiese aplicado todo el peso de la ley a sí mismo de juzgarse culpable de lo ocurrido. El sheriff, pues, no sentía resquemor alguno contra Shorty.

—Bien, Shorty; comprendo que lo ocurrido no ha podido evitarse —dijo—, porque era excesiva la tarea que le confié. Entre el cuidado de guiar la diligencia con una mano y el temor de lo que podía ocurrir ante usted, no se le ocurrió mirar atrás. Me alegro de

que no haya dicho nada de esto a nadie, sino a mí. Comuníquese lo únicamente a Teeny Butler, cuando regrese de Red Mesa, en cuya busca enviará usted inmediatamente.

Shorty sentía verdadera impaciencia por demostrar la lealtad de sus intenciones, y el pesar que le causaba lo ocurrido.

—Yo mismo montaré a caballo enseguida y marcharé a Red Mesa para hacer esa diligencia personalmente —dijo.

—Lo que le diga a Teeny Butler hágalo en privado. Dígame que no pierda de vista el paradero de Hoyle. Creo que donde encontremos a Hoyle encontraremos también a ese viejo loco. ¿Cómo se condujo Hoyle con el viejo cuando nosotros fuimos a recoger el cuerpo de Blink Watson, Shorty?

—Pues no observé en él nada de particular. Al principio pareció reconocer al vejete, según creo. Luego el vejete empezó a babear algo y Hoyle se echó atrás en el asiento y no volvió a dirigirle la palabra.

Pete mascaba goma nerviosamente.

—Me figuro que era Walter G. Hoyle —dijo al fin—, es el mismo Hoyle a quien se había referido el viejo con anterioridad. Hoyle reconoció al vejete y no quiso que éste continuase hablando imprudentemente acerca del oro. Hay algo misterioso en todo esto.

“Bueno, me marchó, Shorty. Espero estar de regreso de la Quebrada por la mañana.

Pete azuzó a Sonny calle principal adelante. Su rostro se había endurecido aún más. Había algo importante detrás de aquel misterio. En opinión del sheriff, todo lo ocurrido eran eslabones encadenados de un plan monstruoso tramado por algún asesino sin conciencia para apoderarse de una fortuna.

Los ojos de Pete brillaron intensamente. La verdad es, que ya se había encontrado con anterioridad frente a casos muy parecidos al que entonces le ocupaba, y la mayoría de aquellos hombres sin conciencia, esclavos de sus ruinas ambiciones, habían acabado por caer en sus manos con las muñecas adornadas con sendas esposas. Muchos de ellos estaban entonces en la Penitenciaría de Florence.

Era aquel rostro endurecido, terror de los criminales, el que mostraba “Pistol” Pete Rice mientras galopaba por la calle principal.

Pero en cuanto se halló en la carretera que conducía a la Quebrada del Buitre, y pensó en el motivo que le obligaba a galopar

hacia su hogar, su rostro dejó transparentar la angustia que lo dominaba. En su entrecejo se pintó la preocupación y en sus ojos el dolor. Debía estar muy grave su madre cuando Jim Bates, el carcelero de la Quebrada del Buitre, se había decidido a telegrafiarle, sabiendo que estaba fuera de casa en funciones de su cargo.

Y conforme se acercaba más y más a su casa, el rostro del sheriff Rice se ensombrecía por momentos. Ya no era el Pete Rice terror de criminales, sino el hijo amante de aquella viejecita de cabellos blancos que era la madre más y mejor amada de toda la Quebrada del Buitre.

Era ya bastante tarde cuando el sheriff llegó a la Quebrada. Las luces de todos los comercios y establecimientos de la calle principal estaban apagadas, excepto las del Hotel Arizona, el restaurante y el “Descanso del Vaquero”, la taberna más popular.

Pete no aflojó el paso de Sonny hasta que llegó a las proximidades de una curva. El sheriff miró ansiosamente hacia la linda casita de campo rodeada de jardín y situada casi en las afueras de la ciudad.

Hondas arrugas de preocupación y pesar surcaron su frente. No obstante lo avanzado de la hora, esperaba haber visto luces encendidas a través de las ventanas de la casa de su madre. Si estaba enferma, no habría faltado alguna mujer de la vecindad que hubiese acudido a cuidarla.

Pero aquella casa sumida en tinieblas hizo que corriera un escalofrío de terror por la espalda del agente de la justicia, que jamás supiera lo que era miedo cuando luchaba a camino abierto contra los vulneradores de ella. Debía de estar muy enferma su madre, cuando se consideraba preciso mantener en torno suyo aquella obscuridad tan completa, a menos que la gravedad de su estado hubiese el traslado de su casa, a algún sitio donde se la pudiera atender mejor.

Guió a Sonny hacia la cuadra, saltó a tierra rápidamente y se dirigió hacia la galería, en la que penetró saltando por encima de la balaustrada. Su mano temblaba nerviosamente cuando introdujo la llave en la cerradura de la puerta principal. Alguien podía haber dejado algún recado para él, diciéndole adonde habían llevado a su madre, y de no ser así no tardaría en saberlo cabalgando

nuevamente hacia el centro de la ciudad. En aquel momento brilló un rayo de luz allá en lo alto de las escaleras. Pocos segundos después una mujercita de cabellos blancos apareció en el descansillo con una lámpara en la mano.

—¡Pete! —exclamó una voz ahogada por el júbilo—. No te esperaba. Es triste que te pases tanto tiempo sin venir a verme, y que no hayas avisado que llegabas esta noche.

—¿Pero, cómo se encuentra usted, madre? —preguntó Pete ansiosamente.

Mientras pronunciaba estas palabras había subido en dos brincos las escaleras y besaba y abrazaba a su madre cariñosamente.

—Jamás me encontré mejor —contestó la señora Rice—, y te hubiera esperado levantada de saber que venías.

—¿Luego está usted mejor? —volvió a preguntar Pete.

Vio brillar una mirada de sorpresa en los ojos de su madre, quien preguntó aturdida:

—¿Mejor?

Entonces, súbitamente, Pete Rice comprendió lo sucedido. El telegrama que le dirigieron era falso. Jim Bates, el carcelero, no se lo había enviado. El remitente fue algún otro individuo.

—Supongo que debes estar hambriento Pete —dijo la señora Rice, y miraba a su corpulento hijo como si se tratase aún de un chiquillo—. Sólo tardaré unos pocos minutos en hacerte algo de café. Yo no lo tomo nunca y no te esperaba esta noche tan tarde. Hay también jamón crudo y algunos bizcochos batidos con...

—Madre —la interrumpió Pete—, nada me gustaría tanto como estarme aquí un buen rato hablando con usted, pero no puedo entretenerme. Me han engañado para hacerme venir aquí, lo que indica que alguien tenía particular interés en hacerme abandonar esta noche Rangerville.

La expresión de alegre sorpresa que iluminaba el rostro de la señora Rice desapareció tras un velo de desilusión. Pero entonces aquellos ojos grises con que mi raba amante y maternal a su hijo brillaron con inquebrantable resolución.

—Está bien, hijo mío; creo que tú sabes mejor que yo lo que debes hacer un caso como este. No quiero interponerme jamás en tus deberes hijo mío. Si crees que debe ser así, parte enseguida.

Y echó ambos brazos en torno a los hombros de su hijo.

—Pero oye, Pete —continuó—. Procura ser cauto. Si alguien te ha enviado un mensaje falso, no puede ser más que un enemigo. Mira por tu seguridad personal en todos los segundos de esta noche.

Pete hizo una mueca burlona.

—Lo haré así, mamá. Ahora vuélvete a la cama. Tal vez comprobaré que hay algún enredo tras ese telegrama. Si es así, volveré aquí, si no es demasiado tarde. De todos modos esperó volver a verla a usted pronto. Tengo ganas de descansar en mi casa una noche entera.

Luego el sheriff del distrito de Trinchera abrazó a su madre y se despidió de ella.

Besóla otra vez, se encasquetó su amplio sombrero gris y bajó corriendo las escaleras. Abrió la puerta principal, volvió a cerrarla después de hacer un último ademán de despedida a su madre, que le veía marchar desde lo alto de la escalera, y corrió hacia donde había dejado a Sonny.

Se encaramó a la silla de un salto y, a todo galope, marchó hacia el centro de la ciudad.

Pete no perdió tiempo en comprobar la falsedad del mensaje de Jim Bates, falsedad que ya no admitía discusión, sino que continuó a lo largo de la calle principal, pasó sin detenerse ante el “Descanso del Vaquero”, ante el comercio de Sam Hollis y ante la barbería de Hicks “Miserias”, y a poco galopaba por la carretera principal del distrito.

Pero al menos no resultaría completamente inútil su viaje a la Quebrada del Buitre. Trataría de hallar a Hopi Joe, el indio rastreador, ya que se hallaba allí.

Mientras se dirigía a la cabaña del indio su pensamiento iba haciéndose una serie de preguntas circunstanciales. ¿Quién podía haber sido el autor del falso mensaje telegráfico de la Quebrada a Rangeville? ¿Cuál podía ser el interés que motivara aquel falso telegrama?

De una manera general se lo imaginaba. Debía estar sucediendo algo grave en la región de Rangerville. Posiblemente otro asesinato. Tal vez otro cargamento de oro desaparecido. Tal vez... Pero las posibilidades no tenían fin. Lo verdaderamente urgente y práctico en aquel momento era recoger a Hopi Joe sobre la marcha y emprender el regreso a Rangerville sin perder segundo.

El sheriff dobló por un camino lateral y no tardó en hallarse frente a la cabaña que servía de vivienda a su amigo el indio. Vio luz a través de las rendijas y Pete llamó a la puerta.

Abrióse ésta y apareció en el umbral el rostro impassible del indio, que no tardó en fruncirse en una sonrisa al comprobar quien era el visitante. Hopi Joe y Pete Rice eran tan buenos amigos como entrañables compañeros profesionales.

—Entre, sheriff —se apresuró a decir Joe.

Y guió a Pete al interior de su vivienda, de aspecto modesto, indicándole una silla para que en ella tomara asiento, mientras él lo hacía tranquilamente en el duro suelo.

—¿Tiene usted algún negocio para nosotros? —preguntó Hopi, con un centelleo en los ojos.

Pete asintió con un gesto e hizo un rápido relato de la desaparición de la diligencia y del misterioso escondite de los bandidos. Explicó a continuación sus teorías acerca de ambos hechos, porque Pete Rice tenía ya sus teorías sobre el asunto, aun cuando anteriormente no se las hubiera expuesto a nadie.

Joe púsose en pie.

—¿Nos vamos ahora mismo? —preguntó, tranquilamente.

—Sí —contestó Pete—, sería mejor que emprendiésemos el camino enseguida, Joe, prepare su caballo y vaya a reunirse conmigo en la cárcel. Allí le esperaré. Pero apresúrese.

—Iré volando.

En el momento de despedirse, Hopi Joe hizo una mueca particular y se acercó a un armario colocado en un rincón.

—Usted no bebe licores —dijo—. No quiere detenerse y comer algo en mi compañía, pero es usted mi huésped, y espero que esto no me lo rechazará, amigo mío.

Y al hablar así sacó algo del interior de la alacena y se lo entregó a Pete Rice. Era un paquete de goma de mascar.

Hopi Joe era un Indio auténtico. Llevaba una cinta encarnada alrededor de su cabellera negra, como ala de cuervo, aun cuando llevase vestidos blancos y hubiese adquirido ya bastantes costumbres de los blancos. Jugaba a los juegos en uso en la trastienda del “Descanso del Vaquero”. Mascaba goma. Fumaba cigarrillos y aun algunas veces bebía whisky. Pero en ningún sitio se hallaba mejor el piel roja que cuando salía a campo abierto.

—Gracias, amigo mío —dijo Pete.

Tomó, verdaderamente satisfecho, el paquete, lo abrió, sacó una pastilla de goma y se la metió en la boca. Sus angulares mandíbulas trabajaban ya activamente cuando abandonó la cabaña, y a lomos de Sonny emprendió el regreso a la ciudad.

Quería ver ante todo si aún estaba de servicio el telegrafista de la pequeña estación de la Quebrada. De no ser así, Jim Bates, el carcelero, era medio pariente suyo y podía hacer que se levantara.

Pete deseaba también telegrafiar a Shorty Dunne, en Rangerville, y a Teeny Butler, en Red Mesa, si es que había sido ya reparada la línea que comunicaba con esta última población. Sabía, hasta donde pueden saberse las cosas sin tener una prueba evidente, que algo grave estaba ocurriendo aquella noche en Rangerville y sus telegramas podían poner en guardia a sus comisarios.

Mientras galopaba, la totalidad del caso de Rangerville iba reviviendo en su imaginación, con la misma claridad con que se asegura revivir toda la vida pasada en el pensamiento de un moribundo. Él y Hopi llegarían a descubrir el escondite secreto de aquellos bandidos. Tal vez lograsen descubrir la diligencia desaparecida, pero lo que no lograrían nunca era devolver la vida a aquellos infelices que la perdieron durante las pasadas fechorías.

Había otros elementos del caso que, a pesar de su constante trabajo mental, Pete no había conseguido poner en claro.

Por ejemplo, el caso del “ciego” John Blake. ¿Cómo habría intervenido en lo sucedido? ¿Y por qué había charlado el vejete demente, cuyo nombre creía Pete que era Weaver, del oro y de un misterioso “Walt Hoyle” que evidentemente era su amigo? ¿Y por qué el hombre que dijo llamarse Walter C. Hoyle fingió no conocer al viejo cuando el azar los reunió después del intento de asalto a la diligencia de Peters?

Hoyle no era un nombre raro, pero hay que confesar que tampoco era tan común como los de Jones, Smith o Brown. Podía ser Walter C. Hoyle el mismo Walt Hoyle de quien tanto charlara el vejete en relación con el oro. Si no era así, ¿por qué había raptado prácticamente al viejo, desapareciendo luego a su vez?

El sheriff resolvió registrar toda la región, de extremo a extremo, hasta dar con el paradero del desaparecido Hoyle. Estaba seguro de qué si lograra hallar a aquel extraño forastero, lograría a la vez

poner en claro puntos importantes de aquel misterio tan apasionante.

Sonny entraba en aquel momento en la calle principal de la Quebrada del Buitre y Pete le guió hacia la cárcel. Desmontó al hallarse ante la puerta y, echando las riendas sobre el cuello de su alazán penetró en el edificio.

Jim Bates, que se hallaba en su oficina, reflejó en su rostro el estupor que le producía la presencia del sheriff.

—¡Es usted, Pete! —exclamó—. ¿Qué ha ocurrido para que regrese tan pronto? ¿Está ya aclarado por completo el caso de Rangerville?

—Ni poco ni mucho, Jim —contestó Pete.

La pregunta del viejo Jim fue en sí misma la demostración palpable de que no fue el remitente del telegrama reclamando su presencia en la Quebrada, y Pete Rice no perdió el tiempo en preguntas innecesarias.

El viejo Jim golpeó su pipa contra el cemento del pavimento para vaciarla y se sentó pronto a escuchar la conversación que presumía.

—Precisamente estaba diciéndole a Rex Bridger que no estaba usted en la ciudad —dijo—. Rex vino aquí con un telegrama para usted.

—¿Está todavía su oficina abierta? —preguntó Pete.

—Creo que sí —dijo cachazudamente Jim—. Sólo hace unos diez minutos que ha estado Rex aquí.

—Voy corriendo hacia allí —dijo Pete.

Salió de la cárcel, saltó sobre Sonny y se dirigió al galope hacia la oficina de telégrafos. Rex Bridger, el telegrafista, estaba a punto de cerrar su despacho y suspendió la operación al divisar a Pete.

—Seguramente Jim le habrá dicho algo sobre el telegrama —dijo—. Aquí lo tiene.

Y entregó a Pete un sobre amarillo que el sheriff se apresuró a abrir. Su rostro se puso serio al leer:

“Vuelva Inmediatamente. Stop. Algo acerca de la diligencia. Stop. Haga el favor de comunicarme su regreso. Stop. Tengo miedo. Stop.”

El telegrama estaba firmado por Tom Rattigan, propietario de la Standard Stage Lines.

Pete montó en Sonny y regresó a la cárcel. Hopi Joe aún no

había llegado, pero era indudable que no podía tardar. El sheriff no dijo nada al viejo Jim Bates del contenido del telegrama que acababa de recibir. Sentóse, pero sus dedos tamborileaban nerviosamente sobre la mesa mientras esperaba a Hopi Joe.

El viejo Jim había vuelto a cargar su pipa. Encendió una cerilla, aspiró con deleite la primera bocanada de humo y se sentó para una de sus parrafadas con Pete. El viejo Jim era hombre cachazudo, muy a propósito para un trabajo que no requiriese excesiva prisa.

—¿No has oído decir nada por aquí de aquel individuo que disparó contra Farberson y contra mí, Jim? —preguntó Pete.

Jim Bates movió negativamente la cabeza.

—Ni una palabra, pero, parece que el tal Brainsted estaba mezclado con unos cuantos individuos poco recomendables. No tenía parientes, por lo que parece que ha dejado su propiedad, mercancías, carros y todo a cierto individuo de los alrededores de Rangerville.

—¿Cómo se llama? —inquirió Pete.

—Drake, Lake,... o algo parecido —contestó Jim—. Creo que es una especie de tratante en ganado.

Los ojos de Pete se endurecieron. El heredero de Brainsted era seguramente el “ciego” John Blake. No podía dudar ya que Brainsted y Blake se conocían muy bien uno a otro. Aquello explicaba el por qué uno de los criados del rancho cabalgaba sobre un caballo con la marca de Circle Cross.

¿Pero explicaría también el que un caballo con idéntica marca en el anca hubiese sido ahuyentado de las proximidades del hotel de Rangerville la noche del asesinato de Horace Peters?

El sheriff de la Quebrada del Buitre sabía por experiencia cómo un hombre puede caer equivocadamente en algún peligroso cenagal. Blake podía ser un hombre honrado y tener verdadero derecho a heredar los bienes del difunto Brainsted, pero también el testamento podía ser falso, en cuyo caso Blake sería uno de los mayores granujas de todo el Distrito de Trinchera.

Oyéronse en el exterior de la cárcel cascos de caballo, y Pete fue hasta la puerta. Allí estaba Hopi Joe, montado en su ligero y peludo pony indio.

Aquel animal no era de esperar que resistiese el galope fantástico de Sonny, pero estaba fresco, mientras que Sonny había

galopado toda la noche anterior, resistió después un día de trabajo bastante duro y, para remate, hizo a buen paso el camino de Rangerville a la Quebrada del Buitre aquella misma noche.

—¿Preparado, Hopi? —preguntó Pete.

—Preparado. Vamos a viajar como el viento, ¿eh?

—Eso es, Joe. Usted marcará el paso. Galope tan de prisa como pueda su **pony**. Yo mantendré a Sonny pegado a su grupa y...

Hopi Joe le interrumpió alzado una mano, e inclinó la cabeza para escuchar con atención.

—Alguien se acerca, corriendo... como un conejo —dijo.

Pete percibió el sonido inmediatamente. Se oía el chocar de unas botas sobre la acera de madera de la calle principal, y luego el arrastrar de pies y el roce de suelas sobre el pavimento de la calleja, que llevaba a la cárcel.

Un hombre surgió de la oscuridad. Era un gañán de la ciudad, algo holgazán y dado al alcohol, pero no mal sujeto ni duro de corazón.

—¡La casa de Pete Rice está ardiendo! —gritó—. Cuando cerraron el “Descanso del Vaquero” y me marchaba a casa, vi que salía humo de la casa de Pete Rice. Al comprobarlo, corrí hacia aquí, porque supuse que la anciana señora necesitaba ayuda.

Pete había montado ya en Sonny y galopaba por la calleja hacia la calle principal.

CAPÍTULO XV

SIN UN INDICIO

El sheriff no se entretuvo en preguntar por qué el gañán, como debiera esperarse lógicamente, no se había dirigido a la casa en llamas para auxiliar a la mujer que allí se hallaba sola. Por una vez en su vida sus espuela se hirieron crueles los ijares de Sonny.

Pete Rice galopaba como un loco para salvar aquella vida que lo representaba todo para él. Parecía llevar en vilo a Sonny bastándole un simple movimiento de las riendas para hacerle doblar ya en la calle principal y emprender por ésta un galope fantástico.

Hopi Joe galopaba detrás de él a toda la velocidad de su ligero pony indio.

Alguien salió corriendo del Hotel Arizona. Dos vaqueros habían montado ya en sus caballos en la puerta misma del “Descanso del Vaquero” y se dirigían a toda prisa hacia el lugar donde se columbraba el incendio, pero Sonny, a pesar de que galopaban de prisa, no tardó en dejarlos atrás.

El sheriff tomó rápidamente la curva. Su corazón parecía haber dejado de latir. El humo brotaba de las habitaciones superiores de la casa y del porche de la casita rodeada de jardín de los Rice. Pete saltó a tierra cuando aún seguía galopando el alazán. Había visto un rostro en una de las ventanas superiores: era el de su madre.

El sheriff se protegió la cara con uno de los brazos para evitar que el humo lo asfixiase y se lanzó hacia adelante, saltando por la balaustrada de la galería y lanzando en una acometida salvaje todo el peso de su cuerpo contra la puerta principal, cuya cerradura saltó al empujón. Pete se precipitó en el interior de la vivienda.

Las oleadas de humo eran cada vez más espesas. El sheriff consiguió llegar al pie de la escalera y subió los peldaños de cuatro en cuatro.

—¡Madre! —gritó—. ¡Madre!

No obtuvo contestación. Tosiendo y casi ahogándose, con los ojos llorosos e inflamados, Pete continuó subiendo.

—¡Madre! —gritó otra vez.

Su grito no recibió respuesta, pero Pete logró llegar al descansillo de la escalera y se precipitó, medio loco, en el dormitorio, tropezando con una forma que yacía tendida en el suelo, entre el lecho y la ventana.

En un segundo Pete levantó el cuerpo de su madre, saltó al descansillo y empezó a descender las escaleras, invadidas por un humo denso y repugnante. En realidad no había llamas. Todo parecía humo.

Cuando Pete cruzó al fin la galería en busca del aire libre vio un carro provisto de una bomba y mangueras estacionado frente a la casa. Era la Asociación de Bomberos Voluntarios de la Quebrada del Buitre, que se disponía a cumplir su humanitaria labor.

—¡Te salvaremos la casa, Pete, viejo amigo! —gritó alguien.

Pero “Pistol” Pete Rice apenas oyó lo que le decían. Toda su atención estaba concentrada en su madre. La había llevado junto a uno de los macizos del jardín, lejos de donde pudiese molestarla el humo, y trabajaba nerviosamente para hacerle recobrar el conocimiento.

Al cabo de pocos minutos la señora Rice abrió los ojos.

—¿Qué ha pasado, hijo? —preguntó, tranquilamente.

—Hubo un incendio, madre. La encontré desmayada en su habitación, allá arriba.

—¡Ah, sí! Ahora me acuerdo, Pete. Desperté sobresaltada y sentí la presencia del humo. Me levanté y traté de abrir la ventana, pero antes de que lo consiguiese, toda la habitación era una humareda y debí perder el sentido y caer al suelo.

Conforme aspiraba el aire puro, de la noche parecía ir recobrando las fuerzas perdidas.

—No sé cómo puede haberse producido el incendio, Pete, pues estoy segura de haber apagado la lámpara antes de acostarme.

—Yo tampoco lo sé, mamá —dijo Pete—, pero sé, en cambio—añadió, ceñudo—, que el fuego no se debe a ningún descuido de usted.

Uno de los vecinos se acercó al sheriff, y le dijo:

—Traiga a su madre a nuestra casa, Pete. Nosotros la cuidaremos, mientras usted ayuda a sofocar el incendio.

Alzó en vilo el frágil cuerpo de la vieja de cabellos blancos y cruzó a campo traviesa hasta la casa vecina, en donde tendió a su madre en un lecho. Una mujer de mediana edad y rostro afable se encargó de ella y Pete saltó otra vez a la calle. Esperaba ver ya envuelta en llamas la casita de su madre.

Pero varios hombres estaban sacando grandes cubos de la casa y arrojándolos al interior. Cuando se halló más cerca pudo comprender Pete lo que hacían. Aquello eran verdaderas cajas de humo —que despedían espesas nubes de humo oleaginoso.

Otros hombres empleaban unos rastrillos con los cuales recogían de la galería los barriletes que les arrojaban sus compañeros.

Uno de aquellos bomberos voluntarios se acercó al sheriff.

—Todo va bien, Pete. Ya no hay fuego en ninguna parte. Algunos desperfectos causados por el humo, pero espero que tendrá su casa tan bien como antes en menos de una semana. Lo que me gustaría saber es quién ha intentado quemar su casa y quién ha tirado dentro esos trapos.

También Pete hubiera querido saberlo, aun cuando comprendía bien lo ocurrido. El mismo hombre, o el grupo de hombres que le dirigieran el telegrama eran los autores del incendio.

Eran ellos quienes enviaron el falso telegrama para hacerle abandonar Rangerville. Ellos eran quienes habían pensado en aquel incendio, no con el propósito deliberado de destruir la casa del sheriff, sino para hacerle aplazar su marcha a Rangerville y mantenerlo el mayor tiempo posible en la Quebrada del Buitre. ¿Qué estaría ocurriendo en la sección de Rangerville?

Pete palpó su camisa, dentro de la cual había colocado el telegrama que momentos antes recibiera, remitido por Rattigan. “Vuelva inmediatamente”, suplicaba Rattigan; y el incendio le había hecho perder unos minutos que acaso fuesen valiosísimos.

—¿Podréis apagar el fuego? —preguntó Pete a uno de los bomberos voluntarios.

—Délo por apagado, sheriff. Casi ya lo está en estos momentos.

—Muy bien, amigo. ¿Querrá ir a casa de los Winton y ver cómo se encuentra mi madre? Mejor será que llame al doctor Buckley, para estar más seguro. Yo tengo negocios urgentísimos.

Dicho esto recogió a Hopi Joe que le esperaba montado en el **pony** a un lado de la carretera.

—¡En marcha, Joe! —le gritó.

Saltó a lomos de Sonny y una vez más el sheriff y el indio rastreador cruzaron a galope la calle principal, sumida entonces en las tinieblas.

Pete Rice conocía todos los caminos, atajos y vericuetos del distrito de Trinchera. A poco más de una milla de la Quebrada del Buitre dejó la carretera principal y tomó por un sendero que les llevaría precisamente al pie del Depósito de Agua de las Diez Millas, situado encima de la colonia del Placer.

El sheriff sujetó a Sonny al paso del **pony** indio, el cual estaba fuerte y fresco y marchaba admirablemente. Las colas de los caballos flameaban enhiestas mientras éstos galopaban furiosamente a lo largo del sendero.

Últimamente había salido la luna y las estrellas brillaban en todo su esplendor. Ante ellos la región yacía como una persona dormida, atenta sólo a descansar. Hacía rato que habían llegado a la bifurcación de las carreteras, cerca del Depósito de Agua de las Diez Minas, y se veía perfectamente la gran piedra en lo alto del montículo como imponente monumento.

Y una milla más lejos, tan clara era la luna, Pete pudo discernir figuras que se movían a lo largo de la carretera en la vecindad de la ciudad fantasma de Last Hope.

Al principio creyó Pete que aquellas figuras que, a pesar de la distancia a que se hallaban, pudo observar que eran jinetes, serían los bandidos preparando un nuevo ataque a alguna diligencia. El sheriff sabía que no había marcado en el itinerario ninguna diligencia a aquellas horas; no obstante espoleó a Sonny y el animal se lanzó hacia adelante envuelto en una nube de polvo.

En cuanto se halló en la carretera seguida por las diligencias, Pete logró reconocer a uno de los jinetes: El gigantesco Teeny Butler y su no menos gigantesco pura sangre bayo eran inconfundibles. El comisario alzó la mano en alto y saludó a su jefe. El alazán del sheriff se precipitó alegremente en la curva.

El **pony** indio de Hopi Joe se había quedado rezagado, pero el indio le acuciaba cuanto podía para que aligerase el paso. El rostro del indio continuaba inexpresivo, excepto el brillo de sus negros

ojos, parecidos a cuentas de azabache, en los cuales podía adivinarse la expectación.

Pete advirtió que los jinetes avanzaban para reunirse con él, y reconoció al que la junto a Teeny Butler y que no era otro que Tom Rattigan, el propietario de la Standard Stages Lines.

—¿Por qué ha tardado usted tanto? —preguntó Rattigan, sin poder disimular su impaciencia.

Pete no dio explicación alguna de su retraso, y preguntó a su vez:

—¿Qué ocurre?

Rattigan adelantó su caballo un poco más. Quitóse el amplio sombrero y secóse el sudor que le empapaba el rostro. Parecía haber envejecido varios años desde la última vez que lo viera Pete.

—¿Qué sucede? —gruñó Rattigan—. ¡Lo mismo de siempre! ¡Otra diligencia mía que ha desaparecido de la faz de la tierra! ¡Si esto sigue así, sí desaparece otra diligencia más, estaré completamente arruinado!

CAPÍTULO XVI

LO QUE CONTÓ TOM RATTIGAN

El sheriff de la Quebrada del Buitre miró intencionadamente a Tom Rattigan. El propietario de la línea de diligencias parecía mirar con bastante franqueza, lo cual no era casi siempre una señal segura de algo.

Rattigan había probado también una coartada en el asesinato de Horace Peters, rival suyo en la línea de diligencias, pero no coartada concluyente. Por otra parte, estaba demostrado que una gran amistad le unía al “ciego” John Blake, quien, como se sabe, cada vez se hacía más sospechoso a Pete Rice.

¿Sería posible que el mismo Rattigan estuviese interesado, o fuese el autor de la desaparición de sus propias diligencias? Prometió indemnizar a los propietarios del oro desaparecido, pero en cuanto lo hubo hecho ocurrió algo que le declaró insolvente e incapaz, por lo tanto, de cumplir su promesa.

Rattigan, por su parte, no dejó de notar la mirada de Pete Rice, y comprendió que éste seguía sospechando de él.

—¡Ya sé! —exclamó, pesaroso—, que esto me hace más sospechoso aún. Pero no me importa. Creo que el tiempo habrá de modificar ese juicio. Yo he hecho lo que he hecho por el mejor interés de todos.

Fruncióse el ceño de Pete Rice, y preguntó:

—¿De qué está hablando, Rattigan? ¿Qué es lo que ha hecho?

Rattigan se enjugó otra vez el sudor rostro y empezó a contar su historia a empujones, sin conexión aparente entre unos hechos y otros. Se hallaba bajo los efectos de una gran excitación nerviosa, pero Pete sin dejar de estudiar desde el principio aquel rostro cuadrado, belicoso, logró hallar la ilación en el relato.

Rattigan había querido engañar a los posibles bandidos en el

trayecto de una de sus diligencias, tal fue, al menos, su pretensión. Al hacerlo así vióse obligado a ocultar los hechos a otros, aún a Pete Rice.

—Los bandidos conocen el trayecto regular de las diligencias durante el día en toda la carretera —continuó diciendo Rattigan—. Yo intenté que hiciesen un viaje fuera del itinerario. Durante la noche mis diligencias no prestan servicio y por eso puse una especial para esta noche.

Pete continuaba silencioso. Las mandíbulas del sheriff trabajaban activamente mascando goma.

—Hice cuanto pude para engañar a esos granujas —continuó Rattigan—. Yo tenía la diligencia de Rangerville a Wilcey Center, la que jamás lleva oro en esa dirección, y decidí que saliera de Wilcey Center. Luego, despedí al guardia especial como de costumbre, y al cochero le indiqué que diese una vuelta y fuese a trabajar a las cuadras.

—¿Pero ellos no fueron a las cuadras? —interrumpió Pete Rice.

—No para quedarse allí. Yo, realmente, tenía la diligencia preparada en la cuadra. Lo que no quería era despertar sospecha alguna. Entonces el cochero puso en su lugar los caballos y se fue a su casa, aparentemente.

“Un poco más tarde, yo tenía al cochero y a su guardián especial de regreso en la cuadra. Mi cargamento de oro para la bolsa había sido preparado entretanto y manteniéndolo allí, bajo la inspección de los guardias, podía contar o creía que podía confiar.

“Más tarde —prosiguió Rattigan, cada vez más excitado—, esa misma noche, la diligencia emprendió el viaje, saliendo por la puerta trasera de la cuadra y tomando una de las calles posteriores de Wilcey Center. De ese modo esperaba derrotar en toda la línea a los bandidos.

—¿Estaba usted en Wilcey Center cuando salió esa diligencia especial?

—No. Me mantuve lejos de allí a propósito. Me quedé en Rangerville, lo mismo que siempre. La diligencia podía recorrer la carretera fuera de horario. Era imposible que los bandidos llegasen a sospechar ese viaje extraordinario.

—¿Y, sin embargo, desapareció?

—¡Eso precisamente ocurrió! Y no es todo eso. Por cuanto

hemos podido enterarnos, interrogando a los habitantes de la ciudad fantasma y a las gentes del Placer, ¡desapareció en el mismo lugar que la otra! Dos viejos negretes que viven en una cabaña más allá de Last Hope la vieron pasar, pero nadie del Placer, unas dos millas más lejos, la vio.

Los penetrantes ojos de Pete Rice pasaron revista a los hombres que a caballo rodeaban a Rattigan. Todos eran dignos de confianza. Junto a Teeny, estaban Shorty Dunne y dos comerciantes de Rangerville.

—¿Cuál es su propia teoría, Rattigan? —preguntó Pete.

—¿Acerca de cómo desapareció la diligencia? Ninguna. Desde luego yo sé ahora, que hay una gotera, un espía, en Wilcey Center, de donde salieron los dos cargamentos de oro.

—¿Telegrafió usted a las ciudades del trayecto para averiguar si la diligencia había pasado por alguna de ellas?

—No. No he querido hacerlo, para conservar en secreto ese viaje desde el principio hasta el fin. Un viaje secreto. Un itinerario especial. Sin pasajeros. Con dos hombres seguros en el pescante. Creí haberlo previsto todo. Tracé mis planes teniendo en cuenta que se trataba del mayor cargamento de oro que enviaba.

—¿Entonces qué le hizo telegrafiarle a la Quebrada del Buitre? La diligencia no había desaparecido aún, ¿verdad?

—No, no había desaparecido, pero no hacía más que pensar y pensar, estaba más intranquilo cada vez. Empezaba a pensar que acaso hubiese ido demasiado lejos y que aquello no era tan sencillo y hábil como creyera en un principio. Telegrafíé a usted por si llegaba a tiempo y podíamos galopar carretera adelante, saliendo al encuentro de la diligencia y escoltándola hasta su destino. Creí que estaría usted aquí con tiempo suficiente para alcanzar la diligencia, antes que pasase por los sitios más peligrosos.

—Y al advertir usted que yo no llegaba...

—Cuando vi que no llegaba, referí mi historia al comisario Butler, que estaba aquí en Rangerville. Él, yo, el comisario Shorty Dunne y estos dos amigos míos no quisimos esperar más tiempo y salimos al encuentro de la diligencia. Hechas las investigaciones que le he dicho antes, comprobamos que había desaparecido entre Last Hopo y el Placer.

Hubo un pesado silencio. Los hombres se miraban unos a otros.

Pete Rice mascaba goma.

Lo que él temiera en la Quebrada se había convertido en realidad. Los espías de la Quebrada, en combinación con los asesinos de Rangerville le enviaron el telegrama falso para mantenerlo alejado de aquella sección mientras llevaban a cabo su hazaña. Luego prendieron fuego a la casa de su madre, retrasando su regreso hasta que el asalto de la diligencia se hubiese consumado.

—Bien, Rattigan —dijo al fin Pete—. No soy hombre aficionado a las apuestas, pero hoy apostarí a un caballo a que en el plazo de siete días habremos detenido a los autores de esos latrocinios y los haremos comparecer ante los tribunales de justicia.

“El hombre que ha planeado esto es habilidoso e inteligente. No lo dudo, pero un hombre inteligente siempre se cree más inteligente de lo que es en realidad... y va demasiado lejos. Y así me parece que está sucediendo en este caso.

Aunque Pete Rice había tenido varias actuaciones desafortunadas desde que empezó a trabajar en la sección de Rangerville, comprobó que le había llegado el turno de ser afortunado. Al menos las huellas que intentaría descubrir Hopi Joe, iban a ser en aquella ocasión completamente frescas.

—Creo que lo mejor que pueden hacer, usted Rattigan y sus amigos, es volver a la ciudad —sugirió Pete—. En cuanto a Teeny Butler, mi amigo Hopi Joe, aquí presente, y yo... bien, veremos que es lo que podemos hallar...

Rattigan no hizo ninguna objeción. Miró indeciso y cansado. Él, Shorty Dunne y sus dos amigos galoparon en dirección a Rangerville.

Pete se volvió a Teeny Butler.

—¿No hay ninguna Pista de Hicks “Miserias”? —preguntó.

El corpulento comisario movió la cabeza tristemente.

—He tenido mucho trabajo con esto, patrón; pero opino que debemos considerar como un bien la desaparición de “Miserias”. Si logramos encontrar por cualquier circunstancia el escondite donde esos hombres lo tienen prisionero...

Sus negros ojos centellearon y sus grandes puños amenazaron a un enemigo invisible. Pareció hacérsele un nudo en la garganta y no pudo seguir hablando.

Pete guió a sus amigos por el camino, un poco más abajo, donde las huellas indudables de la diligencia parecían haberse desvanecido en el aire. Por primera vez expuso en voz alta una teoría que había mantenido en secreto durante algún tiempo.

—Ahora, muchachos —dijo a Teeny Butler y Hopi Joe—, está aquí al menos, una parte del misterio. Tengo verdaderas ansias de encontrarme muy pronto frente a los otros bandidos.

Y señalaba hacia donde las huellas de la diligencia cesaban bruscamente.

—¿Veis allí? Esas dos marcas de ruedas muestran cierta mescolanza, que no la hicieron ellas. Ahora son unas huellas regulares de vehículo de cuatro ruedas sin muelles, lo que llamamos un buckboard, arriba y abajo de esta carretera. He aquí lo que pienso acerca de ello: Yo creo que los bandidos seguían a la diligencia en un buckboard regular. Son varios los buckboards, que pasan por esta carretera y, por lo tanto, nadie fija su atención en ellos, cosa que no ocurrirá tratándose de una diligencia.

Y señalaba al sitio donde las huellas del buckboard parecían mezclarse con otras semejantes.

—Los bandidos llevaban en su buckboard ruedas de repuesto. En cuanto se hacían dueños de la diligencia enviaban espías a un lado y otro de la carretera para cerciorarse de que el camino estaba libre. Convencidos de esto, quitaban las ruedas a la diligencia y ponían en su lugar las de repuesto de buckboard. Los dos vehículos, entonces, seguían su camino adelante, mezclando las huellas de sus ruedas con las de los demás buckboards que transitan por la carretera.

—Y el buckboard continuaba su viaje hasta la ciudad, mientras la diligencia con ruedas de buckboard salía de la carretera de un modo o de otro —observó Teeny.

—Así debía ser. Un buckboard más no podía llamar la atención.

Pete estudiaba otra vez el terreno.

—Luego, cuando lograban sacar de la carretera la diligencia con ruedas de buckboard, apostaría cualquier cosa que colocaban arpilleras en los cascos de los caballos y aun en las mismas ruedas, durante cierta parte del camino, al menos hasta llegar a su escondite. No había huellas antes. Hasta quizá contasen con hombre que valiéndose de escobas alisasen el camino tras ellos. Pero esta noche no han tenido tiempo de ser tan cuidadosos. ¡Mirad eso!

Y señalaba una huella de rueda casi imperceptible, que se dirigía hacia un camino lateral, como si algo se hubiese interpuesto entre la llanta y la tierra.

—Acaso encontremos más indicios como éste —admitió—, pero ahora —añadió, volviéndose a Hopi Joe—, ha llegado su turno, Joe. Cerciórense de que sus revólveres salen bien de la funda, muchachos. ¡Es muy posible que en este momento empecemos a rastrear a alguien, y “terminemos por ser nosotros los rastreados”!

Hopi Joe se había inclinado casi de bruces sobre el terreno. Sus penetrantes ojos estudiaban la huella casi a una pulgada de distancia. Cuando se puso en pie dejó oír un gruñido de satisfacción. Hopi Joe jugador de billar y mascador de goma, había vuelto a ser indio auténtico súbitamente.

Señaló al camino secundario que partía de la carretera y dijo:

—Seguid por ese camino. Yo iré primero en mi **pony**. Vosotros seguidme para no borrar las huellas.

Los tres hombres montaron a caballo. Con los ojos fijos en la tierra iluminada por la luna, Hopi Joe siguió adelante calmamente. Aquellos ojos apenas tenían expresión, pero podían ver cosas en los bosques, los campos, los ríos y los caminos que otros ojos no hubieran logrado descubrir. Hopi Joe estaba en su elemento.

Al cabo de un par de millas, y en una buena extensión, casi desaparecieron las piedras del terreno y las huellas de las ruedas se hicieron más distintas, pero el trabajo de las escobas había sido más intenso en aquel polvoriento trozo del camino, pues de otro modo las huellas se habrían convertido en una pista segura.

Y súbitamente, Hopi Joe lanzó un gruñido de disgusto. Se detuvo y señaló hacia delante.

—¡Ugh! ¡Id allá!

El sheriff y su comisario vieron un riachuelo poco profundo que serpenteaba a través del terreno rocoso... Pete Rice sabía que era el Rock Creek, que nacía al Norte del Depósito de Agua de las Diez Millas y desembocaba en una gran corriente, un verdadero río, ya en la vecindad de Rangerville.

—Más difícil ahora —anunció Hopi Joe—. Tal vez tengamos que esperar a la luz del día. El agua borra las huellas de las ruedas, pero quizá no enteramente.

Hopi Joe desmontó de su pony y lo llevó hacia el Norte, vadeando el agua del arroyuelo. La luz de la luna hacía tan visibles los alrededores como la del día. Los ojos de Joe, taladrantes como barrenas, estaban clavados en las piedras que había en el lecho del arroyo.

Pete y Teeny llevaron sus caballos lentamente en seguimiento del indio.

Habían avanzado alrededor de un octavo de milla, mirando las huellas impresas en los bancos rocosos que podían haber sido hechas por la diligencia al salir fuera de la corriente del arroyuelo, cuando una vez más se volvió la suerte en contra suya. La luna iba decreciendo en intensidad y las estrellas estaban desapareciendo. Se acercaba una ligera tempestad.

—No hay buena luz; no puedo ver bien —observó Hopi Joe.

Pete se resignó ante lo inevitable.

—Bueno; nada podemos hacer contra los elementos, Joe —dijo—. Lo más acertado sería marcharnos y regresar cuando sea de día.

El sheriff fotografió mentalmente aquellos alrededores y el lugar donde dejaban en suspenso sus investigaciones. Por lo menos había dos puntos relacionados entre sí. Uno, que aquella sección era la misma donde el bandido a caballo desapareciera de manera tan misteriosa, y el otro, que durante una milla a lo largo de ambas márgenes, más hacia atrás, estaban los muros elevados de granito.

Era indudable que cuando Hopi Joe se señalase al fin las huellas de las diligencias desaparecidas, él localizaría a su vez el escondite del bandido.

Hopi Joe volvió a montar en su pony. Antes de hacer girar a su montura señaló en dirección a las barreras de roca que se extendían a ambos lados.

—¡Difícil será rastrear hacia ahí arriba! —dijo—. Pero tal vez a la buena luz de la mañana. Tal vez...

¡Bang!

Una bala pasó silbando por el reducido espacio que separaba a Sonny del pony indio, procedente de los elevados muros de la derecha.

¡Bang!

Sonó otro zambombazo. La bala fue a estrellarse contra la roca, cerca de las patas delanteras de Sonny.

Pete y Teeny estaban lejos de sus caballos y los habían ahuyentado río abajo, fuera del peligro. Los dos hombres tomaron, pues, la única protección ofrecida por aquel terreno árido: sumergirse en el mismo riachuelo, cuidando de colocar sus cintos de municiones alrededor del cuello para preservarlos del agua. Sus revólveres empezaron a disparar inmediatamente.

—¡Aléjese, Joel! —gritó Pete—. Este no es su oficio. ¡Usted es un rastreador, no un negociante de plomo!

Pero Hopi Joe, aunque no fuera un gran tirador, apuntaba bien y era hombre valeroso. Ahuyentó su pony río abajo y añadió la música de su revólver a la de los 45 de sus compañeros.

Las balas silbaban muy cerca del indio y de los dos representantes de la ley. Una de ellas hirió en el hombro derecho al indio, pero su estoico rostro no dejó traslucir el hecho.

Pete y Teeny hacían descarga tras descarga en dirección a las rocas, mientras las balas disparadas contra ellos, se estrellaban a su alrededor con sonido desagradable. Pete esperó el próximo fogonazo y cuando surgió de las rocas, disparó casi instantáneamente.

¡Ping!

Casi a la vez, Pete Rice, afamado por sus peleas contra enemigos enormemente desiguales, se volvió hacia sus hombres.

—¡Estamos en retirada, muchachos! —dijo con tranquila entonación.

—¿En retirada? —repitió Teeny Butler, indignado—. ¿Por qué? ¿Qué te ha ocurrido a ti, patrón?

Por primera vez, Teeny Butler estaba a punto de insubordinarse.

—¡Vámonos, muchachos! —repitió Pete enérgicamente—. He dicho que estamos en retirada. Deslizaos río abajo, hacia donde aguardan los caballos. ¡Después de todo, nos hemos enterado de algo!

CAPÍTULO XVII

EL BUEN SAMARITANO

Pete Rice guió a sus hombres río abajo. Luego se hicieron cargo de los caballos y continuaron la marcha hacia Rangerville. El sheriff no explicó qué es lo que había descubierto. Sabía muy bien lo que en todo tiempo significa la discreción.

Si Teeny tenía sus ideas, no las voceaba, y en cuanto al indio siguió galopando sin despegar los labios. Ocasionalmente, sin embargo, el indio apartó su caballo de los otros y se llegó hasta el río para mirar. Pete Rice acabó por sentir curiosidad.

—¿Qué ha encontrado usted allí, Joe? —preguntó.

Hopi Joe levantó en alto cuatro peces muertos.

—Los he encontrado en el río —dijo—. Tal vez los mineros de allá arriba emplean dinamita. Así matan el pescado, pero es bueno para comer. Fresco.

Pete agarró uno de los pescados y lo examinó atentamente. Sus ojos brillaron con intensidad y en su cerebro brotó una idea.

—Joe —dijo—, si me deja usted estropear este pescado, le proporcionaré el mejor que puede encontrar en Rangerville.

Joe frunció el entrecejo, pero su rostro se tranquilizó al fin.

—Si tal es su deseo, conformes —accedió.

Pete examinó otra vez el pescado, desmenuzándolo entre sus dedos, y acabó por arrojarlo a un lado del camino. Se sentía más esperanzado cuando reemprendieron la marcha hacia Rangerville. El caso iba aclarándose poco a poco. Había encontrado pequeñas pistas. Algunas veces las mezclaba entre sí, pero más tarde las armonizaba como si se tratase de las piezas de un rompecabezas. Sin embargo, su corazón estaba oprimido. Pensaba en su desaparecido comisario, Hicks “Miserias”. Estaba casi convencido de que “Miserias” había sido cobardemente asesinado.

Y he aquí que poco a poco, ya en Rangerville, cuando él y sus compañeros se dirigían al Hotel de Farberson, su corazón estuvo a punto de salirse del pecho, porque Hicks “Miserias” estaba tranquilamente sentado en la galería del hotel.

La cabeza del pequeño comisario estaba vendada, pero sus pies descansaban cómodamente en otra silla, mientras fumaba un estupendo cigarrillo.

—¡Por los cuernos de Lucifer! —gritó “Miserias” al verle—. ¡Hace más de una hora que os estoy esperando!

Hubo una conmovedora reunión. Los tres compañeros de la Quebrada del Buitre estaban juntos otra vez. Pete y Teeny disparaban materialmente las preguntas.

—¡Esperad un minuto, muchachos! —suplicó Hicks “Miserias”—. Cada cosa a su tiempo, como decía aquel bandido. Efectivamente, es una felicidad el verme de nuevo entre vosotros, pero ello no aumenta mi crédito. No. ¡Ni una pizca!

Contó a continuación a Pete y Teeny lo sucedido en Red Mesa la noche del asalto al Banco de dicha población.

—Creo que metí la pata al querer capturar un prisionero —admitió—. Porque sucedió que el aprehendido fui yo. Me salió el tiro por la culata.

Continuó relatando lo ocurrido en la siguiente forma: El jefe de los bandidos había dispuesto que el captor de “Miserias” se adelantase llevando al pequeño comisario a la grupa de su montura. De este modo, el jefe de los bandidos colocaba a su rehén como una pantalla para el caso de una posible persecución.

—Luego vino la parte más graciosa —continuó “Miserias”—. Cabalgábamos carretera adelante. Yo había recobrado el sentido. De pronto se oyó un tiro disparado desde un montón de maleza, a la derecha del camino. El bandido que me hiciera prisionero cayó a tierra, creo que herido en un hombro.

—Y entonces te apoderaste de su caballo y te lo echaste a la espalda —bromeó Teeny.

—¡No hice tal cosa, gigante mameluco! —contestó “Miserias” en el mismo tono—. ¿Cómo podía hacerlo? Cuando anteriormente recobré el conocimiento había advertido que estaba atado como un cerdo, con perdón. Pero aquí viene la gran sorpresa.

Tomó aliento y continuó:

—El individuo que había disparado desde la maleza, quienquiera que fuese, vino arrastrándose desde su escondite. Llevaba un cuchillo en la mano y cortó las cuerdas me sujetaban. Y entonces, ¿qué creéis que me dijo?

—Tú nos lo dirás; yo no me atrevo, porque luego te enfadas —contestó Teeny socarrón.

—Me llamó por mi nombre, y añadió: “Márchate en seguida, Hicks. No puedes retroceder, porque los bandidos se interponen entre este lugar y Red Mesa. Galopa ese mismo caballo hacia delante y en el primer bosquecillo de algodoneros que encuentres escóndete, hasta que pasen los dos. Luego desanda lo andado y ve a reunirse con Pete Rice y ayúdale a desentrañar este caso”. Eso fue lo que dijo —terminó “Miserias”.

—¿Qué aspecto tenía el individuo que te ayudó a escapar? —preguntó Pete.

—Eso es lo que no puedo decirte, patrón, porque llevaba la cara tapada con un pañuelo. Miraba como un bandido, pero quienquiera que fuese o fuera lo que fuera, el caso es que demostró ser amigo mío.

“Miserias” siguió diciendo que había permanecido oculto en los algodoneros unas cuatro horas; luego, cautelosamente, galopó a la inversa en dirección, a Rangerville, adonde había llegado hacía una hora aproximadamente.

Sus ojos brillaron de manera especial, y Pete Rice comprendió que su diminuto barbero y comisario les guardaba aún otra sorpresa.

—Y yo hice un descubrimiento, patrón —dijo al sheriff—. ¡Detrás de los algodoneros hallé una sepultura recién cavada! ¿Y quién cree usted que estaba allí?

Sin esperar a que le contestaran, continuó:

—Estaba el cochero de la diligencia desaparecida, Gawky Henderson, y el pasajero viejo de que nos hablara Farberson.

—¿Sólo encontraste dos cuerpos? —preguntó rápidamente Pete.

—Sólo dos. Yo conocía a Gawky Henderson de vista. No conocía al otro pobre infeliz, porque era viejo y respondía exactamente a descripción que hiciera Farberson del amigo que esperaba en la diligencia.

—¿Cómo habían sido asesinados esos dos hombres? —preguntó

Pete—. No debieron morir a tiros, porque de ser así, se hubiesen oído perfectamente desde Last Hope y no se oyeron.

—No, no fueron muertos a tiros —confirmó “Miserias”—. Gawky fue golpeado en la cabeza con algún objeto pesado hasta que consiguieron fracturarle el cráneo. En cuanto al viejo, fue muerto a puñaladas.

Pete mascaba goma nerviosamente y durante unos segundos permaneció pensativo.

—¿No encontraste la menor huella del cuerpo de Tuffy McShane? —preguntó, al fin, a “Miserias”.

—Ni la más mínima, patrón.

—Esto es verdaderamente interesante —declaró Pete—. Tuffy McShane era uno de los mejores luchadores del distrito de Trinchera. Nunca habrían podido matarle de un mazazo en la cabeza o de una puñalada. ¡No, señor! Y no le mataron a tiros porque éstos podían oírse en la colonia de Last Hope.

—Pudieron agarrarlo prisionero —aventuró Teeny Butler.

—¡A Tuffy McShane, no! —afirmó Pete, convencido—. Sabían de sobra el peligro que significa agarrar prisionero a un luchador como Tuffy. ¡No! Le mataron de algún otro modo... ¡y eso serviría de gran orientación en este caso!

—¿De qué modo pudieron matarlo? —preguntó “Miserias”.

Pete bostezó ruidosamente. Estaba medio muerto de sueño.

—Eso vendrá más tarde —dijo reservadamente—. Ahora dejadme descansar un poco, muchacho. La verdad saldrá de un montón de verdades que tengo almacenadas en este momento.

“Pistol” Pete Rice durmió exactamente tres horas y media. En realidad necesitaba haber descansado más del doble, pero tenía ante él un día algo pesado de labor.

Dejó durmiendo a Hopi Joe y a sus comisarios, pensando que podía estar de regreso temprano y hacerles levantar entonces para continuar el rastreo iniciado aquella noche. Pete tenía que hacer un viajecito que las circunstancias le habían obligado a aplazar hasta entonces. Visitar en su rancho a aquel hombre misterioso a quien todos conocían por el “ciego” John Blake.

De todos modos, el sheriff creía que se hallaba muy cerca del desenlace del misterioso caso de Rangerville. Eran varias las preguntas que deseaba hacer a Blake: por qué aparentaba ser ciego,

cuando Pete sabía que podía ver perfectamente; por qué uno de sus criados había procedido como un terrible bandido; por qué Brainsted, el ganadero y falsificador de marcas de la Quebrada del Buitre, había dejado en herencia a Blake su rancho, mercancías y envases.

El cerebro del sheriff encerraba un amasijo de pensamientos mientras Sonny recorría la calle principal entre una nube de polvo, y entraba en la carretera que llevaba al rancho de Blake. El sol estaba muy alto, y en el cielo no se veía una nube.

El atajo dejaba a un lado la carretera principal, y corría a través de una extensión de terreno sembrada de álamos y salpicada de enormes peñas. Era ondulado, con infinidad de desigualdades. El peligro podía surgir en el momento inesperado, y los ojos de Pete examinaban penetrantes el menor obstáculo, mientras su cerebro estaba ocupado con los pensamientos que le sugería el misterio de Rangerville.

Iba preparado para no ser atacado por sorpresa, cuando de pronto vio moverse una sombra detrás de una de aquellas gigantescas peñas situadas a la derecha del sendero que seguía. Pete desvió, el alazán hacia la izquierda y apenas había logrado refugiarse entre los árboles de un diminuto bosquecillo, cuando llegó a sus oídos el estampido de un revólver.

El plomo fue a hundirse en el tronco de uno de los álamos. Una nubecilla de humo ascendió del otro lado de la peña.

El revólver de Pete relampagueó en su mano. El sheriff comprendía que aquella había de ser una batalla desigual. En tanto aquel tirador estuviese detrás de la peña tenía una gran ventaja sobre él. La enorme piedra le ocultaba por completo. Aun en el caso de que Pete se decidiese a atacarle podía girar en torno a la peña y siempre el sheriff ofrecería un blanco magnífico en cualquiera de los dos lados.

El revólver del atacante volvió a gruñir. El enemigo empezaba a afinar la puntería. La segunda bala fue a estrellarse contra un tronco de árbol, pero a pocas pulgadas sobre la cabeza de Pete, y después de atravesarle la copa del sombrero.

El sheriff se apeó del caballo en un segundo. Dio una manotada en las ancas a Sonny y le obligó a esconderse en el interior del espeso bosque de álamos. Sonny era un blanco admirable, y Pete

quería casi tanto la vida de su alazán como la suya.

Se oyó un tercer disparo.

Pete se tumbó sobre el suelo y dos tiros rapidísimos salieron de su revólver. Las balas rozaron el borde de la peña, pero el hombre que allí se ocultaba no sufrió el menor daño. Pete se preparó para cargar sobre su enemigo. Sabía que iba a correr un albur peligroso, pero ya había corrido otros en distintas ocasiones de su vida. Se incorporó hasta ponerse en cuclillas y se dispuso a echar a correr hacia la peña. Y en aquel momento, detrás de una segunda peña situada algo más a la izquierda, se materializó un segundo individuo.

El rostro de Pete se ensombreció. Creyó firmemente que había caído en una emboscada. Podía haber más hombres escondidos detrás de otras tantas piedras. Y sin embargo, no era miedo lo que brillaba en los ojos del sheriff. Si aquello era el fin, sería el fin; pero moriría peleando.

Pero de la figura que había aparecido detrás de la segunda peña hizo fuego, y Pete experimentó una enorme sorpresa al ver que disparaba al aire. ¿Cuál era su intención? ¿Era aquella alguna señal dirigida a otros bandidos para que acudiesen a cerrar el cerco y borrar a Pete Rice de la faz de la tierra?

Pete volvió a su primitiva posición, tendido de bruces en el suelo.

Esperaría los acontecimientos.

Y los acontecimientos no se hicieron esperar. El tirador oculto tras la peña gigante hizo un movimiento y Pete apenas al pudo divisar su sombra a un lado de su escondite. El hombre que se ocultaba detrás de la segunda peña hizo fuego otra vez, pero en esta ocasión no disparó al aire como antes ¡Lo hizo directamente sobre el tirador oculto tras la primera!

El primer tirador, sorprendido, contestó al disparo del segundo individuo oculto en la peña situada a su espalda. Entonces el hombre que disparara antes al aire, levantó de nuevo el brazo. Flameó su revólver y la bala fue a herir al tirador en el hombro haciéndole salirse por uno de los lados de la peña, de modo que podía ser un excelente blanco para Pete.

Pero Pete Rice era incapaz de disparar sobre nadie que estuviese herido y fuera incapaz de defenderse, aunque se tratase de un

bandido.

Y aun ocurrió otro hecho más sorprendente. El hombre que acababa de herir al bandido retrocedió hasta una peña cercana, tras la cual tenía escondido un caballo ancho de grupa, saltó en la silla ¡y se alejó al galope!

Pete llamó a Sonny. El alazán se acercó al galope. Un segundo después el sheriff estaba sobre la silla y perseguía al extraño libertador. Los ojos de Pete miraban sorprendidos. ¿No era familiar la silueta de aquel hombre que se alejaba a caballo ante él? ¿No había algo en aquel torso, en aquellos hombros, que le recordaba a alguien visto no hacía mucho tiempo?

Puso a Sonny a todo galope. Perseguido y perseguidor llegaron a una ascensión rocosa, y sus caballos acortaron la marcha al hallarse sobre aquel terreno resbaladizo. El hombre perseguido llegó a la cresta de aquella prominencia con unos cien metros de ventaja sobre Sonny.

Al haber dado una docena de zancadas Sonny había llegado a situarse a menos de noventa metros. Aquello significaba que había superioridad manifiesta en el caballo y en el jinete.

El jinete fugitivo no quiso reconocerlo, sin embargo, y volviéndose en la silla hizo un movimiento que dejó a Pete estupefacto. Sacó de sus pistoleras uno de sus 45 y alzando el brazo apuntó con él al sheriff.

No obstante, Pete vio en aquel movimiento algo falso, algo de comedia, y por su parte no disparó. En medio de todo, aquel hombre acababa de salvarle la vida.

Pero tampoco disparó el perseguido. Se volvió otra vez hacia delante en su silla y clavó desesperadamente las espuelas en los flancos de su montura. El martirizado animal trató de acelerar el paso, pero inútilmente, Sonny le ganó en un dos por tres otros, veinte metros. La caza tocaba a su fin. El fugitivo trató de refugiarse en un bosque de álamos. Mala determinación. Perdió un tiempo precioso zigzagueando entre los árboles.

Pete Rice, práctico en aquellas argucias, hizo dar un pequeño rodeo a Sonny cerca del bosquecillo y se hallaba a menos de cien pies del fugitivo cuando éste salió del bosque espoleando a su rendido caballo.

Aun continuó la carrera por otro altibajo del terreno, y al

iniciarse el descenso Pete comprendió que había llegado el momento de poner fin a la persecución.

Dejando a Sonny que siguiera la caza según su instinto, descolgó su alzo de la silla, lo preparó concienzudamente y esperó a que Sonny, en un último esfuerzo, acortase la distancia que aun le separaba del fugitivo.

Por fin llegó el momento deseado. Sonny estaba a sesenta pies del fugitivo y el lazo del sheriff tenía una longitud de sesenta y cinco. Pete Rice volteó un instante la cuerda sobre su cabeza y con su maestría habitual lo lanzó hacia delante.

Sonny, al oír la cuerda, se detuvo en el momento en que el lazo caía sobre los hombros del fugitivo. Pete atrajo hacia sí la cuerda, que se puso tensa, prueba de que la presa había sido perfecta.

En efecto, al tirón que imprimiera Pete al lazo, el fugitivo saltó de la silla de su caballo y cayó violentamente al suelo, en donde quedó inerte. Su caballo, al verse libre del jinete, inició en un principio un galope para alejarse, pero a los pocos metros se, detuvo y se volvió hacia atrás, respirando con fatiga.

Pete saltó a su vez a tierra y en pocas zancadas salvó el espacio de terreno que lo separaba del prisionero. El hombre yacía de bruces. Pete le hizo volver cara al cielo y levantó el sombrero Stetson que le ocultaba el rostro.

El sheriff estuvo a punto de lanzar un grito de sorpresa. No se había equivocado al hallar algo de familiar en aquella silueta. El hombre que yacía tendido a sus pies era el pasajero de la diligencia tan misteriosamente desaparecido.

¡Aquel hombre era Walter C. Hoyle!

CAPÍTULO XVIII

LA PARADA FINAL DE LA DILIGENCIA

Tras unos segundos de respirar con dificultad, Hoyle acabó por sentarse en el suelo y se quedó mirando a Pete Rice. Pareció luego querer recobrar aliento y al fin su rostro flaco y moreno dibujó aquella sonrisa característica que Pete recordaba tan bien.

—¡Bueno, hombre! ¡Ya tenemos aquí otra vez al sheriff! ¿Cómo le va?

A pesar de su borrascosa experiencia, había la misma tranquilidad en Hoyle, la misma frescura, las mismas maneras extrañas, casi burlescas, características en aquel hombre singular.

—Sí, es el sheriff otra vez —dijo Pete fríamente, y después de recoger el 45 de Hoyle, continuó:— Y el sheriff va a sostener una corta e interesante conversación con usted, Hoyle.

El entrecejo de Hoyle se frunció.

—Una conversación es siempre agradable —fue su respuesta—, pero me mira usted de una manera especial, sheriff. ¿Por qué? No tiene usted motivo alguno para detenerme.

Miró a su interlocutor y sonrió otra vez.

—Eso según y conforme —contestó Pete—, su desaparición de la diligencia en el camino de Rangerville no deja de ser algo misteriosa. Además, se llevó a otro hombre consigo. ¿Cómo me demuestra usted que no lo ha matado y escondido su cuerpo en alguna parte?

—Usted no lo necesita —contestó Hoyle—. Usted sabe de sobras que no lo he hecho. Yo puedo probar que ese hombre vive, siempre que se me requiera para ello.

Pete mascaba el chicle. Una conversación con aquel hombre era un verdadero torneo oratorio. Se trataba de un hombre fino, educado. Saltaba a la vista en su manera de hablar.

Otra vez miró Pete aquellas manos de piel fina, sin callos, sin dureza alguna, que mostrara un trabajo manual. Aquel individuo, aquel Hoyle no parecía haber tenido que trabajar para vivir. Al menos no se había entregado, como decimos, a una labor ruda.

En aquel torneo verbal lo más probable era que el sheriff saliese perdiendo. No miraba a Pete Rice como le miraban los bandidos. Miraba con fijeza, con serenidad, tal vez con la argucia de un hombre de negocios, pero no como un criminal. Podía no ser un ente depravado; aunque en realidad, acababa de salvar la vida a Pete, y si poco antes alzó su 45 contra él, fue sólo una estratagema. Había que hablar a aquel hombre sin circunloquios, yendo directamente al objeto de la conversación.

—Hoyle —empezó bruscamente Pete—, hay algo irregular en usted. A usted le guiaba algún fin importante al arrebatarse la diligencia a aquel viejo loco, y usted lo sabe. Usted puede decirme a mí cosas que yo deseo saber. Y acuérdesese de que está usted hablando con el sheriff del Distrito de Trinchera. Ahora vamos a ver, Hoyle, ¡hable claro!

Y empezó a abordar directamente el tema que más le interesaba:

—Usted sabe quién es ese viejo. Y él le conoce a usted perfectamente, o al menos le reconocerá en cuánto esté en su sano Juicio. Él charlaba mucho y a todas horas de un Walt Hoyle. El nombre de usted es Walter O. Hoyle. Usted es el Walt Hoyle de que él hablaba.

Pete trató de disparar a ciegas una afirmación, para ver el resultado que obtenía y si tomaba de sorpresa a su interlocutor.

—¡Lo mejor sería que me lo dijera usted todo acerca de ese oro, Hoyle! —soltó a boca de jarro.

Hoyle se le quedó mirando en silencio durante unos segundos. Luego volvió la cabeza y miró hacia otro lado. Sus ojos penetrantes recorrieron pausadamente todo el terreno que tenían delante, yendo al fin a posarse en las cumbres de los montes lejanos. Un momento después se volvieron hacia el sheriff. Parecía estar batallando para tomar una decisión. Al fin habló:

—Está bien, sheriff. Le diré a usted unas cuantas cosas. Pero sería mejor que me aflojase usted esta cuerda, y me dejase sentar más confortablemente. ¿No le parece, sheriff ?

Pete asintió y ayudó a su prisionero a desembarazarse de la

cuerda.

Hoyle se sentó otra vez, sacó de su bolsillo un paquete de cigarrillos, rascó una cerilla en la suela de su bota y encendió un pitillo, exhalando complacido una azulada bocanada de humo. Pete se arrellanó más cómodamente sobre el suelo y desvió un tanto su 45 más hacia el frente.

—No lo necesita usted para nada —dijo Hoyle con una nueva sonrisa.

—Adelante con su historia-le dijo Pete.

Hoyle empezó a hablar. Pete escuchaba atentamente. Nunca olvidaría aquella escena: aquel día claro, de sol brillante; al fondo los montes interminables, y, ni un ruido que turbase la calma, tan sólo la voz fina de Hoyle, voz agradable, de persona culta y educada.

—Soy buscador de oro por profesión, sheriff, no tanto en la práctica de la busca, como en la parte que pudiéramos llamar de negocios, o sea la conversión del oro en moneda. Mi socio, Jim Weaver —sí, el viejo loco que encontró usted—, era como empleado mío. Weaver es uno de los mejores, de los más experimentados buscadores que hay en el Oeste.

Hoyle lanzó una bocanada de humo y continuó pausadamente:

—Hace unos dos meses, aproximadamente, tenía yo a Jim examinando una parte de terreno al Oeste de la ciudad de Sosa Springs. Todos los indicios nos mostraban que habíamos hecho un sorprendente y rico descubrimiento. Hice las gestiones necesarias para asegurarme la propiedad de aquella tierra. Yo soy bastante experto en esta clase de asuntos.

A “Pistol” Pete Rice se le ocurrió en aquel momento una idea.

—¿Ha dicho usted al Oeste de Sosa Springs? —preguntó.

—Eso es. Sabía que había hecho un descubrimiento para hacerme rico hasta el fin de mis días, pero yo no podía adquirir aquel terreno con mi peculio actual, al menos en la extensión que se necesitaba para la explotación. Fue entonces cuando decidí trasladarme al Este para lograr que financiase el asunto un sindicato.

Hizo una pausa y continuó:

—Ahora pasemos a Jim. Bueno, pues Jim ha encontrado en sus tiempos abundancia de oro, pero jamás ha tenido un penique. El

whisky. En realidad es en él una enfermedad. Intenté que Jim viniese conmigo al Este. Casi llegué a secuestrarle para lograr que fuera. Pero el viejo Jim es muy testaduro. Nació y se crió en el Oeste, y se figura que no podría respirar el aire del Este, en Denver. Así es que tuve que dejar aquí a Jim.

—¿Y dónde lo dejó usted? —preguntó Pete, interrumpiéndole.

—Lo dejé en una lejana cabaña, allá arriba en las montañas —contestó Hoyle—. Le dejé tocino, harina, café, buenas conservas, azúcar, todo lo que un hombre puede necesitar. Él hizo buena provisión de whisky en Sosa Springs, para poder estar en aquel rancho por espacio de un mes, sin necesidad de salir de allí. Pensé erróneamente que todo esto haría que Jim no se moviera hasta que yo volviese. Estaba equivocado. No había calculado exactamente su capacidad para el licor.

Los humosos ojos grises de Pete Rice estaban fulgurantes. Comprendía, después de todo, que aquella historia iba a ayudar a poner en claro el misterio que tantas horas de sueño le habían robado últimamente.

—Yo quería mantener a Jim lejos de la ciudad —continuó Hoyle—. Yo no soy un gran bebedor, pero sé cuán comunicativos se ponen algunos hombres con el licor. Bien, sea lo que fuere, salí para hacer un rápido viaje al Este, y regresé pronto triunfador en mi empresa. Pero la primera vez que vi a Jim a mi regreso fue aquel día en la diligencia.

—Cuando pretendió usted no reconocerle —recordó Pete al narrador.

—Desde luego, Jim había caído en un estado de demencia y charlaba por los codos. Pude ver que había sido sorprendido y golpeado allá arriba. Pude oírle babear acerca del oro y me pregunté cuánto habría dicho de nuestro secreto. Si había hablado demasiado, ya podía decirle adiós a mi fortuna. Los sindicatos del Este tienen dinero abundante y lo dan con facilidad, pero no hasta que sus expertos se han cerciorado de la excelencia del negocio. Esos expertos estarán aquí esta semana, tal vez dentro de un día o dos.

—De modo que lo que usted pretende es tener a Weaver escondido hasta que su proposición haya sido plenamente aceptada. ¿No es eso, Hoyle?

—¡Exactamente! Puede haber sido un poco irregular mi manera de proceder. Y fui afortunado. Pero usted y sus comisarios tenían que rastrear a ese tirador y dejarme a mi solo con Weaver... Todo estaba bien, excepto para Shorty Dunne, que guió la diligencia a la ciudad.

—Usted fue afortunado, efectivamente —dijo Pete con frialdad—. Yo seguramente estaba preparado para sonsacarle a usted antes de que sonasen aquellos tiros inoportunos. Si un hombre encuentra obstáculos en su camino para lograr sus deseos —añadió—, ése fui yo en aquella ocasión.

Hoyle volvió a mostrar en su rostro su extraña sonrisa.

—Sí, tuve suerte —volvió a repetir—. Yo jamás hubiese sido capaz de jugarles aquella mala pasada a usted o a sus comisarios; pero creí que podía hacerlo impunemente con ese pobre Shorty Dunne. Y me salí con la mía.

—¿Y Weaver no le reconoció a usted?

—No. Ya vio usted su condición, sheriff. Por eso hice yo a mi vez como que no le conocía hasta que la diligencia se hubo puesto en marcha.

Hoyle sacó otra bocanada de humo de su cigarro y tiró la colilla a una Peña.

—Yo he criticado a Jim. Le he llamado borracho, lo cual no deja de ser verdad, pero le quiero como podría quererle un hijo. Si llego a encontrar a los sinvergüenzas que le golpearon no lo pasarán muy bien. Le tengo ahora en una cabaña en las montañas y le cuido cariñosamente para que se ponga bueno pronto. Le compraré a usted un sombrero nuevo, sheriff, porque ese ya ha recibido lo suyo. Me parece que tiene usted derecho a usar un sombrero nuevo —añadió.

Y al hablar así se refería al agujero que la bala había hecho en la copa del Stetson de Pete. Luego el rostro de Hoyle se ensombreció otra vez.

—Hay una cosa que me tiene muy molesto... —dijo—. Me pregunto si Jim cuando estaba bebido habló de nuestro negocio en proyecto.

Pete estaba pensando en la primera vez que viera al viejo Weaver. Era evidente que Weaver había sido mantenido prisionero hasta entonces, en una forma o en otra. ¿Había logrado alguien

arrancarle una insinuación de lo que iba a suceder cerca de Sosa Springs y con ello, a fuerza de golpes, la historia completa? ¿O le habían golpeado y hecho prisionero porque no se mostraba propicio a contar el total de lo que sabía?

El sheriff tenía sus ideas a este respecto. La historia relatada por Hoyle había arrojado un gran chorro de luz sobre el misterio de Rangerville.

—Bueno, Hoyle, esperaremos a ver en qué termina eso —fue la ambigua contestación del sheriff.

Sus humosos ojos grises estudiaban el enjuto rostro de Hoyle.

—Yo soy un hombre claro, Hoyle. ¿Cómo puedo saber si esa historia que me acaba de contar usted, no es un cuento chino para ocultar alguna otra cosa de más importancia?

—Tiene usted razón al hablar así, sheriff, pero yo puedo demostrarle con hechos que estoy al lado de la ley. ¿Ha visto usted a su comisario Hicks desde que logró escaparse? —dijo haciendo una mueca especial.

—Fue usted... —empezó a decir Pete.

—... el que hirió a su captor y le cortó las ligaduras —terminó Hoyle—. Yo estoy y estaré siempre con usted y con sus comisarios, sheriff. Son los únicos que puede proteger mis intereses cuando estoy trabajando para lograr una fortuna.

La mano recia y bronceada de Pete se adelantó y estrechó amistosamente la mano delicada del buscador de oro.

—He de reconocer que es usted un hombre digno, Hoyle. Probablemente salvó usted a Hicks “Miserias” de la muerte. Yo no puedo olvidar eso nunca.

—¿Entonces estoy en libertad para marcharme? —dijo Hoyle, poniéndose en pie.

Pete asintió con un movimiento de cabeza, y preguntó:

—¿Pero cuándo puedo ver a Jim Weaver?

—Yo iré esta noche a la ciudad a decirle cuándo podrá ver a Jim. Tal vez el viejo esté en disposición de hablar para entonces. Quizá tenga algunas noticias reales.

—Muy bien. Y gracias por ese tiro tan oportuno. Aquel bandido podía haber acabado conmigo.

Hoyle se encogió de hombros.

—Vuelvo a repetirle que estoy al lado de la ley. Yo me dirigía

hacia aquella altura y dio la casualidad de que le vi. Me escondí detrás de la peña a ver lo que pasaba. No quería que me viese usted y me siguiera. Luego aquel granuja trató de asesinarlo y yo no pude consentirlo.

Volvió a cambiar un apretón de manos con Pete y se dirigió hacia su caballo. Pete montó en Sonny. Los dos hombres echaron a andar en direcciones diferentes. Pete guió a su alazán hacia el mismo sitio en que el bandido había intentado matarle. Hoyle galopó en sentido diagonal a través de la faja de montañas.

Cuando Pete llegó a las peñas no pudo hallar rastro alguno del bandido herido. El que pudo haber sido su asesino había desaparecido por completo, pero Pete se, dijo interiormente que si se hubiese entretenido antes en amarrar a aquel granuja no hubiese podido alcanzar a Hoyle, y la historia de éste le había proporcionado unas cuantas ideas luminosas sobre el asunto que le ocupaba.

Espoleó a Sonny otra vez hacia el rancho de Blake.

—¡Cerca de Sosa Springs! —iba diciéndose a sí mismo—. ¡Sí! Podía ser... ¡Podía ser! Y si es... entonces este caso pronto no será un peligro para nadie.

Se oyeron gritos hacia la carretera que seguían las diligencias. Pete se volvió en la silla y pudo ver galopando a varios jinetes, lo menos debía de haber media docena. Pete los examinó con ojos penetrantes.

Uno de aquellos jinetes era Teeny Butler. Su enorme caballo era inconfundible. La insignificancia del caballejo que iba a su lado descubrió a **Caballero**, el diminuto pero velocísimo corcel de Hicks “Miserias”.

Pete volvió grupas hacia la carretera. Los jinetes se acercaron a toda velocidad. Pete fue reconociendo gradualmente a los demás. Eran Hopi Joe, Farberson, Tom Rattigan y el comisario de Rangerville, Shorty Dunne.

Los más viejos se habían quedado un poco rezagados, pero se les veía hacer esfuerzos para reunirse al grupo formado por sus compañeros. Farberson hundió despiadado las espuelas en los flancos de su caballo y aún consiguió llegar junto a Pete con algunas yardas de ventaja sobre los más jóvenes.

—¡**Sheriff**! —gritó—. ¡Por Dios santo! ¡Venga con nosotros! ¡La

diligencia! ¡La diligencia!

Pete se inclinó un poco y agarró la brida del caballo del dueño del hotel, obligándole a detenerse. Entonces pudo ver que el rostro de Farberson estaba casi espasmódico. Sus ojos estaban más inyectados en sangre que nunca. Las venas de sus sienes parecían prontas a reventar en sangre.

—Venga usted acá, Farberson —le dijo Pete—. Es usted demasiado viejo para resistir emociones como estas y, además, no está en su mejor estado de salud. Sosiéguese un poco. ¿Qué pasa con la diligencia? Dígame contra quién tenemos que luchar. Un segundo de demora no significa nada.

Hicks “Miserias” empezó a explicar lo que ocurría, pero Farberson no le dejó continuar.

—¡Vamos, vamos! ¡Por amor de Dios, Rice!

Su voz era un gemido lastimero. Su rostro era el rostro de un hombre que espera su propia ejecución.

CAPÍTULO XIX

EL AGUA ENVENENADA

Farberson parecía en aquellos, momentos un hombre próximo a sucumbir a un ataque apopléjico. En cuanto pudo juzgar Pete con sus escrutadores ojos, era aquel el peligro que le amenazaba.

Pete puso una de sus grandes y morenas manos sobre el brazo del hotelero para contenerle y al mismo tiempo para tranquilizarle.

—¡Puede ocurrirle algo! ¡Pueden asesinarle!

—¡Ahora espere un minuto! —gritó Pete—. Dígame con toda brevedad. Usted cree que una diligencia va a ser atacada. ¿Tiene usted idea de en qué sección del trayecto? ¿Y de qué diligencia se trata? ¿De su nueva línea o de la de Rattigan? Enviaremos a los muchachos por delante. Yo puedo alcanzarlos fácilmente con Sonny. Y todo puede hacerse sin necesidad de que usted vaya con ellos. Tranquilícese ahora. Está usted en mal estado, Farberson.

—¡Podía ser... podía ser, cerca de uno de los depósitos de agua! —balbuceó Farberson al fin—. Fue allí donde desaparecieron las dos últimas diligencias, ¿no es eso? Tal vez en el Depósito de Agua de las Diez Millas, o tal vez en el Depósito de Medio Camino, entre el anterior y Wilcey Center.

Temblaba su mano cuando se enjugó el sudor que empapaba su rostro.

—Yo sé que la diligencia está por el camino. He recibido un telegrama de Wilcey Center. ¡Y en esa diligencia va mi mujer!

—¿Qué diligencia? ¿De su línea o de la de Rattigan?

—De la de Rattigan. Si no nos damos prisa, sheriff...

Pete levantó una mano.

—¡Espere!

Se volvió hacia los otros jinetes.

—Muchachos, vosotros largaos hacia delante. Yo hablaré un

minuto con Farberson y enseguida me reuniré con vosotros. Seguid carretera adelante hasta encontrar la diligencia ¡Vamos, en marcha!

Los jinetes, guiados por Teeny Butler, partieron al galope. Pete hizo desmontar a Farberson de su caballo y le hizo sentarse cómodamente a un lado de la carretera.

—¿Cómo sabe usted que su esposa va en esa diligencia, Farberson? —preguntó.

—He tenido un telegrama desde el tren, antes de llegar a Wilcey Center. Ya le dije que mi esposa había ido al Este a visitar a unos parientes. Creo que ella deseaba sorprenderme. Yo no he sabido que había emprendido el regreso hasta que recibí este telegrama.

Sus labios temblaban. Pete sintió una intensa piedad por aquel hombre atribulado. Recordó en aquellos momentos el intenso amor que el pobre viejo sentía por su mujer, bastante más joven que él.

—Contesté telegráficamente al hotel diciendo qué la señora Farberson no se moviese de él hasta que yo fuera a recogerla personalmente. La contestación que me dieron por telégrafo... ¡fue que había salido en la diligencia de Rattigan!

—Pero probablemente la diligencia llegará aquí sin ningún contratiempo —dijo Pete, tratando de tranquilizarle—. De todos modos...

No continuó la frase empezada, porque pudo convencerse que cada minuto de aplazamiento sólo servía para aumentar aún más el estado de tensión nerviosa de Farberson.

—Está bien, Farberson —dijo—. Marcharé inmediatamente. Usted no necesita moverse de aquí, a menos de que insista en venir, pero si lo hace, tranquilícese y haga el trayecto poco a poco. No está usted para galopar...

Pete montó rápidamente a caballo, y añadió:

—Y ahora no esté intranquilo. Probablemente todo irá bien.

Poco después Pete ponía a Sonny en movimiento para dar alcance a sus comisarios. Miró hacia atrás y pudo ver que, a pesar de sus consejos, Farberson estaba montando a caballo, dispuesto a seguirle, pero pocos minutos después la silueta de Farberson había desaparecido tras la nube de polvo que levantaba el alazán.

Mientras Pete Rice galopaba por una rápida pendiente, sus mandíbulas trabajaban con actividad. Mascaba goma y pensaba. El ataque a la diligencia, según dijera Farberson, podía llevarse a

efecto cerca de uno de los depósitos de agua. El rostro del sheriff se endurecía por momentos. Esa era su propia teoría.

Pero después que Hopi Joe había sacado del agua aquellos peces muertos en Rock Creek la noche anterior, el pensamiento de Pete no había dejado de trabajar. Aquellos peces no habían muerto a consecuencia de una explosión de dinamita, como supusiera Hopi Joe. Habían muerto víctimas de un veneno disuelto en el agua, veneno que, probablemente, estaba diluido en la del Depósito de las Diez Millas.

El descubrimiento hecho por “Miserias” de los dos cadáveres enterrados en el bosquecillo de álamos no había hecho más que robustecer esta teoría. Gawky Henderson, el cochero de la diligencia desaparecida, tenía el cráneo fracturado. El viejo pasajero fue muerto a puñaladas.

Pero aquellos dos procedimientos no pudieron ser empleados con Tuffy McShane, uno de los mejores luchadores del Distrito de Trinchera. Y, sin embargo, los bandidos no habían matado a tiros a McShane. Los tiros podían haber sido oídos en la cercana población de Last Hope.

¡McShane fue envenenado! Probablemente había bebido agua envenenada de la del depósito. Debía de haber ocurrido así. Y es por eso por lo que los bandidos habían ocultado el cuerpo de McShane en algún lugar seguro, donde no fuera hallado jamás. ¡El examen de su cuerpo hubiese denunciado seguramente la existencia del veneno!

Todo el cuerpo de Pete estaba tenso, vibrante, como si lo recorriese una corriente eléctrica. Parecían emanar de él torrentes de energía mientras espoleaba a Sonny. ¡Se daba cuenta de que el final del misterio estaba a la vista!

El sudor empapaba copiosamente su enjuto y moreno rostro. Sonny estaba cubierto de espuma. El sol era un verdadero brasero, y sus rayos de fuego caían a plomo sobre la tierra. La monumental piedra que coronaba el Depósito de Agua de las Diez Millas resplandecía bajo la caricia solar. No podía observarse en aquel paraje traza de irregularidad alguna.

La carretera formaba al llegar allí una curva pronunciada. Los comisarios de Pete y los otros jinetes no se divisaban por parte alguna. Evidentemente habían seguido galopando hacia el Depósito

de Medio Camino, en dirección a Wilcey Center.

Pete pasó el pequeño conglomerado de cabañas que formaban la ciudad fantástica de Last Hope. Los cascos de su caballo resonaban con estrépito más allá del Depósito de Agua de las Diez Millas y a poco desembocaba la curva que conducía a Wilcey Center. La rapidez de su descenso no disminuía.

La carretera seguía serpenteando en amplias espirales. Los comisarios aún no estaban a la vista, pero Pete sabía que podía darles alcance. Ningún caballo en todo el Distrito de Trinchera podía competir en velocidad con Sonny. El sheriff lanzó al alazán en una de las rápidas pendientes y lo acució para que aumentara su galope.

A uno de los lados de la carretera estaba en pie un hombre. Se hallaba inclinado sobre el cuerpo caído de un caballo.

—¿Qué camino seguía usted, amigo? —le preguntó Pete.

—Venía de Wilcey Center —fue la contestación.

—¿Pasó usted a la diligencia de Rattigan?

—No. Yo salí antes de que lo hiciera la diligencia y he galopado muy deprisa hasta que sucedió esto.

—¿Y que es lo que ha sucedido?

El hombre aquel se rascó la cabeza.

—El diablo me lleve si lo sé —dijo, frunciendo el ceño—. Mi caballo, de pronto, al llegar aquí, dobló las patas delanteras y se derrumbó inerte.

Cruzó por el cerebro de Pete un pensamiento. Su voz silbaba como el zurriago de un látigo.

—¿Dónde bebió agua su caballo? —preguntó.

—Le di un buen trago en el Depósito de Medio Camino. ¿Por qué?

Pete, en vez de contestar, formuló otra pregunta:

—¿Bebió usted también agua?

—No —contestó el desconocido, golpeando una botella, que llevaba en uno de los bolsillos—. Yo no bebo agua... cuando tengo de esto. El agua es buena para lavarse.

Pete puso nuevamente a Sonny a todo galope. Sus teorías se confirmaban una vez más. El Depósito de Medio Camino había sido envenenado también. ¡Luego allí es dónde los bandidos pensaban atacar ahora la diligencia! Y el Depósito de Medio Camino estaba

aún a más de cuatro millas delante de él.

—¡Vamos, Sonny! —rugió Pete a su caballo.

Y clavó un tanto las espuelas en los ijares del hermoso alazán.

Sonny dobló una curva sin disminuir su velocidad. Allá a lo lejos, donde empezaba la próxima curva, Pete pudo ver una gran nube de polvo. Indudablemente debían de ser Teeny, “Miserias” y los demás jinetes que enviara por delante. Pronto los habría alcanzado.

Rattigan marchaba un poco rezagado, pero los demás se veían hacia adelante como halcones atentos a su presa. Continuaba la marcha irresistible. Las millas de terreno iban quedando a su espalda. A menos de una milla de distancia del Depósito de Medio Camino. Pete había alcanzado y guiaba al grupo de jinetes hacia el césped a uno de los lados de la carretera. El golpear de los cascos de los caballos se amortiguaba allí considerablemente.

Porque Pete Rice suponía ya con lo que iba a encontrarse al llegar a aquella última curva. Si la diligencia había sido atacada cerca del Depósito los bandidos habrían estacionados guardias de vista a ambos lados de la carretera.

Los bandidos rodeaban la curva. Pete guió a sus amigos hacia el centro de la carretera otra vez, pues calculó que si los bandidos estaban allí debían haber oído perfectamente el chocar de los cascos de los caballos.

A unos buenos veinte metros por delante del hombre que más cerca le seguía, Pete azuzó a Sonny al tomar la curva.

¡Bang!

Un hombre enmascarado, situado con su montura bajo un álamo, había disparado su 45. La bala pasó muy cerca, pero el 45 de Pete estaba ya en funciones y antes de que el hombre enmascarado pudiese disparar por segunda vez, caía de la silla de montar e iba a dar de bruces en la carretera.

Se vio el fogonazo de otro revólver detrás del álamo. El caballo de Shorty Dunne, alcanzado por la bala, dobló las patas y cayó pesadamente, quedando tendido en el suelo, girando sus ojos agonizantes en todas direcciones.

Pete abrevió aquella terrible agonía atravesándole de un balazo la cabeza.

Shorty corrió a ocultarse, pero el revólver de detrás del álamo

volvió a tronar en aquel momento y Shorty, alcanzado a su vez, cayó hacia delante. Trató de incorporarse sobre sus rodillas, apuntando con su revólver, que se bamboleaba en su mano. Tras un esfuerzo supremo cayó hacia atrás, en plena carretera.

Pete corrió hacia él. Teeny y “Miserias” seguían galopando hacia el hombre que se ocultaba detrás del álamo y disparaban sus revólveres sin interrupción.

El bandido lanzó un alarido de muerte y ya no volvió a oírse su revólver.

Pete alzó entre sus brazos el cuerpo inerte del comisario Shorty Dunne.

Abriéronse los ojos del herido y su boca aún pudo pronunciar estas palabras:

—¡Agárrelos, Pete, amigo mío!... Yo ya tengo lo mío, aunque me apostarí...

La última palabra se perdió en un supremo estertor. Pete no tenía entre sus brazos más que un cadáver. El sheriff miró compungido aquel rostro cadavérico. Shorty no había sido una gran mentalidad; tal vez sus juicios fueron equivocados y su lengua indiscreta en más de una ocasión, pero no podía negarse que Shorty Dunne había sido un hombre en toda la acepción de la palabra, había vivido de ese modo y había muerto de la misma manera: como un hombre.

Pete llevó el cuerpo de Dunne hasta dejarlo sobre la hierba, a un lado de la carretera. Luego volvió a ocupar su puesto en la pelea.

El espectáculo que se ofreció a sus ojos en las proximidades del Depósito de Agua era el que había esperado contemplar. La diligencia estaba parada. Uno de los caballos aún estaba enganchado a ella. Detrás de la diligencia podía verse perfectamente un buckboard, del que era evidente que se habían sacado las ruedas de repuesto y habían empezado a cambiar las traseras de la diligencia. Pero esta vez los falsificadores habían sido sorprendidos en su tarea.

Un gran grupo de hombres enmascarados espoleaba a sus caballos en dirección a la diligencia. Habían visto que la superioridad numérica estaba a su favor; comprobaron que uno de los comisarios ya había caído, y creían que les sería fácil dar cuenta del resto de la partida.

Todos iban montados y armados con sus cuarenta y cinco. Uno de ellos llevaba en la delantera de su silla un rifle, que se apresuró a empuñar.

Y cuando Pete oyó el primer disparo de aquella arma terrible se dijo que era indispensable poner a aquel hombre fuera de combate. Un rifle, añadido a la superioridad numérica, era su derrota segura. Pete le apuntó cuidadosamente y disparó. El hombre del rifle se derrengó hacia un lado de la silla y a poco estaba sobre el polvo de la carretera.

Pete Rice había hecho un blanco perfecto. Pero no era aquella ocasión de entretenerse.

Los bandidos aún tenían una gran ventaja sobre ellos. Dos cayeron de sus monturas cuando flamearon los 45 de Teeny Butler e Hicks “Miserias” y un tercero siguió el mismo camino gracias a un acertado disparo del viejo Rattigan.

Hopi Joe dio cuenta del cuarto. El indio se había apeado de su **poney**, parapetándose ventajosamente tras los álamos del borde de la carretera.

Pete Rice creyó adivinar el modo de acabar la batalla rápidamente. Espoleó a Sonny, dejándose caer a un lado de la silla para agarrar, al pasar, el rifle que había quedado en el suelo junto al cadáver de su dueño.

Los bandidos restantes vieron esta maniobra y comprendieron su significado, por lo cual trataron de evitarla por todos los medios, y sus revólveres empezaron a vomitar plomo. El viejo Rattigan vaciló en la silla, pero no llegó a caer.

—¡No os preocupéis por mí, muchachos! —gritó—. ¡Sólo es en el hombro! ¡Cargad sobre esos granujas!

Y, en efecto, los dos comisarios de la Quebrada del Buitre y el indio Hopi Joe corrían ya tras de ellos. Teeny Butler e Hicks “Miserias” se habían salido de la carretera y galopaban detrás de los bandidos fugitivos, pero Pete Rice, en vez de seguirlos, corrió hacia la diligencia.

Pete estaba pensando si la mujer, la esposa de Wawe Farberson, estaría aún en la diligencia. Vio dos bultos sin vida, uno en un asiento y otro en la carretera, junto a la rueda delantera de la derecha. El guardián especial y el cocher, evidentemente, y, al parecer, muertos ambos.

Pero miró a través de la portezuela de la diligencia. No había nadie dentro y, sin embargo, se notaba un perfume delicado, y en uno de los rincones del asiento descubrieron sus penetrantes ojos un bolso de mano.

Era indudable que la señora Farberson, o en todo caso otra mujer, había salido de Wilcey Center en la diligencia. Pero ¿dónde se hallaba? Pete podía esperar únicamente que los bandidos hubiesen sido lo bastante galantes para alejarla del coche al prepararse para hacer desaparecer éste.

Tiró de las riendas a Sonny y le hizo volver hacia el pescante de la diligencia, con objeto de examinar el cuerpo caído sobre el asiento. El hombre aquel había sido golpeado brutalmente en la cabeza hasta fracturarle el cráneo. Estaba muerto. Aquel cadáver era evidentemente el de Bran Larsen, pero el cochero, que yacía de bruces en medio de la carretera, era Swen Lindstrom.

Lindstrom no había muerto. En sus ojos azules sin brillo se transparentaba el dolor que debía atenazarle en aquellos momentos, y su corpachón robusto se retorció convulsivamente.

Pete desmontó y se arrodilló junto a él.

—¿Puede usted hablar, Lindstrom? —le preguntó.

Lindstrom hizo un gesto afirmativo, pero no habló. Pete Rice estaba convencido de que el cochero de la diligencia, aquel muchachote de cabellera rubia, había sido envenenado con agua del Depósito de Medio Camino.

—¿Ha bebido agua en el depósito? —le preguntó.

—Unos pocos sorbos —contestó, retorciéndose otra vez de dolor.

Pete alzó la cabeza al ruido de la llegada de tres o cuatro jinetes que acababan de doblar la curva y que parecían venir de Wilcey Center. Habían oído los tiros y se acercaron rápidamente. Tenían el aspecto de rancheros.

—¿Algún herido? —gritó uno de ellos.

Pero en el momento de preguntarlo, y ya más cerca del lugar de la refriega, pudo ver las formas tendidas sobre el suelo.

Pete desabrochó la camisa de Lindstrom. Había experimentado una gran simpatía por aquel muchacho desde la primera vez que hablara con él en Rangerville. En aquellos momentos, le urgía salir en persecución de los bandidos fugitivos, pero la vida de Lindstrom podía ser salvada, pues se le notaba que iba recobrándose poco a

poco, como si en realidad tuviese la fortaleza de un animal. ¿Había bebido sólo una poca cantidad de agua en el depósito y era capaz de resistir con éxito a los efectos del veneno?

—¿Alguno de ustedes lleva un poco de whisky? —preguntó Pete a los recién llegados.

—¡Cómo que es media vida! —fue la contestación de uno de ellos, que se apresuró a sacar una botella de uno de sus bolsillos.

—Este hombre ha sido envenenado —explicó Pete, señalando a Lindstrom—. Échenle un poco de licor en la garganta. Háganle beber hasta que el licor le produzca náuseas y echa todo lo que tenga dentro. Yo debo marchar en persecución de los bandidos. Uno de ustedes que se llegue enseguida a Wilcey Center en busca de un médico.

Los ojos de Pete escudriñaban la carretera en las proximidades de la diligencia. Trataba de hallar la huella de un zapato de mujer sobre la tierra.

En aquel momento se oyó un batir de cascos de caballo hacia la parte posterior del vehículo. Pete volvióse a ver quién llegaba y vio que era Farberson, más apoplético que nunca.

—¿Está aquí ella? —gritó—. ¿Está herida? ¿Ha visto alguien a mi mujer? ¿Llegó usted a tiempo de salvarla, sheriff? ¿La encontró?

Estas palabras salían de su garganta como balas de una pistola. Pete no contestó. Acababa de ver unas huellas frescas de un caballo ensillado que se apartaba de la diligencia en dirección a Wilcey Center.

—¿Alguno de ustedes vio a una mujer a caballo cuando venían hacia aquí? —preguntó a los rancheros.

—Claro que sí —contestó uno de ellos—. El “ciego” John Blake la llevaba a Wilcey Center. Según dijo Blake, se había lastimado un poco en el vuelco de la diligencia, la llevaba cruzada sobre la silla de su caballo. Se le notaba que estaba muy apurado. Y la mujer parecía inconsciente.

Farberson dejó escapar un sollozo y estuvo a punto de caerse del caballo.

“Pistol” Pete Rice, por su parte, saltó de un brinco sobre Sonny y partió como una centella en dirección a Wilcey Center.

CAPÍTULO XX

¡DESENMASCARADO!

De sobras sabía el sheriff que Blake no tenía intención de llevar a aquella mujer a Wilcey Center. Blake había sido uno de los hombres enmascarados que atacaron la diligencia; tal vez el jefe.

Había aprovechado el barullo de la pelea con los comisarios para apoderarse de la pasajera y alejarse del lugar de la lucha, pensando seguramente valerse de ella como un parapeto para el caso en que hubiera que comprar la libertad y la vida.

Blake era listo. Pete admitía que lo era mucho. El supuesto ciego había visto acercarse a los rancheros atraídos por los tiros. Entonces se arrancó rápidamente la máscara y les contó una historia convincente sobre la marcha a Wilcey Center en busca de un médico. Como se le conocía en toda la región y se le tenía por una persona decente, la historia fue fácilmente creída.

A Pete era muy fácil seguir las huellas de su caballo. Como había supuesto, a unos centenares de metros de la diligencia, el caballo había dejado la carretera, apartándose de ella por un sendero transversal.

Blake le llevaba una delantera bastante regular y galopaba a la desesperada. Indudablemente había escogido el caballo más fuerte, ya que tenía que llevar carga doble. El terreno era una serie de montañas ondulantes, y aunque Pete guió a Sonny hasta la cima apresuradamente, no pudo a la primera ojeada hallar rastro del fugitivo.

Una cosa estaba plenamente demostrada. Blake procuraba en aquellos momentos llegar a toda costa al terreno pedregoso que el sheriff y Hopi Joe habían explorado la noche anterior. Era allí adonde los otros bandidos se habían dirigido en su huída. Era aquel su último refugio y era allí donde Pete esperaba verlos a todos con

las manos en alto.

El terreno ascendía un poco más acentuadamente y empezaba a ser más rocoso. Las huellas no eran ahora tan fáciles de seguir, pero los ojos de Pete eran penetrantes como barrenas y a la luz esplendorosa del día podía discernir con toda claridad las huellas de las herraduras del caballo de Blake.

En la cima del tercer montículo próximo pudo distinguir a un jinete que creyó que era Blake. El jinete, en una postura extraña, debida a la sobrecarga que conducía en la silla, seguía a campo traviesa hacia el Norte.

Desde su elevada posición pudo ver también Pete dos grupos de hombres hacia el Oeste, de donde se veía a Blake. Creyó también que los tres jinetes que divisaba tras los anteriores eran sus comisarios y Hopi Joe, y los que iban adelante de ellos los bandidos fugitivos. Los perseguidores iban ganando terreno sensiblemente, y un segundo después Pete pudo ver nubecillas de humo y oír los estampidos de los 45.

El sheriff sabía que Blake se dirigía ahora al escondite de los bandidos, pero esto no le desanimó. Pete había planeado ya algo la noche anterior.

Aquel ¡ping! que siguió a su tiro en el farallón le había dicho algo. Le dijo, por qué los bandidos habían sido capaces de desaparecer de una manera tan misteriosa en aquella región rocosa. Tenían allí alguna especie de cueva. La entrada necesitaba ser una puerta metálica, pintada semejando una roca. La bala había chocado contra aquella puerta. Pete sabía ya dónde podía hallar aquel agujero.

Vio que Blake conseguiría ocultarse antes de que sus comisarios le diesen alcance, pero éstos continuaban su persecución. Pete los perdió de vista cuando hizo a Sonny dirigirse hacia abajo, a través de un cañón y hacia arriba por una senda bordeada de gigantescas peñas.

Antes de que pudiese dirigir una ojeada hacia donde se hallaban sus comisarios y los bandidos, llegaron a sus oídos los estampidos de varios disparos. Creyó que la mayoría de los bandidos habían conseguido llegar a su escondite y que estaban librando una batalla con sus perseguidores.

Efectivamente, pudo comprobar que era eso lo que ocurría

cuando llevó por último a Sonny, junto al riachuelo que atravesara la noche anterior con Hopi y Teeny. Los comisarios y el indio rastreador habían ahuyentado a sus caballos río abajo y habían escogido como escondite para ellos las peñas.

Pete desmontó, dio una palmada a Sonny en las ancas para que se apartase de la zona de peligro y se arrastró hacia las peñas.

Llegó una bala desde el lugar en donde debía estar la cueva y “Miserias” y Teeny contestaron al disparo. Se oyeron dos agudos “pings”. Era indudable que el bandido que acababa de disparar desde la cueva había entreabierto la puerta metálica, lo indispensable para que pudiese pasar por la abertura su revólver.

Pete se escondió también detrás de una peña cercana a la en que se hallaba Hicks “Miserias”.

—¡Por todos los diablos! —exclamó “Miserias”—. Estoy pensando cómo conseguiremos hacer que salgan de ese agujero, patrón.

Partió de la cueva otro disparo y Pete disparó a su vez. Su tiro fue seguido de un alarido de dolor. La bala del sheriff había acertado a entrar por la pequeña abertura de la puerta metálica.

—Esta es su última etapa —dijo Pete a “Miserias”—. Saben que están rodeados, arrinconados. Acabaremos por atraparlos, cuando empiecen a sentir las dentelladas del hambre. ¿Cuántos se habrán quedado fuera?

—Una media docena, aproximadamente —contestó “Miserias”—. Yo me cargué uno en el camino, un poco más arriba. Teeny hirió a otro en el hombro, pero consiguió mantenerse en pie y ponerse a cubierto.

Pete miró hacia lo alto del farallón. Era un muro desnudo y gris. Cerca de él había alguna vegetación diseminada. Un estrecho sendero llevaba hasta el pie de las rocas, pero era demasiado angosto para que pudiese pasar un hombre por él.

Se oyó un ruido de cascos de caballos y Pete volvió la cabeza.

Wade Farberson, con el rostro cadavérico, avanzó hacia las peñas y desmontó al llegar a ellas. Se oyó una detonación en el farallón y el caballo del dueño del hotel cayó para no levantarse más, agitándose espasmódicamente.

Pete Rice atravesó de un balazo el cerebro del pobre animal, pero Farberson ni pareció darse cuenta de lo que había pasado.

—¡Mi esposa! —dijo—. ¿La han traído aquí esos bandidos?

—No tenga cuidado, que no le han hecho daño, pero usted mismo tiene la culpa de todo esto, Farberson. ¿Creía usted que podía burlarse de la ley?

Una de las manazas del sheriff se introdujo en los bolsillos y a poco salió empuñando un par de esposas. Pete se acercó a su interlocutor. Se oyó un chasquido y Farberson quedó perfectamente esposado. Luego Pete quitó al hostelero el revólver de la pistolera.

Teeny y “Miserias” miraban sin comprender y hasta el rostro del indio, impasible de ordinario, mostró el estupor que la escena le producía.

Pete Rice contestó a la pregunta que leía en los ojos de los tres.

—Sí. Farberson era uno de los organizadores del terror que ha reinado por estos parajes —explicó—. Y ahora, precisamente, está pagando el precio de su maldad. Se burlaba de la ley para reunir una fortuna. Ahora la única persona a quien ama está en peligro.

Farberson no intentó negar siquiera. Continuó insensible a cuanto ocurría a su alrededor, con los ojos sanguíneos clavados en la puerta de acero del escondite de los bandidos.

La lucha entre los bandidos y los comisarios había degenerado en una especie de suspensión de hostilidades. De cuando en cuando, desde la cueva se hacía algún disparo contra las peñas en que se refugiaban los comisarios, pero éstos no contestaban. Tenían a los bandidos seguros y se limitaban a esperar que tuviesen que salir de allí a la fuerza.

Pete Rice volvióse hacia Hopi Joe.

—Joe —le dijo—, ¿sabe dónde tienen el poblado los mineros de la parte más baja de Rock Creek?

Joe hizo un gesto afirmativo.

—Creo que es lo único que debemos hacer —le dijo Pete—. Ir a buscar algunos cartuchos de dinamita. Agarre su poney, teniendo cuidado de resguardarse en esas peñas, y...

Una exclamación de Hicks “Miserias” hizo que Pete fijara su atención en lo que ocurría en el farallón.

—¡Mira, patrón! —exclamó “Miserias”.

Pero Pete ya había visto. Una forma se deslizaba trabajosamente por el estrecho sendero cercano al farallón y del que hemos hablado antes.

—¡Por Dios santo! —dijo “Miserias”—. ¡Si es el vejete loco!

Y lo era, en realidad. Era Jim Weaver, que llevaba algo en la mano y lo mantenía en alto.

Al principio no pudo comprender Pete cuál era la intención de Weaver. Si el vejete continuaba por aquel sendero no tendría más remedio que llegar frente a la puerta de acero que daba entrada a la cueva. Sería un fácil blanco para los bandidos que estaban en el interior de la cueva, con sólo que abriesen la puerta un par de pulgadas.

Pete se incorporó un poco y gritó:

—¡Weaver! ¡Cuidado! ¡Vuélvase atrás!

Un revólver gruñó desde la cueva. El amplio sombrero de Pete voló de su cabeza. El sheriff se ocultó un poco mejor detrás de la peña, pero ahora adivinó cuál era la intención de Weaver.

Estaba sobre un saliente casi directamente encima de la puerta de acero. Su brazo se alzó aún más y algo partió de él. El objeto arrojado fue a chocar enfrente de la puerta de acero.

¡Boom!

El estruendo fue ensordecedor y una gran parte de la roca voló por los aires en pedazos.

La mano del viejo Weaver se hundió en uno de sus bolsillos y a poco arrojaba otro proyectil.

¡Boom!

Otro trozo de roca siguió el mismo camino que el anterior.

Pete comprendió que la batalla tocaba a su fin. Weaver, el viejo buscador de oro, debió oír los tiros desde su cabaña. Cogió algunos cartuchos de dinamita y corrió hacia el lugar de la contienda.

Debía haber recobrado el juicio, pues se hizo cargo de la situación a la primera ojeada.

Se oyó una nueva explosión. Pete vio cómo la puerta de acero abandonaba violentamente sus goznes. La fuerza terrorífica de la explosión la levantó en alto como una pesadilla, enviándola por los aires al pie del farallón con un tintineo metálico al chocar contra las salientes de las rocas. Quedaba abierta la entrada de la cueva.

Dos bandidos aparecieron junto a ella y trataron de hacer una resistencia desesperada, disparando sin cesar sus revólveres contra el escondite que detrás de las peñas habían buscado Pete y sus comisarios.

Teeney contestó a sus disparos. Uno de los bandidos se desplomó en tierra y su compañero lo empujó hacia el interior.

—¡Alto el fuego, muchachos! —ordenó Pete—. Esperad un minuto. Luego asaltaremos la cueva si es preciso. Tirando desde aquí nos exponemos a herir a la mujer, y no debemos de correr ese riesgo.

Se oyó un gemido que procedía de Farberson.

—¡Sálvela, sheriff! —suplicó el dueño del hotel—. ¡Sálvela, y yo se lo diré todo! ¡Yo haré una confesión plena! ¡Ella es la única persona en todo el mundo a quien quiero!

Pete apenas si le hizo caso, salvo el recomendar a Hopi Joe que no lo perdiese de vista. Hope Joe había sido contratado como rastreador, no como luchador.

Pete siguió a sus comisarios a través de unos cincuenta pies de terreno sumamente peligroso, hasta el escondite de una gran peña próxima. Las balas silbaban en torno de él y aun llegaban a descascarillar la peña, pero lograron ponerse a cubierto y enviaron contra la cueva un verdadero diluvio de plomo.

—¡Alto el fuego! ¡No disparéis! —gritó Pete Rice.

Porque en la puerta de la cueva acababa de aparecer un hombre. Era Blake. Pero Blake había ideado una treta para salvarse y llevaba en brazos a la mujer.

—¡Salga de ahí, Blake! —gritó Pete—. No tiene ninguna probabilidad de salvarse.

Blake seguía sosteniendo a la mujer como un escudo ante él.

—¡Tirad al suelo los revólveres! —ordenó Pete a los bandidos—. ¡Atraparemos a usted y a sus hombres, muertos o vivos!

—¡Puede usted atraparlos a ellos! —fue la contestación—. ¡Pero a mí no me atraparé! Va usted a dejarme llegar hasta mi caballo. ¡Si trata de agarrarme vivo, mataré a esta mujer! ¡Piénselo bien! —añadió muy tranquilo.

Farberson se había puesto en pie de un salto.

—¡Si toca usted un solo cabello de su cabeza, Blake —aulló como un loco—, le mataré como a un perro, aunque sea la última cosa que tenga que hacer sobre la tierra! ¡Carguen sobre él, sheriff! ¡Agárrenlo, por Dios vivo!

Blake aun conservaba su calma y su voz volvió a oírse potente.

—¡Farberson, podrido traidor!

Su voz tenía tonalidades siniestras al dirigirse al hotelero.

—¡Preparó usted las cosas y cuando tuvo el provecho fue en busca del sheriff y le puso sobre nuestra pista! Creyó usted que podría disfrutar de todo, si nos quitaba de en medio a los demás, ¿no es eso?

—¡No es verdad! —contestó airado Farberson—. Fue sólo cuando supe que mi mujer iba en la diligencia que... ¡Oh, John, John, usted y yo hemos sido siempre muy buenos amigos...!

—¡Amigos! —contestó con sarcasmo Blake—. ¡Malditos amigos los que son como usted! ¡Pero va a pagar cara su traición! ¡No hay nada bastante duro para un traidor como usted! ¡Yo le enseñaré lo que son para mí los negocios, Farberson! ¡Yo se lo enseñaré!

Y su mano bajó rápidamente hasta la cintura para sacar de la funda uno de sus 45, pero antes de que pudiese usar el arma, el revólver de Pete habló.

Blake se dobló hacia adelante próximo a caer, pero su revólver apuntaba ya a la cabeza de la mujer. Se oyó un tiro y los dos cuerpos rodaron juntos por el suelo.

Un segundo después, Pete y sus comisarios corrían hacia la boca de entrada de la cueva, en la que aparecieron cuatro bandidos que después de tirar al suelo sus armas alzaron las manos sobre sus cabezas.

—¡Nos rendimos! —gritaron.

—¡Cuidaos de estos granujas! —gritó Pete a sus hombres mientras se arrodillaba junto al cuerpo de la mujer.

Aun no había muerto, pero Pete, que tan acostumbrado estaba a ver de cerca la muerte, comprendió que ésta era cosa de poco tiempo, de minutos, quizá de segundos.

Blake había muerto en el acto, con una burlona sonrisa en sus labios. La bala de Pete Rice le había alcanzado de lleno en un órgano vital, pero aun después de esto, había sido capaz de oprimir el gatillo y disparar contra la mujer del que fuera su amigo y que él creía que le había traicionado.

Farberson había logrado escapar a la vigilancia de Hopi Joe y corrió hasta llegar junto al cuerpo inerte de su mujer. De rodillas, arrastrándose, fue a caer junto a la infeliz, que como supusiera Pete había muerto ya. Sus labios se pasaron en las mejillas de la muerta. Toda la agonía, toda la angustia que le atenazaba podían leerse en

sus ojos inyectados en sangre.

—¡Quíteme las esposas un minuto, sheriff! —suplicó—. ¡Déjeme abrazarla! Yo lo diré todo. La vida ya no encierra nada de interés para mí ahora. ¡Todo ha terminado en ella!

Y rompió en sollozos histéricos.

Teeny y “Miserias” habían sacado los cuatro prisioneros fuera de la cueva. “Miserias” los mantenía bajo la amenaza de su revólver mientras Teeny Butler los ataba con unas cordeles que siempre llevaba en sus bolsillos.

Se oyó un chocar de cascos en la parte baja del farallón, hacia la boca de la cueva. Pete miró hacia allí y pudo ver al viejo Weaver y a Walter Hoyle que se dirigían hacia el senderillo que llevaba al escondite.

Aun en medio de la muerte mostraba Hoyle su característica afabilidad.

—Este viejo chocho de Weaver me ha ido a buscar allá lejos y me ha traído aquí, quieras que no. Supongo que vendrá usted a pasar un rato en nuestra cabaña, sheriff. Está oculta detrás de los pinos en la parte trasera del sendero. Jim cogió algunos cartuchos de dinamita para traerlos aquí y ya veo que han producido su efecto.

Pete miró el rostro de Weaver. No había desaparecido aún de sus ojos el brillo singular de la demencia.

—Decían ellos que yo estaba loco —dijo—, pero creo que les he hecho un buen servicio con la dinamita, ¿verdad?

Luego se volvió a Farberson y le dijo con tono airado:

—Y usted era la mofeta que me tenía secuestrado y que casi me mató.

Su mano se introdujo rápidamente en el bolsillo, pero Pete, que no le perdía de vista, le sujetó por el brazo. El viejo loco se portaba entre sus manos como un chiquillo.

Pete le sacó del bolsillo tres o cuatro cartuchos de dinamita, que dejó cuidadosamente en el suelo.

—Tenga usted cuidado con Weaver, Hoyle —dijo al buscador.

Y volviéndose luego a Teeny y “Miserias” añadió:

—Sacad afuera los cuerpos de los bandidos. Llevad el cuerpo de la señora Farberson a la cueva, poniendo sobre él una manta.

Volviose por último hacia Farberson.

—Yo he visto ladrones y asesinos purgar sus crímenes con la muerte. Es verdad que algunos han conseguido hallar en la huída una salida, pero jamás he visto un hombre pagar más que lo que usted ha pagado. Estoy pesaroso por usted, Farberson, pero usted mismo ha tenido la culpa de lo ocurrido. Usted mismo marchaba hacia el abismo.

Farberson estaba en un estado de completo aturdimiento. Ni siquiera se dio cuenta de lo que ocurría cuando el cuerpo de su esposa fue llevado al interior de la cueva y colocado allí según las instrucciones de Pete. Tampoco había más inteligencia en su mirada cuando vio que los cuerpos de los bandidos eran colocados sin menos miramientos fuera de la cueva.

—Hallará usted las diligencias desaparecidas dentro de esta cueva —dijo a Pete Rice—. Las diligencias y el oro robado. Daría ahora todo el oro del Oeste si pudiera oír la voz de mi mujer una vez más. Soy el hombre más desgraciado que existe sobre la faz de la tierra...

Un temblor convulsivo recorrió todo su cuerpo. Parecía veinte años más viejo. Hundió el rostro entre las manos y rompió a llorar como un chiquillo.

CAPÍTULO XXI

LA CONFESIÓN DE FARBERSON

Pete Rice había quitado las esposas a Farberson para que el hotelero pudiese estrechar entre sus brazos el cadáver de su mujer. Los ojos del sheriff, como siempre que se hallaba en presencia de la muerte, reflejaban una profunda tristeza.

Por primera vez en su vida, Pete Rice tembló ligeramente. Criado en el Oeste, hijo único de una madre amorosa, había crecido con un respeto extraordinario hacia las mujeres. Nada podía afectarle tanto como el frío asesinato de aquella buena mujer por el venenoso Blake.

Farberson continuaba sollozando. Era el único ruido, excepto el de las botas de los comisarios cuando llevaban los armazones de las diligencias y los apilaban sobre el terreno rocoso cerca del riachuelo.

—Venid aquí, muchachos —ordenó Pete—. Me parece que este asunto se ha terminado. Ya oísteis a Farberson cuando dijo que estaba dispuesto a contárnoslo todo. Creo que nadie mejor que él puede hacer ese relato. Sea como sea, es un verdadero criminal. Creo que encontraré todas las cosas de valor en su poder.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Hicks “Miserias”—. Nunca nos dijiste nada acerca de tus sospechas.

Pete sacó de uno de sus bolsillos una bola de chicle, que no tardó en estar sometida a la ruda presión de sus mandíbulas. Empezó a marcar pausadamente, reflexivamente.

—Hace algún tiempo que sospechaba de Farberson —dijo el sheriff—. No obstante, no había podido adquirir la certeza absoluta de su culpabilidad. De lo único que un hombre puede estar seguro es de la muerte, pero después de mi conversación con Hoyle, tuve la certeza de que Farberson caminaba hacia la horca.

Durante unos segundos continuó mascando, pensativo.

—Yo no hago caso de las habladurías. Por regla general, los hombres que tienen que decir algo importante emplean siempre la menor cantidad de palabras, pero cuando Hoyle me dijo que había descubierto un yacimiento de oro cerca de Sosa Springs y que creía que el secreto había sido divulgado inconscientemente por Weaver, empecé a creer que dos y dos eran cuatro.

—Yo no dije nunca nada —le interrumpió Weaver—, a menos de que ese granuja de Farberson me agarrase borracho.

—Y si él le agarró borracho, ¿qué pudo suceder? —preguntó Pete.

—¡Pardiez! No recuerdo muy bien lo ocurrido, pero al me parece que Farberson empezó a sonsacarme. Me dio un ron excelente en su hotel. Me preguntó si todos los pozos daban oro, y yo le dije que sí. Y lo primero de que me enteré es de que el licor se me había subido a la cabeza, y cuando volví en mí me encontré encerrado en un corral y con la cabeza doliéndome endemoniadamente.

Farberson parecía aun como atontado. Weaver le miró intencionadamente, pero los ojos del dueño del hotel estaban como clavados en el suelo.

—Eso es lo que yo me figuraba —dijo Pete—. El whisky se asemeja al hipócrita, al adulador, al hombre amable que os embauca cariñoso; le hace a uno creer en la amistad de los hombres; pero después... ¡si te he visto no me acuerdo!

Mascó unos segundos su trozo de goma y continuó:

—Ya lo veis, muchachos, en cuanto Farberson logró sonsacar a Jim Weaver, pensó que había hallado el modo de hacerse con una fortuna. No pretendió apoderarse del oro por sí mismo, pero se dijo que él podía apoderarse de la Peters Stage Lines, haría una fortuna.

“Esto tenía que lograrlo tal vez un par de años antes de que la actividad de la mina cercana a Sosa Springs llegase a su apogeo y se fundase allí una nueva ciudad. Mientras tanto era necesario trasladar el oro a Rangerville. Esto al mismo tiempo supondría un tránsito obligado de mineros, y de algunos pasajeros importantes interesados en el negocio. Esto es lo que había previsto Farberson.

Farberson dejó de pronto de sollozar y alzando la cabeza miró sorprendido a Pete Rice.

—¿Luego usted lo sabía todo? —preguntó.

—Lo sabía —contestó Pete mientras señalaba con su dedo acusador al dueño del hotel—. ¡Y por eso asesinó usted a Peters, Farberson!

Por un momento volvió Farberson a ser el que fuera antes de la muerte de su esposa.

—¡Eso no puede usted probarlo! —gritó.

—Tal vez no —admitió Pete—, pero no me preocupa. Hay demasiados indicios de culpabilidad acumulados sobre usted.

Reinó durante unos instantes un silencio abrumador. Los testigos de esta escena habían formado un círculo en torno a Farberson, al que miraban severamente. ¡Wade Farberson, el dueño del hotel; Wade Farberson, el ciudadano cien por cien de Rangerville; Wade Farberson, el asesino!

—Farberson —dijo Pete—, ¡yo sé por qué hizo usted todo eso! Lo hizo usted por su mujer. Ella era una mujer excelente. Era bastante más joven que usted, más educada, más elevada que usted, socialmente.

El sheriff estuvo mascando goma silenciosamente durante unos segundos.

—Cuando un hombre se casa con una mujer bastante más joven que él y superior en condiciones morales —dijo—, no tarda en comprobar que la mujer tiene más cuidado en conservar la distancia que existe entre los dos, que en elevarle a su misma condición o rebajarse hasta él.

Una vez más Pete Rice tendió su dedo acusador hacia el hotelero.

—Pero yo creo —continuó—, que usted conoce esos detalles mejor que yo. Si desea comunicármelos, adelante. Si no ha de ser así, emprendemos el regreso a la ciudad.

Farberson permaneció durante unos segundos abstraídos, como si quisiese recoger los pensamientos dispersos que se agitaban en su cerebro. Su expresión era fatalista. No se preocupaba por lo que pudiera ocurrir ahora.

No era más que una criatura llorosa, desquiciada. Sus ojos sanguinolentos recorrieron uno a uno el grupo de hombres que le rodeaba. Parecía no tener miedo alguno de su furia. No experimentaba inquietud alguna. Si hubo algún momento en que

llegó a temer las consecuencias que para él podían tener los crímenes cometidos, ese momento había pasado.

Su débil figura se estremeció como el arbolillo a quien sacude el vendaval.

Pete le miró a la cara. La piel de su frente parecía de viejo pergamino. Latían apresuradamente las minúsculas venas de sus sienes. Al principio empezó a hablar con los ojos cerrados. La voz salía temblorosa entre sus labios amoratados.

—Las cosas suceden a veces de una manera extraña —empezó a decir.

Y al acabar de pronunciar estas palabras abrió los ojos y miró a los que formaban el grupo.

—No sé si ustedes lo saben —continuó—, pero yo viviré poco. El doctor lo llama presión cardíaca. Nosotros decimos que tenemos el corazón destrozado.

Pete Rice hacía tiempo que había adivinado aquella dolencia. La primera vez que viera a Farberson ya le llamaron la atención aquellos ojos inyectados en sangre y lo entrecortado de su respiración.

—Mi mujer jamás sospechó nada —continuó diciendo el hotelero—. Yo no podía consentir que ella experimentara inquietud alguna, por lo que nada le dije del mal estado de mis negocios. Se me iba acabando el dinero. El hotel iba hacia la ruina en los últimos dos o tres años... precisamente el tiempo en que yo empecé a perder la cabeza.

Suspiró profundamente y continuó:

—Sabía que sí me moría, mi mujer quedaría en la miseria. Yo no quería que eso sucediera. Estaba desesperado. Pensé en el modo de hacer dinero... mucho dinero. Entonces, un día, este individuo —y señaló al viejo Jim Weaver—, llegó a la ciudad y se hospedó en mi hotel.

Tim Weaver intentó levantarse para aporrear al hotelero, pero Hoyle le sujetó con fuerza y le obligó a sentarse otra vez en el suelo.

—Jim resultó ser un bebedor formidable del licor más fuerte. No me fijé mucho en ello al principio, pero empezó a hablar por los codos, y contó algunas cosas sobre un depósito de oro misterioso. Yo sabía los cambios de fortuna que había producido el oro antes. Me llevé a Jim a mi bodega particular y le hice beber de mis

mejores bebidas y noté satisfecho que cuanto más bebía, hablaba más.

Farberson explicó entonces una serie de detalles que Pete Rice ya había adivinado de cómo Jim Weaver había acabado por decirle el lugar en que estaban los nuevos yacimientos de oro y de cómo su asociado había ido al Este para conseguir capital para la explotación.

—Yo me di cuenta de que usted me estaba sonsacando —le interrumpió Weaver—, y por eso no le dije toda la verdad de nuestro descubrimiento, ¿no es eso?

—No me la dijo, es verdad —contestó Farberson—. A la mañana siguiente traté de enterarme del resto de la historia que había empezado a contarme Weaver, pero él se había dado cuenta de que hablara demasiado y cerró la boca herméticamente. Sin embargo, yo entreví un modo de hacerle hablar aun contra su voluntad, y le golpeé ferozmente en la cabeza con la culata de mi revólver, pensando retenerle prisionero fuera de la ciudad, en algún lugar seguro, hasta que consiguiese arrancarle todo su secreto. Perdida la razón era más fácil que se le escapara.

—Y escogió usted el rancho de John Blake —dijo Pete.

—Sí —contestó Farberson—. Conocía bien a John Blake. Le conocí años atrás en Texas antes de que viniera a la región de Trinchera. Había sido expulsado de Texas, y yo tenía cierto ascendiente sobre él... aunque era muy poco.

—Usted sabía, además, que no era ciego —recordó Pete al hotelero.

—Sí. Es verdad. Eso era una ventaja sobre Blake y tenía gran interés en que nadie supiese la verdad. Para mí era un medio de que me temiese.

“Hicimos algunos negocios juntos. Él estaba trabajando con ese individuo de la Quebrada del Buitre, ese Brainsted del Circle Cross. Se trataba de un pequeño negocio sucio. Brainsted robaba ganado y caballos y Blake les daba salida. Escondía los animales en esta cueva. Los traían por el riachuelo y luego por encima de las rocas y no dejaban rastro alguno. Fue después cuando Blake pensó en utilizar la cueva para otras cosas e ideó la puerta de acero.

—Cuando usted le demostró cómo podía hacerse un gran negocio... apoderándose de la dirección de la Peters Stage Line.

—Eso es. Blake tenía hombres a propósito. Conoció a algunos en Texas y a otros en Nueva Méjico. La mayoría de ellos creían que estaban trabajando para Blake, no para mí. Yo procuré por mi parte que lo creyeran así, y que supusieran que era él quien tenía interés en hacer desaparecer las diligencias.

—Esa es la parte que me intrigaba a mí un poco —confesó Pete.

—Pues verá —continuó Farberson—. Hablamos mucho sobre él asunto Blake y yo. Al principio a mí no se me había ocurrido lo de las desapariciones, pero Blake me hizo ver que Rattigan era sólo un advenedizo en el negocio de las diligencias y que no resistiría muchos golpes.

“Ideamos entonces aterrorizar a las gentes que se servían de las diligencias de Rattigan, haciéndolas desaparecer con los pasajeros que las ocupaban. Pensamos hacer algo extremo. La consecuencia es que Rattigan está en las últimas... financieramente hablando.

Farberson carraspeó un poco para aclarar su garganta y continuó:

—Las cosas iban calando más hondo de lo que yo había planeado en principio. Yo había pensado prescindir de Horace Peters dándole una crecida cantidad, porque Horace se iba haciendo viejo, pero cuando hablé por primera vez de esto con él, vi que no era tan fácil como había supuesto. Horace llevaba, hacía ya muchos años, el negocio de las diligencias, y me dijo que pensaba continuarlo hasta su muerte.

—Y por eso la mató usted y trató de acusar indirectamente del crimen a Tom Rattigan.

—No es cosa de entrar ahora en detalles sobre eso. Sí, yo le maté. Fue también idea de Blake. Teníamos entonces el terreno despejado. Sabíamos perfectamente que en cuanto empezase la explotación de las minas de las proximidades de Sosa Springs y mientras no se construyese un ferrocarril u otro medio de transporte adecuado, tendrían los propietarios del negocio que servirse de las diligencias para el transporte del oro. Poniendo a Rattigan fuera del negocio, Blake y yo nos quedábamos con el monopolio.

Pete seguía mascando goma sin perder palabra. Muchos detalles de los que estaba refiriendo aquel hombre ya los había adivinado él, pero dejó a Farberson que relatara cómo había invitado al viejo Horace Peters a ir a su hotel; cómo Farberson había salido fuera un

momento, y desde allí disparó sobre Peters a través de la ventana, volviendo luego, rápidamente, a la habitación causándose una herida leve en la rodilla para apartar de él toda sospecha.

—Y se las arregló usted de manera de entregar su revolver a Watson —dijo Pete.

—En efecto, está usted en lo cierto. Lo tenía ya convenido de antemano con Blink. Arrojó el revólver al exterior por la ventana y lo recogió Blink, y si recuerda usted, Blink salió para borrar toda posible huella.

Pete se acordó en aquel momento del cadáver de Blink Watson con una bala de calibre 44 en el cráneo, cuando nadie en la diligencia atacada por los bandidos llevaba un 44. Era indudable que Watson había sido asesinado más tarde, para evitar que se fuese de la lengua cuando estuviese borracho.

—Pues bien —continuó Farberson—, pensamos que para el éxito del plan contábamos con un cien por cien de probabilidades. Teníamos la cueva para esconder las diligencias. Habíamos descubierto el modo, por mejor decir, lo descubrió Blake, de que la desaparición no dejase rastro. Deseábamos hacer las cosas con el mayor misterio posible. No podíamos disparar un solo tiro, porque los tiros podían ser oídos.

—Y entonces pensaron en envenenar por anticipado los depósitos de agua.

—Sí —asintió Farberson—. Blake había cazado caballos salvajes en Nueva Méjico durante dos o tres años. Sabía todo lo referente a hierbas venenosas, que, según los indios, son un veneno activísimo para un hombre y que emborrachan a los caballos cuando las ingieren.

Pete Rice conocía aquellas hierbas sobre todo la llamada en Méjico “quantino weed”. Se produce en Nueva Méjico y en algunos lugares de Arizona y el Méjico antiguo. Produce una gran pérdida de respiración, y posiblemente la muerte, aun tomada por los humanos en pequeñas cantidades. A grandes dosis la muerte es segura, precediendo con frecuencia la parálisis a la muerte.

Producía un efecto particular sobre los caballos, matándolos rara vez, pero causándoles lo que los indios llamaban “borrachera” y que paraliza sus músculos.

—Nos procuramos cantidades regulares de aquella hierba y

aprendimos el procedimiento de disolverla en el agua de los depósitos en la proporción adecuada. Verificábamos la operación diez minutos antes de que pasase la diligencia. Como es natural, los caballos llegaban sedientos y a veces el cochero y aun el guardia particular echaban también un trago.

—¿Habían calculado ustedes el efecto del veneno activísimo para un hombre y que emborrachan a los caballos cuando las ingieren?

—En cierto modo, sí, pero la forma en que ocurrieron las cosas con la primera diligencia perfeccionó nuestro trabajo. Sucedió que los caballos quedaron paralizados entre Last Hope y el Placer. La diligencia fue vista pasar por frente a las cabañas y desaparecer unas dos millas después. Fue una suerte para nosotros que ocurriera así.

—Sí, fue una suerte —repitió Pete como un eco—. Pero esa suerte es la que le enviará a usted y a sus cómplices a la horca.

Pero Farberson no parecía experimentar temor alguno y continuó tranquilamente relatando su historia. En el caso de la primera diligencia, explicó, el pasajero, un criado de John Blake, había visto que Tuffy McShane había bebido un trago de Whisky, pero tenía la costumbre de tomar al mismo tiempo un poco de agua.

Tuffy era el único hombre a quien temía el viejo pasajero. Porque Tuffy era un hombre de pelo en pecho. No podía ser golpeado fácilmente en la cabeza. Pelearía hasta la muerte, pero el veneno debía dar cuenta de su resistencia.

—Por eso es entonces por lo que no apareció el cuerpo de Tuffy McShane junto a los otros cadáveres —le interrumpió Hicks “Miserias”.

—Eso es —admitió flemáticamente Farberson—. No podíamos correr el peligro de que se descubriese el cadáver de Tuffy McShane. Un reconocimiento **post mortem** denunciaría cómo había sido asesinado. Esto habría descubierto nuestro secreto. Henderson no bebió una sola gota de agua, pero Henderson era fácil de matar. El asalariado de Blake, el pasajero, le destrozó el cráneo en cuanto McShane estuvo fuera de combate.

—Y entonces, ¿por qué fue asesinado el pasajero? —preguntó Pete—. ¿No estaban usted y Blake seguros de sus propios asesinos a sueldo?

—Piense lo que quiera sobre eso. El pasajero era uno de los hombres de Blake y fue el mismo Blake el que lo mató con un cuchillo. Dijo Blake que aquel hombre tenía el vicio de hablar demasiado. Blake no era hombre que dejase una puerta abierta, cuando por ella podía marcharse el negocio.

—También traicionaron ustedes a Blink Watson —dijo Pete.

—Watson ya se nos había hecho sospechoso. Por eso cuando decidimos atacar la diligencia de Horace Peters —no podíamos atacar siempre a las de Rattigan sin despertar sospechas—, convinimos en que era preciso quitar de en medio a Blink.

Otra vez se contrajo el rostro de Pete Rice.

—¿Y también en la Quebrada del Buitre pensaron ustedes que era mejor quitarme a mí de en medio, no es eso, Farberson?

—Podía admitirlo así también —fue la contestación—. Yo, pensé que si era yo mismo quien le hablaba de los ataques a las diligencias, no podía usted sospechar de mí. Y Blake se puso de acuerdo con Brainsted para asesinarle a usted mientras yo estaba hablándole frente a la ventana. Por eso me acerqué yo a mirar aquel mapa de la región de Trinchera, para ponerme fuera de la línea de fuego.

—Hubiera sido mejor para usted que le hubiesen matado entonces, Farberson —dijo Pete intencionadamente—. Pero, Brainsted podía ir después con el cuento, ¿verdad?

—No. Blake ya había previsto el caso y tenía apostado allí cerca otro hombre, que cuando Brainsted falló el tiro dirigido contra usted, se encargó de quitarlo de en medio.

—Usted podía aparecer perfectamente como inocente en aquel caso —dijo Pete—, y sin embargo, no tardé en suponer que usted y Blake eran los autores de los robos en los bancos de Red Mesa y Silver Creek.

Farberson asintió tranquilamente.

—Estábamos entonces rodando hacia el abismo —dijo—. Aun no sabía a qué poca costa podía apoderarme de la Peters Stage Line. Creía que podría lograr reunir bastante dinero por aquel otro procedimiento. Fue usted demasiado astuto para nosotros, sheriff. Por eso me dijo Blake la última noche que iba a prepararle una emboscada para quitarlo del camino.

—Eso explica la emboscada que me prepararon unos granujas

esta mañana —dijo Pete—. La verdad es que había usted concebido grandes planes, Farberson, pero ya ve adonde le han llevado.

Farberson permaneció silencioso unos momentos, como impresionado por las últimas palabras del sheriff. Parecía estar reviviendo mentalmente las escenas de las dos últimas horas.

—Tal vez quiera usted decir con eso que la paga de cuanto he hecho es la muerte —dijo—. Cuando me enteré de que mi mujer estaba en esa diligencia estábamos en marcha para atacarla. Viví mil muertes cuando galopaba a su encuentro, sheriff. No me preocupaba entonces lo que pudiese sucederme a mí. No me preocupaba de mí, se lo aseguro. Era la salvación de mi mujer lo único que me importaba en el mundo. Y ahora... ella... se ha ido.

Su voz se ahogó en un sollozo. Otra vez recordó su débil cuerpo un estremecimiento.

—Deseo ver otra vez el cuerpo de mi mujer antes de que se lo lleven —suplicó—. Sólo una vez más. Quisiera verlo...

Farberson se había puesto en pie con sorprendente agilidad. Su mano se dirigió rápidamente a los cartuchos de dinamita que Pete había colocado a pocos pies de distancia. En cuestión de unos segundos corría hacia la cueva llevando en la mano uno de aquellos instrumentos de destrucción.

Hopi Joe empuñó rápidamente su 45.

—¡No dispare! —ordenó Pete—. Si lo arroja es capaz de volarnos a todos. Después de todo no quiere más que salvarse de la horca.

Farberson, medio vuelto hacia ellos, los miró de soslayo. El primer pensamiento de Pete fue que aquel hombre condenado a muerte irremisiblemente por sus horrendos crímenes trataba de deshacerse de sus captores, pero Farberson continuó corriendo hacia el interior de la cueva. Poco después volvía a aparecer en la entrada de aquélla.

—¡No me sigáis! —gritó—. ¡Dejadme un minuto solo... con... mi mujer!

Casi antes de que hubiese terminado de hablar, Pete adivinó su intención.

Vio el brazo de Farberson que retrocedía para adquirir más fuerza.

¡Boom!

Se oyó una explosión formidable y la tierra pareció abrirse a la violenta conmoción. La cueva pareció partirse en dos y saltar en el vacío. Hubo un deslumbramiento por la potencia del fogonazo, se produjo una verdadera lluvia de rocas desmenuzadas, y luego las partículas de granito y de tierra cayeron espesamente sobre el terreno.

Se sucedió un silencio siniestro y se alzó una enorme nube de polvo.

“Pistol” Pete Rice se quedó mirando el montón informe de tierra y granito. Después de todo, Wade Farberson había pagado sus crímenes. Había sido un hombre perdido, un hombre destinado a la horca.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Hicks “Miserias” volviéndose hacia Pete.

El sheriff permaneció unos segundos silencioso.

—Vosotros esperad aquí, muchachos —contestó—. Necesitamos un buckboard. Voy a volver a la carretera de las diligencias. Enviaré un buckboard aquí para que os recoja a vosotros y al resto de la carga.

Era un extraño cargamento... oro robado y cadáveres.

Las diligencias de Rattigan quedaron enterradas en la avalancha de roca y jamás podrían ser recuperadas, pero aquello tenía ahora poca importancia para Tom Rattigan. Rattigan tendría el terreno despejado ante su vista. Dueño de la única línea de diligencias, podía hacer un bonito negocio cuando empezase la explotación de los yacimientos del terreno cercano a Sosa Springs.

Pete montó en Sonny y cabalgó hacia la parte de la carretera de las diligencias donde sorprendiera a los bandidos en su intento de atraco.

La campaña había sido dura y expuesta, pero el misterio quedaba aclarado definitivamente.

Había un gran gentío alrededor de la diligencia cuando Pete llegó a lomos de Sonny. Había llegado un médico. Según dictaminó, tras un minucioso reconocimiento, Ewen Lindstrom viviría. Tom Rattigan había sido llevado a Wilcey Center en una calesa y tardaría unas semanas en hallarse completamente bien.

—Tengo necesidad de un buckboard —anunció Pete—. Tengo un cargamento que he de llevar a Rangerville, el cuerpo de Shorty

Dunne y los de los bandidos que hemos derribado.

Dos o tres de aquellos hombres se ofrecieron para ir en busca del buckboard. Cuando volvieron con el carruaje, Pete regresó con él hacia la cueva.

Pete no pudo contener un enorme bostezo. Aquella noche dormiría tranquilamente en su casa, después de abrazar a su madre, en la Quebrada del Buitre.

Se había suavizado en sus humosos ojos grises la dura mirada que los animara hasta entonces. Los días venideros los pasaría sosegadamente junto a su madre, cuidando su jardín, y ayudando a reparar los estragos causados en su casita por el incendio.

El sheriff volvió la cabeza hacia un lado de la carretera. Un hombre se acercaba a caballo procedente de Rangerville. El chocar de los cascos del cuadrúpedo iban aumentando en intensidad por momentos. Pete frunció el entrecejo sorprendido.

El Jinete se acercaba a la curva, y entonces se halló junto a Pete, que detuvo en seco a su montura. Pete se quedó mirando con fijeza al recién llegado, que no era otro que Sam Hollis, dueño del almacén de comestibles de la Quebrada del Buitre.

Por un instante, sintió Pete que su corazón cesaba de latir. Tuvo el presentimiento de que algo le había sucedido a su madre. Dada la edad de su vieja, ¿la habría afectado seriamente el humo?

—¿Qué ocurre, Sam? —preguntó ansiosamente Pete—. ¿Algo que se refiere a mi madre? ¡Dígamelo pronto! ¡No se ande con rodeos, amigo mío!

—¡Oh, no creo que sea cosa para que se sobresalte! —contestó Sam—. No es nada que se refiera a su madre, y me alegro de decírselo así. La señora Rice se encuentra perfectamente, pero algo extraño está ocurriendo en el Valle de Grama que requiere una inspección inmediata según opinión del forense Buckley.

Si algún hombre puede llamarse inquieto en ocasiones, aquella era una en la que Sam Hollis estaba verdaderamente inquieto y excitado.

Lo que estaba ocurriendo era lo bastante para cambiar el nombre del pacífico Valle de Grama, al noroeste de la Quebrada del Buitre, por el de “Valle de los hombres Muertos”. Aquel caso estaba llamado a mantener en movimiento continuo a “Pistol” Pete Rice y a sus comisarios durante algunos días. Peleando por la ley estaban

juramentados para defenderla, sortear las balas, viendo que los bandidos no podían hacer lo mismo, hermanando sus esfuerzos, sus ágiles cerebros y sus potentes puños y certeros revólveres contra todas las argucias y todas las fuerzas de los bandidos reunidos.

Estaba muy lejos de suponer “Pistol” Pete Rice que el pacífico Valle de Grama o Valle de la Muerte de los Hombres necesitase ser rebautizado a sangre y fuegos.

¡El Valle de los Hombres Muertos!

¡Nombre siniestro, pero apropiado!

FIN

Notas

¹ “Gawky”, papanatas < <